



**DR. RAFAEL ALTAMIRA**

**Profesor de Metodología de la Historia, en la Universidad  
Nacional de La Plata. Curso de 1909.**

## El señor Rafael Altamira en la Universidad Nacional de La Plata

### I

La realización de uno de los propósitos expresados por el fundador de la Universidad Dr. Joaquín V. González en los documentos orgánicos, el de la intercomunicación de ideas entre gestores de un mismo pensamiento en países diferentes, trajo al aula argentina al ilustre profesor de la Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo, el señor Rafael Altamira, inaugurando el Curso de *Metodología de la Historia* de la Sección recientemente creada, de *Filosofía, Historia y Letras* de la Universidad de La Plata. Durante los tres meses de estadía entre nosotros, ocupando la cátedra dos veces á la semana, ha dejado de su inteligencia y de su corazón, recuerdos imperecederos en profesores, alumnos y extraños á la enseñanza. Al dejar la República, lo acompaña la simpatía unánime de cuantos han escuchado ó conocido al maestro, dejando un numeroso grupo de admiradores sinceros.

Altamira realiza el tipo del profesor universitario. Su lección dura una hora y en ese tiempo, la vida está en la palabra, flúida, precisa, cálida, convincente, sin que desfallezca ni suba á tonos reñidos con la idea de la que es fiel instrumento y sobre la que el auditorio mantiene la atención, á cada instante más interesado por la tesis que el catedrático desarrolla dentro de un plan maravillosamente combinado de tal suerte que, por hondos y por abstractos que sean los conceptos, el oyente puede referirlos más tarde, sin esfuerzo ó recordarlos aún transcurrido el tiempo. A este dominio del pensamiento y de la palabra, agrégase una vivacidad suigéneris de los ojos, un timbre y tono de voz agradables, una dicción impecable, con lo que explicado está ese don en él, de sugerir, convencer y fascinar hablando tan solo el castellano que exige la ciencia y cabe en la cátedra. El discurso se lo siente á veces profundo, á veces erudito, siempre explicativo, afectuoso, nutrido, tolerante para todos los hombres, justo para todas las cosas, con un fondo de universalidad que eleva y dignifica. La crítica va en el elogio y el elogio en la crítica, sin que de esta suerte llegue el amor

propio á resentirse nunca, ni la modestia á perder en él, bueno, sus encantos.

Unido el sabio español á la Universidad de La Plata por los vínculos estrechos de la simpatía y de la cooperación, ha llenado su misión de confraternidad interuniversitaria é internacional de una manera eficaz y elevada.

La Universidad de La Plata, por otra parte, al traer á su seno un catedrático eminente de Europa, ha contribuído de una manera feliz á la difusión y rejuvenecimiento del espíritu universitario hispanoamericano. El pensamiento europeo, volcado aquí, antes por el libro, lo será en adelante por los hombres, cuya falta de contacto nos los hacía aparecer como seres de extrañas aureolas y poco asequibles á los de este lado del Atlántico.

El señor Altamira, que viene desempeñando, por la Universidad de Oviedo, un cometido de compenetración universitaria hispanoamericana, dictó cursos en la Universidad de Buenos Aires y los dictó en Córdoba, en Montevideo, en Santiago de Chile, en Lima, en Méjico, Habana y en varias universidades de Estados Unidos, á donde debe estar á fines de Diciembre.

## II

### Recepción del señor Rafael Altamira

#### El programa de Metodología de la historia

El 13 de Julio á las 2.30 p. m. en el Salón de actos públicos de la Universidad, tuvo lugar la recepción del ilustre profesor.

*Discurso del doctor J. V. González.*—Empieza con este día, para la Universidad de La Plata, la realización de uno de los ideales más intensos que alientan su joven existencia: la cooperación efectiva en sus tareas, de la noble y experimentada ciencia europea, representada por un maestro ilustre, hijo y conductor de la España Nueva, que viene á hablar á nuestros alumnos argentinos en un idioma familiar é íntimo, que al transmitirles las comunicaciones del pensamiento y la investigación personales, en el campo aun no bien cultivado de las ciencias históricas, les hará sentir al mismo tiempo, por la sola virtud del verbo, la emoción del alma antigua de la raza común.

La inauguración de un curso de método-histórico en una Universidad de Sud América por un profesor como don Rafael Altamira es más que una prenda de profunda y definitiva comunicación espiritual de dos vastas porciones del mundo civilizado, es para nuestros países, la iniciación de una era nueva en el estudio y conocimiento de sí mismos. Porque si hasta ahora han rendido culto á su breve pasado de hechos, ensayos y heroísmos más ó menos fecundos, con un análisis más hondo, más impersonal, más científico de sus propias cualidades, antecedentes y medios de vida y de labor

en el gran escenario, comenzarán á concebir ideas nacionales más altas y extensas y á afirmar sobre bases permanentes, su evolución constitucional.

El estudio habitual de la historia es, por sí solo, una escuela de perfeccionamiento; ella devuelve en saludables influencias los desvelos que impone; y así como aquellos rudos conquistadores de la América primitiva, erguíanse al confiar á la crónica viviente la epopeya del día, los pueblos nuevos surgidos de aquellas memorables jornadas, forjando al propio tiempo su personalidad y su historia en la lucha moderna, sentirán como realizado su temple y más dignificadas cada vez su misión y su estirpe.

Hasta ahora, las Universidades argentinas no habían comprendido entre sus disciplinas habituales, la de la historia constructiva, el arte ó ciencia de la historia, concebida como un auxiliar de la moral en el ciclo primario y como génesis de patriotismo y de civismo en el secundario, no se condujo á la juventud más que por las interminables aunque encantadoras avenidas de la historia narrativa, sin que la universidad hubiese nunca creído que está consagrada maestra de la vida, para renovar su savia, sus tesoros de infidencia y su fuerza generadora de naciones; necesitaba también como el héroe inmortal de Goethe, un laboratorio, un gabinete, un instrumental, con los cuales pudiera realizar sus indudables prodigios.

Nadie con más intensidad é información que el ilustre profesor de Oviedo, que se incorpora á nuestra enseñanza, ha discutido en lengua española, este problema de la historia como ciencia y como disciplina superior; y nadie mejor que él podrá formarse el concepto exacto de la magnitud de la tarea orgánica de su estudio en la República Argentina, y creo que en las demás del continente; y por eso, si algún acierto podría yo aplaudir sin reserva á mis dignos compañeros de trabajos del C. S. y del C. A. de la F. de C. J. y S., es de haber elegido á Altamira en Europa para llamarlo á crear en las universidades argentinas la ciencia nueva de la historia, la de la historia aun no escrita, la de la historia del futuro.

Tan breve es el período vivido por nuestro pueblo, que se había compenetrado con la vida de sus dos historiadores más venerados, casi coetáneos suyos, autores á la vez de sus hechos y de los libros en que fueron referidos; ellos eran su historia animada, su archivo y su cátedra, y en la convicción de que eran dos inmortales, no se preocupó de preparar en sus institutos á los que habrían de continuar el magno y sacerdotal ministerio que ellos dejaran vacante. Mitre y López constituyeron un dualismo espontáneo y único, y llegaron á encarnar dos modalidades, dos tendencias, y acaso á diseñar dos corrientes naturales en la formación de la opinión histórica argentina; pero con ser su obra grandiosa y tan comprensiva, jamás pudo ser completa, como si ambos unidos ó en corporación en el mismo pensamiento, no habrían podido realizar una labor que es secular y múltiple: la creación de los archivos de la historia integral de la nación, en sus orígenes y en la vida parcial de todas sus regiones. Así, por valiosos que sean los estudios monográficos de Mitre sobre las épocas precolombianas ó coloniales, y los más generales ensa-

yos de López en los campos de la filosofía, etnografía y geografía sudamericanas, unos y otros no han podido ser más de lo que fueron, dedicados como se hallaron á dejar escrito el período más palpitante, el período orgánico de la noción del presente; quedan estos dos monumentos literarios como una encarnación personal de la nación organizada, pero sin tiempo para construir su basamento secular, han dejado á las generaciones nuevas el tácito mandato de darles cima, en labor sucesiva é incesante.

Ahí están en archivos grandes y pequeños, en bibliotecas vetustas de Europa y América reunidos unos y dispersos otros, sospechados é ignorados los más ó durmiendo sueño paradisiaco en territorios inexplorados, los elementos para la futura grande historia, que reanude las edades interrumpidas, que recomponga el mapa étnico hoy fragmentario, y ofrezca á la ciencia nueva, á la investigación universitaria la ciencia social y política, el cuadro general, íntegramente restaurado, de la vida de un vasto territorio como el nuestro, asiento primitivo de civilizaciones embrionarias, campo más tarde de una magna gesta aún sin historia, y teatro sin duda mañana, de un deslumbrante despliegue de cultura universal, y de una portentosa conjunción de fuerzas creadoras del bienestar humano. ¿Quién traerá la forma mágica que abra la puerta secreta del tesoro é imprima el orden sencillo del método en el caos de las fuentes desparramadas por todos los vientos, sin caer en el vértigo fatal de los laberintos? Nada más que la serena y experimentada enseñanza de un maestro que condensa en sí, aparte de su propia ciencia, ciencia acumulada en labor secular por viejos institutos europeos, en los cuales la ciencia antigua, como los vinos centenarios, se condensa y se bebe en una gota que guarda y resume el espíritu de los siglos.

Nosotros, en esta Universidad, donde hemos adoptado la vía experimental para toda enseñanza, no podríamos exigir al más sabio de los maestros, que realice lo irrealizable; que suprima la sucesión del tiempo, ó salte sobre las etapas de la evolución orgánica; y por el mismo procedimiento, no podríamos pedir al señor Altamira que en una breve serie de lecciones nos deje una pléyade de historiadores, como forjados de metal en un yunque. Sabemos bien lo que podemos pedir al profesor, en presencia de nuestros recursos de trabajo en la falta del «laboratorio» organizado, en la ausencia del espíritu mismo de investigación que queremos formar; pero sí esperamos con fe en los consejos de la sabiduría y la experiencia, para iniciar una tarea que ha de ser muy larga y muy paciente; para despejarnos y abrirnos una senda; para indicarnos una orientación y un objetivo; para señalarnos un método de trabajo; para enunciarnos con la sencillez que sólo poseen los grandes docentes, las leyes más permanentes, más comprobadas y estables de la ciencia histórica ya construída, en atención á la del futuro para comunicar á nuestros catedráticos de la infancia de la juventud ese fino y avezado tacto del taller veterano, donde la piedra ó la madera brutos se transforman sin esfuerzo en la línea pulcra de la escultura.

Movidos por la conciencia de un deber nacional, y de una misión de humana cultura hemos establecido dentro del extenso mecanismo

de las enseñanzas universitarias,—como uno de los pies del trípode simbólico de hondas trasmutaciones espirituales,—la historia, en unión con la filosofía y la literatura; no solamente para que concurra con ella á la depuración gradual del fruto universitario prospectivo, sino con un fin más inmediato, más positivo, más actual, más nuestro,—ó sea la creación de una enseñanza que no existe, en una república que cumple un siglo de vida personal, después de tres siglos de vida gestatoria, y cuando tiene tanto vacío que llenar, tanto error que corregir, tanto extravío que rectificar en los conceptos de sí misma, en su historia escrita, en su evolución institucional, en su educación política. La realización de la vida de un pueblo, del espíritu histórico con su unidad y continuidad, de unas generaciones en otras, puede permitirnos ofrecer á nuestros contemporáneos ejemplos de conciencia nacional homogénea y asimiladora, como un grande imperio contemporáneo se adhiere y funde en su alma los más lejanos y diversos de razas semejantes; y si hecho todavía más hermoso y fecundo de que en las más poderosas de las repúblicas modernas, un espíritu sobradamente crítico pueda afirmar, como en un discurso reciente, que los hombres de estado de hoy poseen el mismo timbre moral que los primeros fundadores, siquiera se llamen Wáshington, Adams, Jefferson, Lincoln...

Sea, pues, bien venido en el seno de la Universidad más joven de América el representante de la magna ciencia docente de la Europa, para ponernos con ella en contacto directo por la cálida y palpitante sugestión de la palabra y el gesto; y sea doblemente propicia su presencia en estas aulas, ansiosas de estudio y de trabajo, el mensajero de la ciencia universitaria española que sobre su legado multiseccular ha sabido hacer brotar espléndidos y vigorosos retoños de una ciencia nueva, nacida en tan fecunda y clásica tierra, al beso generador de las más sanas simientes de otros climas y razas. La obra entera del maestro confirma esta aserción, pues llega á nosotros, trayendo como títulos indiscutibles obras de historia social y jurídicas, de didáctica, crítica y metodología, dignos de formar pedestal glorioso á una vida entera. Estas aulas son de hoy en adelante suyas; maestro y alumnos serán sus discípulos, y el mayor premio á que podemos aspirar por nuestra acción, será el que la semilla de cooperación y concurrencia interuniversitaria hispano americana sembrada por él en estas humildes aulas, pueda difundirse un día más allá de las fronteras nacionales para llevar á los demás pueblos hermanos la influencia reconfortante de esa nación materna, ancestral, que reconstruye en un día sus hogares dispersos por las vicisitudes y las luchas de la vida.

*Discurso del doctor J. Carrillo.*—La dirección de esta universidad ha atribuído una importancia grande á la iniciación de este curso de metodología de la historia, y hoy agrega á las varias disciplinas con que cultiva el pensamiento y nutre la mentalidad de la juventud que está inscripta en sus registros. Pero ha ido más allá, al hacer de esta enseñanza un curso público, ha revelado que esa importancia tiene caracteres especiales, pues se trata de ampliar sus ventajas en favor de todos aquellos que anhelan nutrir su espíritu

con orientación inteligente en la dilucidación de los problemas de historia. Ha ido más allá aún en este propósito de cultura y de extensión universitaria; ha invitado á una celebridad mundial para que abandonando su tranquila cátedra, venga personalmente á dar realce á esta cultura, ya que su labor y su preparación en numerosos trabajos le daban título para colaborar con éxito en esta obra de solidaridad intelectual.

Si es vulgar el dicho de que la experiencia es madre de la ciencia es también notorio que esa experiencia debe ser guiada por el criterio sano é imparcial que, huyendo de los preconceptos y embrazos de la rutina, halle en la crítica científica la orientación debida. De ahí la importancia de esta enseñanza de la metodología de la historia.

Hoy día la historia no es el árido cronicón en que sólo se pinta batallas y héroes en una lastimosa sucesión. Reviste, por el contrario, el análisis prolijo de los ideales que mueven á las colectividades, y los obstáculos y vallas que encuentran para la ascensión á las cumbres siempre apetecidas y nunca alcanzadas. Los resortes de esos movimientos de pueblos son la experiencia ilustrativa de la acción futura. Hoy más que nunca en que han disminuído los motivos de ataque y de defensa que hicieron frecuentes las guerras del pasado, por la conquista ó el vasallaje; hoy que se difunde por el orbe un soplo ideal que vincula á las naciones y las hace converger á una federación amistosa por el bien humano, el historiador debe tener un campo de observación bien seguro para dominar la complejidad y la verdad de los intereses motores de la actividad de los pueblos.

Por esto deseamos dar á esta enseñanza un desarrollo superior. Este estudio severo si se trata de tomar por objetivo el conjunto de colectividades orgánicas que han actuado en tiempos y lugares lejanos, cobrará doblada importancia cuando hayamos de referirlo á nuestra nacionalidad.

En nuestros propios anales de pueblo nuevo, hoy en crecimiento, habrá de llevarse hondo el escalpelo de la crítica científica para desentrañar la motivación real de nuestros sacudimientos, y la contraposición de fuerzas que causaron nuestra desorientación política durante mucho tiempo.

Presumo que habremos de llegar á incluir entre los factores de nuestra formación, como lo decía Montesquieu, el clima; ó, como Humboldt lo presumía, la geografía de nuestro suelo como cooperator de los movimientos humanos que engendraron nuestra República. Pienso que adelantando el análisis psicológico de la sociabilidad argentina, habremos de descubrir que fueron engañosas las causas políticas que nos dividieron desde la emancipación hasta la definitiva constitución de la forma actual de nuestro gobierno, y que en realidad, el motivo de nuestra actividad anárquica proviene de haber desconocido y no haber adaptado nuestra vida á una disposición geográfica del territorio en que vivimos, que tornó en intereses económicos contrapuestos los móviles de las banderías que nos ensangrentaron durante cuarenta años.

Hoy puede decirse, sin despertar los extinguidos prejuicios, que la lucha de provincianos y porteños ó de unitarios y federales era el simple vibrar de las multitudes, conmovidas por la emancipación que no habían podido encontrar el equilibrio y engañosamente lo buscaban en el aniquilamiento de los rivales, cuando una hora de sensatez bastó para que el furor y la desazón desaparecieran, haciendo en la Constitución del 53 una nación de federales y unitarios y solucionando más tarde la grave cuestión económico geográfica, nacionalizando el puerto del gran río argentino.

En ese día auspicioso hicimos lo que las tribus del Lacio, según la leyenda de Plutarco: nos avenimos á abrir sólidos fundamentos á un recinto común, en cuya zanja echáramos todos una porción de la tierra de nuestras localidades, y en que quedó sepultado el odio, el engañoso miraje de nuestra guerra anárquica y en que se fundieron los elementos del unitarismo y federalismo gauchescos, los del porteñismo y provincianismo añejos.

Si la historia es la experiencia que enseña á los pueblos y los ciudadanos de esos pueblos, tenemos en prueba de la confirmación de que fué un engaño nuestro empecinamiento en los ideales doctrinarios de los tiempos pasados, la óptima cosecha recogida en los días que han seguido á aquel en que armados de buena voluntad lo reconocimos y cambiamos de orientación, corrigiendo surcos y poniendo un poco de amistosa complacencia en reconocer que es imposible ir contra la corriente.

Desde entonces hasta la hora presente, el fruto de la cordura de una generación ha permitido que, encontrando el equilibrio, hiciéramos tanto que nos «saliéramos del mapa», según la benevolente frase del hombre de estado Rooth, á quien todos vosotros recordáis. Esta digresión sirve para demostrar cómo en la historia hay que cavar hondo, muy hondo, porque el secreto que debe revelarnos no está en la superficie.

A manera de los más preciados tesoros de la tierra, que las montañas guardan en sus cerros, es necesario socavar graníticas moles; es necesario abrir tortuosas galerías para encontrar el mágico filón. Tal es el propósito de la institución actual.

Queremos aplicar la ingeniería moderna, porque la evolución ha cambiado la mecánica de estas obras; á la simplicidad del relato ha substituído la crítica científica, que analiza el fenómeno complejo de la vida de los pueblos.

Desde Macaulay, cuyos métodos y méritos prestigió entre nosotros el Presidente Avellaneda, los estudios históricos son vívidos y prolijos; no son el fruto de improvisaciones ni de prejuicios, como aquel que hacía objeto de su ironía el americano Fiske, en sus conferencias de Londres, refiriéndose á las enunciaciones de publicistas que suponían que, dado el progreso hecho, en un tiempo breve, la raza anglosajona dominaría desde un polo al otro y desde el Atlántico al Pacífico. El, siguiendo á Freeman, llama un error y un prejuicio la existencia y la acción de la raza anglosajona, y que las opiniones que tal porvenir le deparan, son sólo buenas para la oratoria de un 4 de julio.



Esta apreciación ligerísima del valor de los estudios históricos, encaminados por métodos seguros, han motivado la creación de esta enseñanza universitaria y ha determinado estas palabras del que, en ausencia del pensador y universitario por excelencia, nuestro ausente decano, debe declarar abierto el nuevo curso de la sección de Filosofía.

Sean ellas llevaderas para la justa expectativa de este auditorio por escuchar al distinguido estudioso y publicista que, en nombre de la solidaridad de la cultura humana, toma á su cargo tan honroso encargo.

Le saludo y tributo el homenaje de mi particular simpatía, pidiendo á los que van á ser sus discípulos, atención y labor para que la semilla de los buenos maestros se difunda entre nosotros.

*Discurso del Ministro de los Estados Unidos señor Charles Sherril.* No tengo más que unas pocas palabras que decir. Al pronunciarlas, espero que ustedes habrán de tener la gentileza de disculpar mi deficiente castellano. Por otra parte, tengo el propósito de estudiar cariñosamente tan lindo idioma, para poder expresarles con la perfección posible, cómo nosotros los norteamericanos, seguimos con verdadero interés la milagrosa ascensión progresiva de la República Argentina. Profeso intensas simpatías á los estudiantes universitarios, porque soy un exalumno de Universidad. Mi anhelo es, pues, visitar todas las universidades de vuestro país, esperando que la juventud argentina llegará á considerarme como un sincero amigo suyo.

Poseo, señores, tres diplomas de la Universidad de Yale, que cuenta entre sus egresados al presidente de los Estados Unidos de América, su excelencia el Presidente Taft. Al decir esto, me complazco en recordar que la característica distintiva de los hombres de Yale la dijo hace ciento treinta años el capitán Nathan Yale, cautivo de los enemigos durante nuestra guerra de la independencia. Preguntado si quería decir algunas palabras antes de ser ejecutado, el joven patriota contestó: «Solo siento no tener más que una vida para dar á mi patria». Y estas palabras heroicas están grabadas en el corazón de cada hijo de Yale.

Jóvenes: como universitarios tienen ustedes grandes ventajas; pero ellas traen también no pocas responsabilidades. Ustedes pueden hacer mucho por su patria en esta maravillosa evolución hacia un gran futuro, al que les será dable asistir. Inspírense siempre en los memorables héroes de la historia argentina, tales como el general San Martín que supo luchar gloriosamente no sólo por la independencia nacional, sino también por la de otros pueblos hermanos como Chile, cuyo Ministro no pudo concurrir á este acto, como fueran sus deseos, por causas ajenas á su voluntad.

Terminaré, pues, esta modesta improvisación, haciendo constar mi satisfacción por ser huésped de esta notable Universidad, esperando que en breve tendré nueva oportunidad para poder visitarla otra vez con el debido detenimiento.

Por último, el estudiante señor Izaguirre llevó la palabra en nombre de sus compañeros de tareas para expresar toda la satisfacción

que sintieran al tener entre sus maestros á uno tan ilustre como el doctor Altamira entregándole la palma universitaria.

El *doctor Altamira* contestó diciendo que cuando se viene á ceremonias como estas, viene uno resignado á los elogios... No se puede protestar y menos en caso como el presente, en que el elogiado se encuentra bajo la autoridad académica de quienes le dirigen los elogios. El doctor Alvarez leyendo el discurso del presidente de la Universidad y el decano de la Facultad de Derecho, han usado y hasta, podía decirse, han abusado de su autoridad en lo que se refiere á los elogios de que me han hecho objeto.

Podría vengarme devolviendo alabanzas de igual género; pero comenzar mi actuación con una venganza sería un acto impropio de un profesor. Debo, pues, limitarme á dar las gracias, estas gracias que os doy con toda la fuerza de mi alma.

Contestó el señor Altamira, después, al saludo de los estudiantes y al referirse al concepto que de éstos tiene formado, dice que los recientes viajes á universidades extranjeras han vigorizado su convicción de que la diferencia intelectual de las distintas universidades del universo, no está en la diferencia de los profesores, sino en la de los estudiantes. En Alemania, por ejemplo, los estudiantes trabajan activamente, con todo su entusiasmo al lado de sus maestros, y así es como adelantan decisivamente en la obra de éstos, que por virtud de esa acción se intensifica y se expande.

El doctor Altamira expuso nuevamente la grata impresión que le ha producido el saludo de los estudiantes de La Plata y al retribuirlo, les estimula para que sigan el loable ejemplo de los universitarios de Germania.

Le place sobremanera el distintivo adoptado por la Universidad de La Plata: una hoja de roble en cordial lazo con otra de laurel. El roble es emblema de acción, de trabajo, de lucha, y su experiencia le ha demostrado que el verdadero goce de la vida no está, no, en disputar la gloria, que la mente ha materializado en el laurel, sino en la labor asidua, en la continua marcha hacia adelante, de uno en otro ideal, ampliando y hermosando cada vez más y con más alma el horizonte de nuestras miras.

Refiriéndose después, á la misión que trae ante nosotros, dijo que la Universidad de Oviedo no envía en él á un objeto de lucimiento, ni siquiera á un orador ó á un conferencista, sino sencillamente á un profesor.

Las aspiraciones que lo guían son las de establecer un verdadero vínculo afectivo entre los universitarios argentinos y los de España y la de iniciar el intercambio recíproco de profesores y también el de alumnos, á semejanza del que ya practican con valiosos resultados varias universidades extranjeras.

España ha comenzado ya su intercambio universitario con Francia Portugal, Inglaterra, Alemania, etc. Y si lo realiza con estas naciones, que hablan idiomas diferentes al suyo, diferencias de idiomas que implican diversas tonalidades mentales, ¿por qué no la ha de practicar con estas naciones de América, que no sólo se expresan

en su mismo lenguaje, sino que son también retoños hermanos de su alma?

Por otra parte, España quiere también contribuir al desenvolvimiento intelectual de la Argentina y sus hermanas de América; quiere aportar sus buenos elementos á esta obra de evolución humana, donde están germinando las semillas de muchas grandes esperanzas que se desarrollan en el continente que descubrió en otrora.

Esto no quiere decir que sea esta una pretensión de patriotismo ni siquiera de competencia intelectual. No, no queremos avasallar ni competir; queremos, sencillamente, colaborar en la grande obra para que no pueda decírsenos mañana que hemos desertado.

Por más modesto que sea, ninguna influencia debe substraerse á la obra.

En la práctica de la vida mental, pueden adoptarse dos posiciones: la de substraerse á las influencias extrañas, la de rechazar egoísticamente las contribuciones de los demás, como lo hizo en mi patria en época pasada, la soberbia de Felipe II, y la que cree que la mayor amplitud de la inteligencia y el sentimiento se alcanza con el intercambio de los elementos de cultura, con la tolerancia, con la simpatía hacia todo lo bueno y todo lo grande.

Quiero dejar constancia, agrega el señor Altamira, de que vengo á esta tierra en nombre de ese hermoso ideal humano y no con ninguna misión de patriotismo estrecho.

He dicho que una de las dos principales aspiraciones que me traen, es la de conoceros y la de incitaros á que nos conozcáis. Vosotros visitáis poco á España. Nosotros os desconocemos bastante. Es necesario que reaccionemos. Debemos convencernos de que los libros sólo no bastan para que penetremos mutuamente en lo más íntimo de nuestros espíritus.

Más adelante recordó el doctor Altamira que la iniciativa de este intercambio universitario que comienza entre las universidades argentinas y las españolas se debe, en primer término, á la iniciativa del actual rector de la Universidad de Oviedo, doctor Canella, el primer rector que en España ha sido elegido por un claustro universitario, es decir, el primero que representa esencialmente las aspiraciones de los universitarios.

Significó después que la Universidad de Oviedo había querido adelantarse con este delegado á la representación que las universidades españolas enviarán el año 1910, el año del centenario de la independencia argentina, por una razón muy sencilla: en el año 1910, la República va andar en fiesta, y creemos nosotros, aquellos en cuya representación vengo, que no son los días de grandes regocijos los más oportunos para entablar verdaderas relaciones intelectuales, relaciones que dejen huellas, que se ahonden cada día.

Los hombres de estudio, en general, no pueden intimar bien en los días de fiesta, cuando mil sugerencias diversas dispersan la atención, cuando otras nobles virtudes del espíritu, la imaginación y el sentimiento evolutivo, se imponen y triunfan minuto á minuto.

Al terminar, manifestó el señor Altamira, con el tono sencillo al par elocuente que caracterizó todo su discurso, que él pertenecía

á un núcleo de hombres que buscan el goce intelectual en el trabajo silencioso, que si bien no desprecian la oratoria, no gustan de la aparatosidad.

Por último, expresó su confianza en que la estadía de él en nuestro país, traería como feliz resultado el viaje de profesores argentinos á España, á dictar cursos en las universidades de ésta.

### III

## Conferencias del señor Rafael Altamira en la Universidad de La Plata

### CURSOS DE SEMINARIO:

#### a) METODOLOGÍA DE LA HISTORIA

Guiado por un alto propósito de vulgarización científica y pedagógica y deseando hacer más fecundos los resultados de su enseñanza, el profesor Altamira dividió así su curso: I. Conferencias doctrinales para el público heterogéneo que le escucha.—II. Conferencias de investigación histórica para los que aspiran á ser historiadores.—III. Conferencias sobre la metodología de la historia para los que enseñan la materia en el curso secundario. Siendo estas últimas las que más interesan desde el punto de vista pedagógico, las exponemos sintéticamente. Siguiendo el principio de Tolstoï en estas clases, más bien que conversaciones y preguntas recíprocas entre maestro y alumnos, existirá la mayor libertad de palabra. No ha de ser un interés «oficial» impositivo el que conduzca al discípulo, sino un interés real y personal del mayor ensanche de su caudal didáctico. Más que principios, más que teoría que puede encontrarse ampliamente expuesta en los libros, lo que el doctor Altamira propone, es salvar las dificultades de todo orden que el profesor de historia encuentra al dictar sus lecciones. Los alumnos presentarán los temas que en amena causerie serán discutidos por los presentes bajo la dirección del catedrático quien hará las indicaciones prácticas que los mismos susciten. Hechas estas advertencias, dice el Profesor Altamira:

Es un principio vulgarizado de que el conocimiento del terreno donde se va á operar, se presente como cuestión previa, ¿cuál es la edad mínima exigida para ingresar en los Colegios Nacionales?—En el país doce años.—En España diez. Este es un punto interesante. ¿Cuáles son los conocimientos que el alumno debe traer de la escuela primaria? Otra cuestión extensamente debatida. Existe disparidad en las Escuelas Normales, donde el niño antes de ingresar á 1<sup>er</sup> año ha hecho el ciclo completo de la 1<sup>a</sup> enseñanza, posee nociones de la Historia Universal, indispensables para la inteligencia de la Historia Nacional que no se desarrolla aisladamente sino que es la resultancia de la larga evolución que

la humanidad opera á través de los siglos; en los Colegios Nacionales, el niño carece comúnmente de estas ideas: 1º porque el programa de ingreso solo exige generalidades de la historia patria; 2º porque muchos egresan de cuarto grado donde aún no se transmiten dichas nociones. En esta República, obedeciendo á criterios diversos, la distribución de la Historia se ha hecho según lo indica el plan de estudios, es decir: 1º y 2º año, Historia Argentina; 3º Historia Americana; 4º Historia de las Edades Antigua y Media; 5º Historia de las Edades Moderna y Contemporánea. Lo racional sería comenzar el estudio de la Historia por la Edad Antigua puesto que según lo establecido, los pueblos no viven solos, no se desenvuelven aisladamente y por de contado que es menester desterrar en los países jóvenes particularmente, el patriotismo exclusivista para substituirlo por el verdadero patriotismo que se inspira en el amor hacia la humanidad. Pero puesto que existe un programa oficial; puesto que es de vital importancia conservar é intensificar el espíritu nacional, sin salirse de los límites establecidos, se puede conciliar lo uno y lo otro, haciendo un estudio comparativo con referencias al pasado. Es más bien cuestión de punto de vista que cuestión de materia. Lo que más importa es la impresión que se debe grabar en el niño de la interdependencia en que viven los pueblos; de que la historia es la marcha hacia un ideal cuyos dos puntos extremos son la civilización primitiva y la civilización actual. El hombre argentino es un hombre entre muchos que no hace más que contribuir con su esfuerzo á la obra común. Así cuando se estudia el momento pre-histórico del país — cuyo riquísimo caudal ofrece el Museo, la mejor institución moderna actualmente—, se hará referencia al momento prehistórico de los tiempos primitivos. De la misma manera, al estudiar la colonización española que no es esporádica puesto que muchos pueblos, fenicios, griegos, cartagineses ya la habían realizado, se presentará la oportunidad de compararla con la de estos pueblos y con la colonización inglesa como más reciente. El estudio de la independencia de las colonias hispano-americanas cuando ya habían adquirido la conciencia de su propia personalidad comparada con la norte americana, daría motivo para recordar la historia de Inglaterra, Francia y Holanda y así se iría formando una especie de precipitado en la inteligencia del alumno, una ligazón íntima con la Historia General.

*Uso del libro.* — Esta cuestión que aquí no está planteada en términos categóricos como en Alemania y Francia, ha sido discutida en las *Conférences du Musée Pédagogique*. Uno de los disertantes se declaró enemigo de las *explicaciones orales*; pero de la explicación ó de la manera antigua en que el alumno era meramente *pasivo*, lo que universalmente en cierta manera, el método en el curso secundario. Dada la dificultad de escribir un *manual* que armonice con la capacidad mental del alumno, porque es imposible que el autor siendo hombre piense como un niño, convendrá á veces, llevar el libro á clase, para consultarlo y explicarlo. Comúnmente el discípulo no comprende lo que lee, se detiene en los detalles no penetrando en

el fondo del asunto. En tales casos la intervención del profesor será necesaria. Conviene que desde un principio el alumno se acostumbre á hacer *ejercicios*, para lo cual dispondrá de un cuaderno de deberes donde anotará las explicaciones dadas en la clase y toda observación que le sugieran sus estudios. Seignobos piensa que es un buen procedimiento el que el niño lea en su casa y el profesor explique en la cátedra. El profesor Altamira después de hacer el análisis y la crítica de unos y otros, concluye que el mejor método es la combinación, según lo exijan la naturaleza del asunto y la capacidad de los oyentes. Así, pues, á veces se leerá y explicará en clase, otras el profesor solo expondrá la lección; otras y esto es lo más recomendable por cuanto siempre se tendrá presente que el niño debe ser ante todo un elemento *activo*, los discípulos prepararán sus lecciones para exponerlas en clase, en cuyo caso el catedrático dirigirá y aclarará sus dudas.

*Investigaciones históricas.*—Desde el punto de vista pedagógico sobre este asunto no hay reglas fijas. Dependerá de los cursos, de la preparación de los alumnos, del material que se investiga. Fuera de estos límites todo resultará artificioso. Por esto conviene dejar libertad al profesor. En Francia el profesor explica y los alumnos intensifican, ampliando esa explicación, con lo cual se consigue que el niño se dé cuenta que el asunto tiene desenvolvimientos mayores y evitando el reducismo, se le acostumbra á manejar muchos libros.

Es necesario reaccionar contra una práctica muy generalizada: los que estudian, atraídos por los folletos, se olvidan de las grandes obras; éstas hay que ponerlas en manos de los discípulos; el arranque será difícil; pero luego la tarea les será grata. Débeseles acostumbrar desde un principio á considerar el conjunto. Con este procedimiento se conseguirá: 1º Ampliación de las explicaciones del profesor; 2º Consideración del punto de vista en que se ha colocado el autor; 3º la distinta orientación de cada uno.

Los documentos deben ser perfectamente conocidos; en ellos el hecho histórico está vivo; el saber extraordinario de la época que ellos denuncian no puede ser substituído por la explicación más detallista. Trabajando con los archivos, el niño debe ser guiado por el maestro para que no se apropie sino aquello que es útil y no desprecie lo que le parezca superficial; el trabajo debe ser atrayente y existe ventaja en que el alumno sepa qué es un *archivo* y aprecie las enormes dificultades que el historiador ha tenido que vencer para escribir el libro que él lee con placer. Otro medio de ampliación son las *lecturas históricas* como las de Langlois y Maspero. Escritas con sencillez y belleza, sistematizadas, calentadas en la elocuencia, no existe inconveniente de que sean puestas en manos de los niños, quienes deben sacar las consecuencias que, del hecho mejor comprendido, de ellas se derive.

Unas veces convendrá que el niño escriba; otras que relate el resultado de sus investigaciones. En las relaciones ordinarias de la vida más hablamos que escribimos. Lo primero es un hábito: requiere

la concentración del entendimiento; la claridad y la lógica en las ideas; por eso conviene el diálogo en el cual nunca ha de hacer presión el profesor. Los temas literarios son de un valor incalculable: lo dramático en la historia, el carácter de una época; hábitos, trajes, alimentación, mueblaje, religión, moralidad, sociabilidad, comúnmente movidos por los actuales, se encuentran descritos en ellos con una vivacidad que encanta.

*Método de investigación y método de enseñanza.*—En tesis general no hay marcada diferencia entre el método de investigación histórica y los procedimientos pedagógicos. La diferencia solo existe en el *grado*. De aquí la necesidad que el niño se acostumbre desde temprano á manejar las fuentes, sin que sea necesario á su edad hacerle aprender el nombre técnico. Esto le dará oportunidad para ejercitarse en la *narración*, elemento importante y sobre la cual se le dejará independencia, como lo hacía Tolstoï en su Escuela Yasnaïa Poliana. El saber enseñar no es atributo de todos. El maestro nace y se revela por un impulso natural, la vocación. Las tareas docentes son tan delicadas que mal hacen aquellos que porque conozcan más ó menos una ciencia, se creen habilitados para enseñarla. De aquí se sigue que solo deben elegirse aquellas personas que reúnan las cualidades del verdadero *maestro*. Pero no bastan las cualidades naturales, es necesario también el método que solo lo da la pedagogía y la práctica constante pues el ejercicio va disminuyendo las dificultades. La formación del Profesorado Secundario bajo la dirección de un hombre experimentado, es la consecuencia inmediata de estas observaciones.

La libertad del profesor en su sentido amplio, no es lo que importa más, porque siempre se deberán respetar las creencias del niño, no modificando las inclinaciones propias de su espíritu; sino la libertad pedagógica, entendiéndose por tal, la independencia con que el profesor puede obrar empleando los procedimientos que mejores resultados produzcan en su enseñanza. El programa no debe estar concebido en términos que representen una doctrina ó indiquen al maestro una orientación determinada, sino en líneas generales porque convendrá tener en cuenta las localidades, el ambiente histórico por ejemplo, alrededor del cual se construye la historia general. La libertad tiene sus méritos: 1º en la necesidad de llenar un programa y no circunscribirse al desarrollo de unos pocos asuntos con grave mengua de otros que son igualmente importantes; 2º en que la enseñanza debe responder á los ideales que persigue la nación y no á los personales del profesor; 3º en las indicaciones de la Dirección. En este orden de ideas lo que importa es hacer obra seria, sacrificarse. Se debe deponer el interés individual al interés de la enseñanza; afrontarla con amor y convencerse de que si se da libertad completa al maestro, también se le exige una responsabilidad grande.

El profesor Altamira opina que para resolver en parte el problema de la segunda enseñanza, se debe emplear el plan *cíclico* y recomienda velar, sobre todo, por la escuela primaria.

*El material del Museo.* — Hoy no se discute la utilidad del museo; es aspiración unánime que las clases se den en él. El de La Plata muy rico en unas colecciones, es pobre en otras; sin embargo, llena una misión altamente científica. La impresión del resto del monumento debe proceder á toda explicación. El alumno no recibe en la escuela primaria todas las impresiones que la mente reclama para formar los conocimientos históricos, y aunque las recibiera, no estaría habilitado porque falta lo intuitivo que no termina en la escuela. El cerebro pide lo real y nada hay que pueda sustituir á la cosa misma. Hay que dejar que el niño se impresione; más que todo es la imaginación la que obra; luego vendrá el libro para esclarecer ó ampliar los pormenores.

*Apuntes y conferencias.* — Existen varios procedimientos: 1º El apunte en que se obliga al niño á seguir paso á paso al profesor; tiene el inconveniente de que las notas son tomadas á prisa, siendo á veces difícil descifrarlas. 2º El niño atiende y luego en su casa condensa en pocas palabras lo que el profesor ha dicho, lo que ha comprendido. Estos apuntes ó se leen en clase tal cuales están, haciendo las críticas correspondientes, ó guiados por ellos, el niño redacta un *diario de clase*. Este procedimiento tiene una gran ventaja: le obliga á pensar, componer y presentar una narración seguida, rectificada por los compañeros primero y por el catedrático después. Es un ejercicio histórico, lógico y gramatical que interesa sobre manera á los alumnos. La *composición*, forma frecuentemente utilizada en Francia, es hecha á base de lecturas y explicaciones. No hay duda que para los alumnos es de gran importancia; pero importa una tarea enorme para el profesor que debe corregir, clasificar y criticar. En cambio, el *deber*, reducido á ciertos límites, es de un valor incuestionable; se usa en todas partes y sus resultados son excelentes.

*Preguntas colectivas.* — Si bien tienen el peligro del desorden, tienen una fuerza educativa importante. En muchos asuntos es un procedimiento que no tiene sustituto. Es una manera de comprobar el aprovechamiento después del empleo que se ha hecho de un método determinado. Hay que tener cuidado que el juicio del profesor no influya en el ánimo del niño. Es necesario respetar su criterio. Aparentemente se respeta, pero el fondo de su espíritu hay una oscilación siempre perjudicial. Estamos sufriendo el peso de una educación fundamentalmente hipócrita; comúnmente se espera que se pronuncie una persona para estar de acuerdo ó no con ella. La enseñanza debe ser lo más sincera posible para formar hombres francos y veraces.

Resumiendo, la tarea del profesor debe consistir en recurrir sucesivamente á los diferentes procedimientos según las circunstancias de todo orden que influyen en la enseñanza: la educación es ante todo ciencia de aplicación, y como no puede haber recetas infalibles, de aquí que el catedrático combinará los distintos métodos y procurará, sobre todo ejercer acción honda y efectiva en el espíritu de sus alumnos.



*Fin de la enseñanza de la Historia.* — Si puesto que toda tarea debe tener un objetivo, vale la pena preguntar: ¿sirve la historia para algo?; ¿en qué sentido puede servir? El profesor Altamira analiza las opiniones de Xénopol en su *Théorie de l'Histoire*. Al abordar esta materia siempre se suele ir con prejuicios que perturbaban la severidad y libertad de las cuestiones históricas; por esto Xénopol plantea y estudia estas tres cuestiones: 1º Establecimiento verídico de los hechos. 2º Relación causal de los mismos. 3º La Historia como base del patriotismo y de la moral. Refiriéndose al último de estos problemas, el profesor Altamira cita la frase de Cicerón: «La historia es la madre de la moral» porque siempre se la ha considerado como un medio de inspirar sentimientos hondos por medio del ejemplo. Los autores del Renacimiento se habían preguntado de si era necesario decir toda la verdad, ó los hechos buenos solamente. Pero la posición del historiador antiguo cuando utiliza la Historia con fines morales es muy distinta á la del contemporáneo; el 1º siempre desfiguraba los hechos por aquello de la verdad triunfante y el vicio castigo; mientras que hoy, al 2º lo que le preocupa, es la integridad del hecho y aprovecharlo así como elemento moralizador. Tal es la opinión de Xénopol quien no niega que pueda servir de elemento moralizador siempre que no se salga de su campo propio: utilizarla como ejemplo, presentando la humanidad tal cual fué y lo es actualmente. Lo único que se puede permitir al historiador es *colorear* las grandes acciones para hacerlas más afectivas.

*La Historia como censura.* —Hubo historiadores que no consideraron esta rama del saber en sí misma, sino como una negación ó crítica. En esta dirección se ha desenvuelto la elocuencia histórica. Pero está fuera de duda que la historia-ciencia no puede continuar caminando en este sentido. Sobre este particular Xénopol dice en síntesis: la historia no es estática, sino dinámica; cuando se habla de un individuo y se afirma *fué* esto, está mal; se debe decir *ha sido, siendo*, porque si bien es verdad que recorre la curva donde se encuentra un ángulo saliente, no lo es menos que presenta facetas igualmente interesantes. De aquí la crítica á Taine y á otros autores que miran á un siglo como caracterizado por una sola cosa, dicen ellos: «ha sido así»; pero no es cierto seguramente, porque extremando el análisis, se encuentra con que una multiplicidad de elementos operan en un mismo siglo, en una misma época y en un mismo individuo, cambios importantes.

En este orden de ideas, el profesor Altamira aconseja evitar la *imposición*, pues no son los juicios del historiador los que determinan el juicio del público. Su deber consiste en qué forma podemos utilizar la Historia para coadyuvar con otras disciplinas á la formación del espíritu nacional? El problema es siempre el mismo para nosotros, dejando las ideas diversas que podamos tener de la sociedad. Como extranjero puedo ver mejor que Vds. y creo que Vds. tienen un poco de temor. (Se refiere el profesor Altamira á la balundra de apostaciones ex-

tranjerás, de hombres y de ideas que se vuelcan en nuestras playas, señalada como un verdadero peligro por los intelectuales y hombres de Estado). Hay alguna cosa que he visto, que he palpado, á saber: el español, el italiano cuando aquí se casan, ellos seguirán pensando en la patria nativa, pero sus hijos exclaman con orgullo: soy argentino. Los casos concretos que Vds. refieren no pueden alterar fundamentalmente este concepto. Se habla además de otro peligro, el de la emigración del capital extranjero, ¿qué consideraciones sugiere este hecho con respecto á la enseñanza? Lo práctico es poner delante del rostro del niño el espejo de nuestra impotencia; fortificar su espíritu patriótico en el sentido de que los niños vayan *haciendo* y repetirles constantemente que esas cosas que los extranjeros han hecho, pueden ellos hacerlas también. Lo interesante es que el niño se pregunte después de cada período: ¿qué ha hecho mi país en beneficio de la civilización? Se debe exponer lisa y llanamente los hechos, dejando á los lectores que formen por sí mismo su criterio. Basándose en estas consideraciones un gran educacionista alemán Ranke que ha formado escuela, la de los ranqueanos, introdujo en su país los seminarios históricos para que los alumnos vieran por sí mismos la historia y no por medio de imposiciones.

*Formación del espíritu nacional.* — Este punto fué tratado en dos lecciones. Los alumnos expusieron libremente sus ideas; el maestro después de oportunas consideraciones, sintetizó su juicio en estos tres puntos capitales:

1º El historiador como todo científico, tiene por base fundamental de su actuación, la verdad; por consiguiente cualesquiera que sean sus convencimientos históricos, no puede falsearlos.

2º El historiador como educador, no puede fundar absolutamente nada sino sobre la misma base de la verdad. Debe formar hombres de razonamiento, de verdad, de carácter.

3º El patriotismo para ser fuerte, no necesita ser ni intransigente, ni agresivo, ni calumniador con respecto á otro patriotismo.

Ampliando estas proposiciones dijo: El problema concreto para nosotros es este: ¿En los hombres que más se han distinguido como obreros del progreso, qué defectos han tenido y cómo debemos corregirlos? Esto es hacer historia y no más que historia sin sacarla de su campo; ella producirá un precipitado, uno de cuyos elementos será el patriotismo que se irá formando en los espíritus. Si el niño debe ser un factor eficiente en la obra común de la civilización y en la historia de su patria ha encontrado tales y cuales defectos, en cambio, debe inclinársele á tales y cuales medios para llegar á ese fin.

## b) INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

## INDICACIONES SOBRE LA MANERA DE TOMAR NOTAS

Lo 1º que se debe hacer es *redondear el tema*; limitar las exigencias del trabajo. Menéndez y Pelayo se reveló un gran pensador estudiando á Trueba y Cossio, muy poco conocido, que escribió en Inglaterra. Este primer trabajo fué una monografía muy completa que llamó justamente la atención por su originalidad.

2º *Orientarse en la bibliografía* que comprenderá en términos generales, los documentos originales y los estudios anteriores sobre el mismo asunto. Es preciso leer íntegramente estas fuentes: 1º Para completar la idea dominante en nuestro cerebro; 2º Para no escribir sobre lo mismo que ya se ha escrito.

3º *Disposición*: toda *papeleta* debe contener, si se trata de un documento: referencias para encontrarlo, número del tomo, idem del legajo, la letra (hay que anotar las dos indicaciones si las tuviera), número de la carpeta ó la foliación, tipo de letra, peculiaridades del anverso y del reverso. Si se trata de un libro, su nombre completo, idem del centro, tomo, página, edición, fecha de la misma, lugar y casa editora. Cada papeleta debe llevar en la portada, una breve referencia de su contenido.

4º *El trabajo*: el escritor habrá formulado previamente su plan, puntualizando los asuntos principales y secundarios y estableciendo sus relaciones lógicas. Este plan primitivo debe ser muy flexible por cuanto las investigaciones y lecturas, pueden dar lugar á puntos de vista diferentes y habrá que modificar el bosquejo anteriormente trazado.

## INDICACIONES ACERCA DE LAS MONOGRAFÍAS

Todo trabajo es una construcción. Tiene condiciones fundamentales que no deben faltar nunca, como lo comprueban las notas bibliográficas sobre los libros modernos. Faltando cualquiera de estos requisitos la obra es criticada. Se compone de tres partes: 1º *Prefacio*; 2º *Monografía propiamente dicha*; 3º *Repertorio final ó Bibliografía*. Este plan no es nuevo seguramente, pues en el siglo XVII los libros se escribían según este orden: 1º discurso preliminar; 2º asunto principal; 3º colección de documentos. Pero el discurso preliminar no podía estar concebido como ahora, pues el moderno concepto y la crítica de la historia, aparecieron recién á fines de ese siglo. El P. Mariana, v. gr., ha escrito la *Historia de España*, como resultado de sus abundantes lecturas; admirable por su estilo clásico, pero que no denuncia un criterio claro, ni interpreta. Existe otro libro: *Los Anales de Aragón*, de Zurita, escritos á base de documentos. Pero fué recién á fines del siglo mencionado que la historia, bajo la influencia de los franceses, entra en el período francamente científico. Un prefacio debe

contener: *a)* La *exposición de las fuentes* desde un punto de vista crítico, según el concepto y valor que cada una merece y según el apoyo que las mismas han prestado al autor. Esta enumeración debe ser prolija y completa. Las fuentes que se clasificarán en principales y secundarias, directas é indirectas, *monumentales, originales y documentales*. De cada una es necesario exponer todos sus detalles. *b)* La *bibliografía del asunto*, trabajos constructivos principales ó secundarios relacionados con el asunto; porque una monografía es una interpretación y hay que dar todos los medios de su comprobación. Esta necesidad se ha hecho ya tan general que hasta en los mismos diccionarios modernos se halla la bibliografía completa del tema desarrollado.

2º *Asunto principal* ó trabajo propiamente dicho. El profesor Altamira aconseja la división en capítulos en cuyo encabezamiento se ha de colocar ya el sumario enumerado y repitiendo esa enumeración á medida que los puntos se estudian, ya escribiendo en el cuerpo del capítulo el título del punto que se desarrolla, enumerándolos igualmente. Las *notas* puestas al pie de las páginas deben ser breves. Se colocan las referencias que únicamente tengan importancia. Para no hacerlas especiosas se debe remitir al párrafo tal, del capítulo ó sección tal. Pero las notas deben contener todos los datos relativos á la comprobación de su contenido.

3º *Fin*. — Se acostumbra en los libros modernos anotar al fin las conclusiones á que se ha llegado. Este trabajo de recapitulación, resumen ó síntesis es de gran importancia y de una utilidad inmediata por cuanto presenta una visión de conjunto é indica al lector el proceso seguido en el desarrollo del asunto.

4º *Colección de documentos*. — En algunos temas pueden ser numerosos; pero siempre convendrá reducirse á los documentos no publicados ó malamente publicados. Es evidente que no hay que comprobar lo ya probado, de donde, una publicación de un documento ya conocido será necesaria solo cuando el autor se coloca desde un punto de vista nuevo. Se puede dar como consejo general que la colección debe ser *sobria y sustanciosa*. Tratándose de documentos hay que poner sumo cuidado; á veces habrá que pasarlos íntegramente, otras solo párrafos; pero en una ú otra forma convendrá que el mismo autor los copie. Existen en algunos Archivos, empleados que se ocupan de esta tarea. Como no siempre se les puede tener fe y como habrá de comprobarse palabra por palabra, los historiadores, que forman hoy una familia muy unida, se prestan mutuo auxilio.

El mismo cuidado hay que poner en la *impresión*. El autor es quien debe corregir sus pruebas. Igual proligidad se recomienda en el nombre de libros, de autores, etc., pues la negligencia daría una idea muy pobre del autor y serían una falsa indicación para los que vienen posteriormente.

El *Índice* se puede colocar al principio ó al fin, es indiferente, habrá un índice de títulos de capítulos, otro de epígrafes

de los párrafos; pero nunca debe faltar el índice alfabético de nombre de personas, de nombres geográficos ó de hechos.

### EL PERIÓDICO

Cuando se trata de antiguos no se los puede utilizar sino como un libro antiguo; hay que tomarlos siempre con mucha prevención. Pero cuando se trata de periódicos del día hay que organizar el *recorte*, sistema que en Norte América, siguiendo el consejo de Freeman, se ha llevado á la perfección. Las universidades de aquel país reunidos los diarios del día, señalan los recortes que ingresan minuciosamente clasificados á las cajas históricas para servir en el futuro. ¿Qué valor tienen como fuente histórica? Es necesario distinguir: antes el periódico formaba la opinión, hoy es el público que emite la opinión que el autor del artículo de fondo recoge y la expone después de un análisis razonado. Es de principio que siempre habrá que confrontarlos para formarse una idea exacta de la época ó suceso que ellos exponen. El diario, además de la información política, contiene una multiplicidad de datos de sumo interés por cuanto revela la vida misma de un pueblo en toda su actividad. Antiguamente los datos de carácter social ó urbanos se daban por medio de anuncios y noticias sintéticas, lo que dificulta la formación del concepto sobre el cambio de una villa en ciudad por ejemplo. Esto, no obstante, Pérez Galdós ha hecho una descripción interesante de la España del siglo XVII, dando la impresión viva de esa época, valiéndose de anuncios de periódicos.

*Resumen escrito por el señor JULIO DEL C. MORENO.*

## CURSO PÚBLICO

### Primera conferencia: El espíritu de la ciencia (1)

Empezó el señor Altamira explicando por qué no había formulado un programa de las conferencias que ayer comenzaban: ante la alternación de los problemas de interés, entendía que hay que amoldarse al interés *presente* del alumno; y ya que lo más educativo de todo es lo más flexible, sería lo mejor que el grupo de materias que se trate se consiga por movimiento de dentro hacia afuera, por sollicitación de los alumnos, comprendiendo como líneas generales: la exposición de doctrina, de hechos, de pensamiento ageno; que se confiaría á un grupo y luego la tarea de laboratorio, que se hiciera personalmente, en lugar de aprender de los demás. Esto no sería para todos, como es natural, sino como

---

(1) Publicadas en *El Día*.

producto de una selección espontánea que se delinearía en las conferencias futuras.

Unos aprenderían, otros se dedicarían á hacer, *haciendo* por investigación personal. «Deseo — dijo el conferenciante — que exista diferenciación, no separación en el público que me escucha. Los que no sean seminaristas, no es el caso de que sean solo oyentes. Después de la cátedra podría entablarse una *interview* entre ustedes y el profesor, estableciéndose de esta manera una comunicación intelectual entre Vds. y yo, que sería fructífera y útil. Aspiro fundamentalmente á formar entre la heterogeneidad de mis oyentes á establecer el sentido histórico de investigación, de enseñanza de la historia. Confío alcanzar este resultado final, explotando las disposiciones especiales de los oyentes para que aprovechen los frutos que de mi modesta palabra puedan recoger».

Describió lo que se entiende por espíritu científico, reseñando lo que *no lo es*. No es espíritu científico tener conocimientos científicos ó conocimientos de metodología; no lo es sufrir la influencia de estampación de un buen maestro; fuerzas de conducta científica son las que se precisan para formar ese espíritu.

Dedicó extensos párrafos á describir lo que se entiende por ciencia, y sobre todo, á explicar lo mucho que se ha discutido para averiguar si la historia es ciencia, deduciendo que, en cualquier caso, ya se sostenga que la historia es ciencia, ya que solo es literatura artística, ya que pertenezca á cualquier campo de los que son de experimentación de nuestros antiguos tratadistas, poco importa para el espíritu científico á que se refiere. Lo importante es que prevalezca el vigor de la inteligencia con respecto á la adquisición del conocimiento conquistado y de su expresión.

El verdadero espíritu previene:

Contra la anticipación científica por el conocimiento de la investigación exacta del problema, contra la credulidad, muy frecuente peligro; contra la aceptación de lo ageno.

Previene contra la enorme superstición de la letra impresa, ya que en nosotros reina la propensión á creer que lo que dice un libro *es ciencia* y nos dormimos en espíritu sobre lo que creemos que son conquistas del saber. Contra la sustitución de la lógica por el ingenio y de una visión objetiva por cualquiera posición pasional, añadiendo una serie larga de otras prevenciones contra cosas vestidas de ropaje científico.

Refirióse después, el señor Altamira, á la infalibilidad del pretendido hombre científico, contra cualquier ciencia secular que es definitiva como tal y como orientación; mientras que el verdadero hombre de ciencia es modesto, flexible, y siempre se encuentra dudoso, buscando los términos exactos de la realidad de las cosas.

Contra el espíritu científico, sostuvo el conferenciante, que han trabajado defectos y cosas arqueológicas:

1º El *magister dixit*, esto es, la fe en el maestro de supuesta competencia; de autoridad constituída y absorbente.

2º El sentido dogmático, de cualquier procedencia. Distingue, al efecto la posición de la ciencia antigua, del ideal de la ciencia

moderna. La filosofía libre no parte de nada que no sea real, buscando un punto verdadero, de donde arranca, mientras la filosofía dogmática parte de un punto demarcado.

3º El peligro que existe en la confianza en los datos de la antigüedad, la subordinación del dato real á los intereses humanos ó las ideas preconcebidas, como ocurre con la falsificación de documentos y de monumentos que fueron resultado de los trastornos que acompañaron á la Edad Media.

Entonces, que el documento lo era todo, cuando no existía se inventaba; desde la donación de Constantino la Edad Media está llena de falsificaciones que han extraviado las ideas que debieron alimentarse en las fuentes de la historia.

También ha habido otras formas de falsificación: la ocultación ó la desfiguración de los hechos. Cita al efecto, dos grandes ejemplos: La lucha entre las casas de Francia y Austria y entre ésta y la naciente casa inglesa, no solo se entabló en el campo de batalla, con sus derramamientos de sangre, sino que estos fueron preparados por la lucha *papirácea*, que todavía hoy apenas se conoce, en que se disfrazaba todo, formando, sin conciencia, atmósfera calumniosa de odios, para quitar al enemigo aliados, atrayéndose en cambio amigos.

Segundo ejemplo: el de la Inquisición, que tanto ha apasionado al mundo, contando unos, de ella los mayores horrores, entonando otros las más grandes alabanzas; negando abusos ó borrando honores; inventando hechos ó desfigurándolos frecuentemente.

Por fortuna, añade, hoy se nota ya un soplo de honradez científica en el mundo: se va sustituyendo también el campo histórico por el campo filosófico. Sin embargo, al criticar nosotros los prejuicios de otros tiempos, de la manera de entender la ciencia los hombres antiguos, esos prejuicios aún persisten. Hay que prevenirnos.

No tenemos ya el *magister dixit*. Hoy este se puede equivocar. Hasta negamos autoridad al hombre más trabajador de conocimientos. Pero á la vez que existe ese fermento de revolución en la juventud intelectual, tenemos otro *magister dixit*, nosotros mismos, cada uno de nosotros que mientras niega la autoridad ajena, considera que la sola autoridad es la opinión propia. Y la peor de las autoridades es la propia. No es sino la exageración de la tendencia á establecer la propia personalidad en el espíritu científico de cada uno.

Podría sustituir hoy á la segunda causa á que antes me he referido —añadió el señor Altamira— la fe en las novedades, que es una epidemia devastadora. Así como las señoras esperan ansiosas el último figurín, esperamos nosotros la última palabra científica, confundiendo la novedad con la palabra absoluta de la ciencia. Podría ser caricatura de lo que digo la historia de un intelectual. amigo mío, dotado de condiciones positivas, quien se pagaba de lo que escribía, y que decía que nadie lo había dicho antes que él. — ¿Ha leído usted este artículo? preguntaba. — Sí, excelente, le decíamos. — Sobre todo *muy nuevo* ¿verdad? nos añadía...

Hay que prevenirse, pues, contra los moldes que transforman las mismas bases de la ciencia. Defendámonos tanto de los moldes nuevos, como de los moldes viejos.

Continúa el conferencista hablando de la superstición del hombre nuevo, y recomienda al auditorio que no se deje seducir por la creencia recetaria de la ciencia. Según ésta, la ciencia tiene solución para todo, y ha mantenido también la leyenda del *crack* de la ciencia, cuando el recetario no responde á las esperanzas que en él se tenían formadas. Pero también ese mismo recetario ha levantado el himno absoluto de admiración: *la ciencia lo puede todo!*

Combate el orgullo de pretender no ignorar nada, el absurdo amor propio de no querer decir: *no lo sé*, cuando se encuentre uno frente á un asunto nuevo, frase que se conceptúa como una vergüenza. «No, — dice — es preciso ser modesto, humilde, decir que sabemos poco».

«Nos dejamos engañar, añade, por el espíritu metafísico disfrazado». Como ejemplo de esa afirmación, recuerda el consuelo que á la familia produce saber qué enfermedad es la que tiene rendido al miembro querido, y todo esto, dice, ¿es pasajero, ó es cualidad del alma? La ciencia, añade, puede afirmar. Pero no como sentencia firme. Es, pues, la palabra de la ciencia afirmación relativa, no absoluta. El espíritu científico bueno, es el que está siempre abierto á la rectificación. Mientras no hagamos así, no estaremos capacitados para obra seria y científica.

La credulidad, según afirma luego el conferenciante, es también otro enemigo de la seriedad científica. Si se saca del campo de sus actividades al hombre astuto, lo engaña, cualquier cosa. Cita como ejemplo característico, la creencia que tenemos, en lo que dicen los diarios. Cualquier telegrama es el evangelio, sin preocuparnos de saber el origen más ó menos fidedigno, el fundamento que pueda tener la noticia en aquel consignada. Recuerda al respecto la discusión de Feijóo, cuando se hablaba del hombre del diente de oro.

Otro peligro es la aplicación del ingenio á la labor científica. Como el ingenio es cosa tan frecuente en nuestro espíritu latino, caemos con gran facilidad en el peligro de sus lampazos de brillantez deslumbradora. Creemos que el ingenio lo domina todo, cuando no hemos visto sino las siluetas á la luz de ese relámpago. Huyamos, entonces, de la explicación científica de las cosas, hechas por el ingenio. ¿Es que hay una subconciencia en la humanidad, que es fortísima, superior á la filosofía de los estudiosos?

Toda interpretación es anticipada, hija de la vivacidad intelectual. La formación del espíritu científico, pues, previene contra el error, contra la equivocación que no la evita. No olvidemos la ecuación personal, que es error congénito, tanto en las ciencias exactas, como en todas.

Concluyó el conferenciante diciendo que si logramos la penetración contra todas estas prevenciones, lograremos también evitar los peligros á que conducen. Y sobre todo — dice — seamos humildes, condición fundamental para el triunfo de la ciencia.



## Segunda conferencia: El método de la historia

Antes de entrar en materia el profesor Altamira, recordó al auditorio que las conferencias se celebrarían invariablemente en las tardes de los lunes y de los jueves.

Añadió que al repasar la lista de los alumnos anotados, se ha convencido más y más de la necesidad de que se separen definitivamente en dos grupos: el de los que quieran ser seminaristas y tuvieran la bondad de dar sus nombres al terminar la clase, quienes se reunirían con el conferenciante todos los lunes á las tres; y otro grupo que trataría con el profesor Altamira á la misma hora de los días jueves, para adiestrarse en los procedimientos que conduzcan á ser historiadores.

Dicho esto, entró el conferenciante en el tema de su cátedra.

---

Todo el que va á estudiar una materia, necesita tener á su alcance los medios que le puedan llevar al fin que se propone. La costumbre hace que en seguida nos acordemos del libro, como elemento esencial y nos preguntemos ¿cuál es el libro que nos sirve? Sin embargo, el libro no es el todo para el elemento de trabajo que se debe utilizar, por más que tenga en éste su función bien señalada.

Describió el profesor Altamira, el estado actual de la metodología en el mundo, especificando cuál es la orientación de la bibliografía metodológica; la literatura actual de la metodología, que es abundante en Inglaterra, en Francia, en Italia, alcanzando la lista á proporciones enormes sin que se tenga, no obstante, un manual práctico que pueda ser útil á la enseñanza de la metodología de la historia.

En dos grupos pueden separarse las cuestiones que atañen á esta:

1º Los problemas generales de la historia como procedimiento, como realidad de la vida; la constitución científica del conocimiento histórico, según la ciencia; los límites entre este conocimiento y la filosofía de la historia; los factores del movimiento histórico individual y colectivo; la influencia de la raza, del individuo; su importancia como factor económico; los elementos internos de la acción humana en la historia.

2º La relación de la historia con la sociología; si están en campos distintos ó no; si se hallan compenetradas.

La metodología de la investigación es en extremo difícil ¿dónde está el verdadero conocimiento histórico, dónde las fuentes de la investigación?... Al respecto, aconseja el conferenciante, que se procure conocer el fiel origen de las fuentes; qué reservas sugestivas deben hacerse para que aquéllas sean útiles; y es una necesidad, añadió, conocer de qué manera deben interpretarse las fuentes para que este material, que pudiéramos llamar material bruto, vivo, produzca en el historiador la visión de lo real.

Para la buena construcción histórica, hay que depurar los medios para que el historiador, en posesión erudita del dato, pueda

así conocer la visión exacta, para que pueda utilizarla, ya como delicia personal, ya para comunicarla á otro; en fin, para hacer verdadera historiografía.

Señala el orador las dos acepciones de la palabra historia: por un lado, lo que ocurre, lo que se mueve en el mundo. Por el otro, la narración escrita de los hechos sucedidos, compendiados en un libro, que en resumen es lo mismo ya enunciado, es decir, la realidad de las cosas, la comunicación de ellas á través de los conocimientos de uno mismo, que se transmite á los demás. Es, pues, error, creer que la historia es la que sólo está en los libros, cuando si hablamos de Mariana, de César Cantú, de Lafuente, no haremos sino referirnos á fuentes propias, personales, de investigación histórica.

Habló luego de la metodología de la enseñanza y de la metodología aplicada á la producción historiográfica.

Analizó las reglas más precisas para investigar y enseñar la historia, recordando que se ha acudido á dos fuentes; á lo antiguo, buscando el desenvolvimiento de la metodología, la manera como la han aplicado los historiadores antiguos, cómo averiguaron los hechos que relatan y cómo los escribieron. Ello ha producido gran cosecha literaria: desde Boissier al hacer historia griega, hasta Monneau analizando á Michelet. Todo, todo esto interesa al profesor, al aficionado, al investigador.

Hay entre los dos grupos señalados, verdadera independencia.

1. De que la historia sea ciencia ó no, nacen posiciones distintas respecto de la investigación, respecto de la enseñanza. Solo cuando se quiere especializar, se ve que son posibles las funciones separadas de los dos grupos. Es este el problema que se discute tanto en la educación intelectual: ¿debe ser enciclopédica? ¿debe ser especialista?

Al respecto se extiende el profesor Altamira en elocuentes párrafos para llegar al resumen de que el verdadero problema debe plantearse en estos términos: todo está abierto á la vida científica, han de examinarse las relaciones entre los fenómenos, y por más que ellos deben cultivarse en general, bueno es que se especialicen aquellos que se penetran más completamente.

Habló luego de las cuestiones especiales de la metodología.

Sea cual fuere el concepto de la historia, para manejar con provecho las fuentes de donde brote y buscar sus relaciones, es independiente aquel concepto é igual en todos los casos.

La determinación de las fuentes y su manejo son la base esencial para todo; podrá ser diferente su aprovechamiento, pero la designación de los trabajos es exactamente igual. La revelación debe hacerse á conciencia, educando la propia personalidad del alumno. Esta es cuestión sagrada y delicada, como también completamente separada de las otras funciones del profesor; cuestión que ha de constituir en él preocupación especial. Sería un ideal para todos, profesores y alumnos — continuó el profesor Altamira — si se encontrara un libro práctico de enseñanza de la metodología de la historia; libro en el que se presentaran separadas las diferentes cuestiones que convengan ya al investigador,

ya al profesor; libro que ofreciese la indispensable orientación bibliográfica para que lleve unida, por consiguiente, la concentración científica. Este libro debería contener:

1º Eurística: fuentes de crítica que nos lleven á la publicación de las buenas fuentes, inéditas, sin pérdida de tiempo. Para ello, cierto es que se tienen ya reglas internacionales que permiten aplicar con provecho los estudios hechos por el extranjero, mientras el estudioso se sujete á esas reglas.

2º La formación del propio material. No se trata solamente de leer libros y de ver las fuentes de información. Debe reducirse todo á un factor que se amolde á la manera mental de cada uno, á fin de que la tarea resulte lo más asimilable posible.

Enseñaría ese libro á cada uno, á buscar la ley de economicidad en el trabajo científico; debería ser:

Bibliografía fundamental de cada problema;

Composición histórica de cada asunto, y

Metodología de la enseñanza.

Todo ello sobrio, preciso y práctico, que fuera substancia del pensamiento.

Describió detalladamente luego, el profesor Altamira los escasos ejemplares que registra la literatura metodológica. El libro de Berhaim, que ofrece la dificultad de estar escrito en alemán, por más que haya traducido Clibelucci algunos capítulos al italiano. Describió los seis capítulos de la obra:

I. Concepto de la substancia de la historia, esto es, estudio de la relación de la historia con las demás ciencias.

II. Metodología en general.

III. Fuentes: eurística, bibliografía muy abundante de cada fuente: monumentales, de supervivencia, etc. Estudio de las ciencias auxiliares de la historia. Puede este, según el conferenciante, inducir á error ya que separa la numismática, la filología, la geografía, cuando no son sino elementos sustanciales de la historia á pesar de la especialización que exige su estudio. El epigrafista es un historiador; Momsen era epigrafista; tan conocedor de diplomas y de documentos, como historiador, como constructor de historia.

IV. Crítica de las fuentes de la historia; extrínseca é intrínseca. El valor del testimonio humano. Las reglas para la publicación de las fuentes de la historia. Confrontación de esas fuentes. Jerarquía de los valores de cada fuente.

V. Interpretación de las fuentes de la historia.

VI. Exposición histórica.

Completa ese libro, un pequeño folleto editado en 1907, que trata especialmente de la enseñanza de la historia, pero basándola en procedimientos demasiado alemanes. Ciertamente, dijo el profesor Altamira, que la metodología no tiene fronteras; pero esta exige determinaciones prácticas para utilizar los materiales de la historia nacional; y en el folleto á que me refiero, muy escasa es la bibliografía española; mucho más la sudamericana.

Alude luego á otros libros; al de Maister: Principios de ciencia histórica, que se publica en fascículos; al de Seignobos y Lan-

glois, en el que se ve el influjo del archivero, proclamando como única fuente de historia el documento y descalificando la fuente principal para encontrar el carácter de un pueblo, como es el monumento, ya arqueológico y sobre todo artístico. Recuerda el libro agotado de Smet, *La crítica histórica*. Finalmente, elogia otro libro de J. Brehier y Desduissés du Dizert, *El trabajo histórico*, que tiene en la mesa, y que describe y analiza.

Pasa someramente sobre el recuerdo de los libros que él ha escrito, usando la más extrema modestia y manifiesta la necesidad de escribir un texto que permita concretar la metodología en la enseñanza, cosa que no sería difícil, disponiendo de los trabajos ya hechos, sobre todo ingleses y norteamericanos.

El profesor Altamira termina diciendo que las conclusiones á que podría arribarse, eran: Que los libros que se refieren á la metodología en la investigación, son incompletos en cuanto á resolver los mejores medios de conseguirla. Son poco prácticos, desde el punto de vista de la nacionalidad, para determinar las reglas convenientes á la investigación.

Escribamos, pues, dijo, el libro que falta y del que hablaremos en la próxima clase: un libro sobrio, breve, de materia condensada, y que contenga gran material bibliográfico del habla castellana.

### **Tercera conferencia: El libro de Metodología de la Historia**

«Voy á insistir, dijo, en tratar de la importancia considerable que tendría un libro manual de metodología, tan útil para los estudios que nos proponemos realizar», y recordó las conclusiones á que arribó en la conferencia anterior, esto es, que no existe hoy ningún libro de metodología práctico, que responda á las exigencias del público de lengua hispanoamericana, al que preste sobre todo, el gran servicio de proporcionarle los datos bibliográficos que le serían tan útiles. Pero ante todo, añadió, nos sale al paso una cuestión, planteada, ya hace tiempo: este libro á que me refiero, ¿sirve para algo al historiador? No es solo una pretensión didáctica, la que mueve estas dudas, sino que un grupo de historiadores sostiene que de nada sirve un libro semejante: la tesis está, si no sostenida, francamente esbozada en el prefacio del texto de Seignobos y Langlois, citado en la última conferencia. Los especialistas dicen que ningún historiador necesitó reglas para hacer historia; que las formaron ellos, los grandes cultivadores de las ciencias históricas, quienes con sus condiciones propias personales, las dictaron y las aplicaron. Tal libro, sostienen aquéllos, es absolutamente innecesario en el período de preparación.

¿Es cierta esta argumentación? pregunta el conferenciante. A su juicio la cuestión está planteada mal, fuera de su verdadero punto. Ciertamente es que el aprender á hacer una cosa solo se logra

*haciéndola*; que es superioridad enorme la del conocimiento propio, sobre lo que digan los demás, que se debe hacer. En realidad, es vivacidad mayor la propia, que no el precepto abstracto expresado por otro. Cita como ejemplo el provechoso resultado del carpintero que aprende trabajando, comparado con el que lo haga leyendo un manual.

Fijémonos, sin embargo, en cómo se aprende bien, *haciendo*: de dos maneras: aprendiendo solo, ó con maestro. La posición del que aprende solo, ó con maestro. La posición del que aprende solo, es posición de la autoridad; se guía exclusivamente por el eco que levanta en su espíritu la solución del problema resuelto. El que aprende á investigar, investigando con un maestro, lo hace con el que tiene ya experiencia de la destreza, de la facilidad de hacer aquello que transmite. ¿Qué hace al fin el maestro? Aún cuando se limite á auxiliar al discípulo en cosas exteriores á la obra misma, está dando verdaderas reglas de metodología, tanto en el taller, como en cualquier profesión liberal. En una palabra, el estudiante en este caso, hase *guiado*, con reglas, con rectificaciones que son un tratado de metodología *en vivo*. El maestro es una *regla viva*, no más con su sola acción. ¿Qué servicio presta ello á quién aprende? No rehace desde luego, en sí propio, toda la formación de la historia que ya hizo el maestro. Este representa la experiencia suya y la de los maestros que ha asimilado, ya que no hay ningún maestro, que quiera ser realmente profesor, que no sea *discípulo* en todos los momentos. Si siendo aprendiz de historia tuviéramos que repetir en nosotros mismos todos los tanteos, las vacilaciones, las vueltas atrás de todo proceso científico, sería cuestión de no acabar nunca.

Dedicó largos párrafos á explicar lo bueno que es, para el alumno, disponer de maestro, hasta el punto de considerar absolutamente necesaria la frecuentación del maestro por el discípulo.

Describió el sistema de formación autodidáctica del alumno, esto es, del alumno libre y el influjo personal que ejerce el maestro. La experiencia que suministra la autodidáctica es que el hombre más estudioso, aunque llegue á profundizar la materia, cojea; le falta el equilibrio resultante de la aplicación intelectual de los otros á la suya, con la experiencia que el paso de los espíritus ajenos deja en el nuestro imprimiéndole huellas profundas. Aún en los grandes autodidácticos, aseguró el profesor Altamira, se notan vacíos que les hacen cojear toda su vida y producen en sus obras demostraciones de algo profundo, cercano á manifestaciones del genio, al lado de otras que podría rectificar un muchacho recién salido de la escuela primaria.

El tipo más perfecto de enseñanza, pues, es el en que el discípulo *vive* con el maestro, é incorpora las cualidades de éste.

Pudiera suponerse, sin embargo, que el alumno, con maestro, con maestro que se preocupe de ser maestro, no necesitaría del libro de metodología, para adquirir práctica en el *hacer* las cosas. Pero es que no todos pueden tener maestro que *haga* en las

condiciones indicadas, ni tampoco maestro de ninguna clase. Por esto es útil el libro.

Habla á continuación de los vocacionistas aficionados al estudio de la historia y que prestan gran servicio á la obra histórica, motejados sus estudios de modestos, como si todos los esfuerzos en este sentido, no constituyeran obra muy apreciable. Todo el mundo sabe que en los pueblos que comienzan á tener vida propia, como en los pueblos antiguos, existen grupos de eruditos locales, arqueólogos, historiadores, que se forman y se dedican á descubrimientos de reglas de carácter histórico, que llevan serias aportaciones que podrán tener en la forma de presentación, defectos grandes, pero que tienen precioso aprovechamiento para los grandes historiadores. Y estos grupos locales son entusiastas ayudantes; esos hombres oscuros, modestos, aplican sus energías con pasión á la investigación histórica. Esta gente, tan buena, está falta de orientación, falta de principios metodológicos. Se afanan, pero con su inexperiencia perjudican la acción de los bien orientados. Cita el ejemplo del gran epigrafista Hummel, lamentándose en un artículo de los esfuerzos equivocados hechos por un coleccionista meritísimo, que gastó ingentes sumas y gran actividad en reunir datos que llevó á un libro, pero en forma tan defectuosa, que hubo que destrozar todo lo hecho para aplicarlo á los buenos y prácticos cuadros de distribución.

Hé aquí una primera categoría de hombres para quienes el libro de metodología es absolutamente necesario. Son *pioneers* mal dirigidos, verdaderos equivocadores para las altas investigaciones científicas. El libro para ellos les reportaría dos cosas: la manera de buscar inscripciones y por las indicaciones bibliográficas conseguir buenas críticas de los libros que les pueden servir prácticamente.

Y aún aquellos estudiosos que tienen maestro, necesitan del libro. La aprehensión de la regla, debe ser simultánea con el trabajo.

En el libro se encuentran también noticias que el maestro no puede dar, porque no puede saberlo todo, ni hasta decirlo todo, ya que hay que descargar de la labor científica del seminario lo mucho que estorba á la labor práctica; fechas, citas, nombres, cuadros de clasificación, que no hacen sino recargar inútilmente la memoria del alumno. Todo esto debe estar en el libro, para consultarlo, para que sea conjunto *de una vez*, lastre que luego toma y detalla el maestro. Porque leer no es aprender, sino hacer una exploración del terreno, adquirir disposición intelectual para adaptar bien la explicación del maestro.

Son datos *eruditos* los que debe contener el libro de metodología; el libro es sugestionador. Tiene, con relación á la palabra, la ventaja de ser más preciso, exacto, seguro, en datos que pueden flaquear en la improvisación de la palabra.

El libro, dice, perpetua rápidamente: expone la idea, *de una vez*. El profesor, tiene flexibilidad en su palabra, puede decir y dice cosas diferentes á veces, pero permite la interrogación y la res-

puesta. Pero también la palabra se pierde, se desvanece . . . . ¿cuán fácil es, dice, hasta perder, por falta de una palabra, la ilación de fundamentales ideas, al escuchar una cátedra! La pérdida de una palabra, es el rompimiento de toda una argumentación. La memoria flaquea, el libro no. El libro da exactitud, vigor en la expresión, como que aquel es el resultado de la reflexión sobre la espontaneidad del habla. Es, pues, superior al maestro. Es, cuando menos, complemento del trabajo del maestro. La palabra es dominadora. Tiene á su favor la ortografía, el subrayado de la expresión, el gesto, que enlazan y sujetan la imaginación del oyente, hasta producir un efecto momentáneo por el que se pierde la personalidad del que escucha y se adquiere la del que habla.

El libro no: produce ecos en nuestro espíritu, en el que no trabaja con las influencias que puede producir la autoridad y hasta las afecciones, ó el cariño que tengamos al maestro.

También el libro metodológico es útil á los no especialistas. La historia interesa á muchos que no serán nunca historiadores. El dato histórico y la manera de ver el fenómeno histórico, son precisos á quienes están *haciendo historia*, como los hombres públicos dirigentes, los legisladores, etc. Y todos ellos deben prevenirse de la fácil recepción del dato histórico, en virtud de la cual se producirán quienes lo reciban, de manera defectuosa para el bien de su patria. No es éste elemento fundamental de profesión, sino de *altura*.

En síntesis: el libro hace falta y esto sentado el profesor Altamira explicó qué cosas debe comprender. A su juicio lo siguiente:

*Capítulo I*— Un capítulo breve, resumiendo más bien que discutiendo las cosas. Plantear las cuestiones que interesen á la faz actual, con la expresión sincera de lo que se disfruta en el mundo de la historia y desde éste á los factores concurrentes á la producción de los fenómenos históricos; sobre todo marcar la fijación de la historia humana como fenómeno, como hecho cosmológico, ligado por la realidad á todos los hechos de la vida, de la tierra misma. Fijar bien todo esto, consiguiendo así la percepción exacta de todas las facetas de los fenómenos históricos.

*Capítulo II*— *Eurística*: determinación de los cuadros de las fuentes que nos den noticia de la historia humana. Sus grupos, sus relaciones, documentos, monumentos. Civilización anterior, tradiciones, expresión de los hechos. Valores respectivos de estos grupos. Aquí se empezaría á hacer algo muy importante: la referencia particular á los grupos de fuentes de cada país y localidades en que se encuentre un manual *concreto* para el hombre. Indicación práctica para utilizar los archivos, museos, bibliotecas del país. Lugares donde se pueden proseguir las investigaciones y encontrar fuentes ignoradas. Sus reproducciones por la copia calcada, fotografía, etc. Cita como modelo el libro I del Museo de la Plata.

*Capítulo III—Reglas generales para la crítica de las fuentes.*— Para determinar su autenticidad, para hacer grupos probatorios —Esta es la parte más segura de la metodología. Rememoración de los falsarios, recordando lo sucedido con la tiara de Saitaphernes.

*Capítulo IV—Reglas para la interpretación del dato que las fuentes arrojan*—¿Cuáles son los diferentes puntos de vista para el investigador que busca la clase de la fuente y su época? — El libro debería especializar, ya que no todas las fuentes tienen el mismo punto de vista para el aprovechamiento, ni todos los asuntos se asimilan á la misma especialidad. Ejemplo: el trabajo del alemán Meyer, sobre determinación del sentido prehistórico á diferencia del sentido histórico: el distinto ángulo según el cual el historiador debe apreciar el primero ó el segundo sentido enunciado.

*Capítulo V.—Manera de organizar el trabajo propio.*— El historiador no puede llevar el museo, por ejemplo, á su casa. Es necesario, entonces, que le quede el dato fresco, aprovechable, que le diga lo que le dijo en su visita la fuente misma. Hay que saber leer, cosa que parece fácil, como lo parece el tener sentido común, que es el menos común de los sentidos. Hay que catalogar bien, á fin de que aprovechen al historiador las colecciones de citas y de documentos.

#### Cuarta conferencia: (Continuación)

Encadenó el profesor Altamira el final de su pasada conferencia, en que se refirió al libro ideal para texto de metodología de la historia, y continuó con la descripción de lo que debería contener aquél. Comenzó, pues, hablando del

*Capítulo VI—Previsiones para la construcción histórica.*— Es decir, utilizar los datos que suministren las fuentes para trazar los cuadros históricos y hacer una reunión útil de hechos ó conjunto de hechos de la historia.

Contendría este capítulo: reglas particulares de generalización, dejando las reglas abstractas y demostrando los peligros que envuelve una generalización precipitada. Deberíase citar los nombres de historiadores que han fracasado por su preocupación de generalizar, con pocos hechos, ó excediéndose en la generalización. Habría muchos, dice el conferenciante, en la época moderna. El siglo XIX fué pródigo en esos fracasados, que eran grandes cultores de la filosofía de la historia; mal concebida entonces, dando cuadros de conjunto, no líneas de los hechos, sino leyes generales para la historia presente y hasta para la futura. No solo la presión del patriotismo, sino las causas referidas hacen que aquella historia, tan bella, tan perfectamente literaria, no sea exacta.

Como exponente de estos errores, en su más clara manifestación, cita á Taine. Sus defectos son graves, pero propiamente del punto de vista científico, sobre todo su *parti-pris*. Resalta por ejemplo en la obra de Taine el *teorismo* sobre la formación de los grandes escritores y artistas con gran apariencia, con brillo, con ropaje literario,



pero sin fondo. Si trasladamos las ideas de Taine al arte español, resaltan en seguida las contradicciones de las teorías de aquel escritor. Dice él que donde hay mucho color, mucho sol, brota el arte, se producen las más exuberantes manifestaciones artísticas. En España el mucho sol, el cielo azulado, las noches tachonadas de estrellas, todo ese esplendente marco, no es el más propicio al arte. La provincia que es cuna de Altamira, Alicante, cuyo clima y cuyas costas evocan á Grecia, no ha tenido ni un poeta, ni un pintor de nota; sí ha tenido historiadores, jurisconsultos, rígidos y reposados, de gran sazón intelectual y tranquila. En cambio Valencia, provincia vecina á Alicante, es país de grandes artistas. Esta incongruencia resalta doblemente al ser consecuencia de la generalización histórica precipitada, que se nota en la obra de Taine.

Otra forma equivocada de la generalización histórica, hecha por Taine, es la agrupación de hechos para teorizar sobre la intelectualidad humana. Toma al efecto, seis, ocho, diez años de distintos momentos de un siglo, de diferentes localidades de una misma nación y sobre ellos construye afirmaciones y consecuencias para toda la nación y para todo el siglo, sin fijarse en las diferencias de carácter y de sustanciación de hechos que se presentan en los estados. Cita, como ejemplo, á Francia. Y si un hombre de tan grande idealidad como Taine se equivocó, ¿cómo no hemos de equivocarnos nosotros!

Pero esto no quiere decir que no se haya de generalizar en historia, como sostiene también algún preclaro talento como el de Giménez, Vice Director del Archivo de la corona de Aragón, quien extrema la nota y dice que la mejor historia para él es la serie de documentos que se refieren á un asunto. Esta serie no puede servir, sino para formar una idea del hecho histórico. La obra histórica consiste en revelar al lector las consecuencias que se deducen de los hechos estudiados, como revela el pintor al que mira su cuadro, las bellezas de la naturaleza que reproduce.

*Capítulo VII – Metodología de la enseñanza de la historia.*—  
Contendría la transmisión del sujeto histórico en forma práctica.

Comenzaría este capítulo por recordar que en pedagogía no hay recetas, que no se enseña *precisamente así*. Para demostrar esto se extiende en elocuentes párrafos el profesor Altamira, cuyo claros conceptos levantaron murmullos de aprobación y espontáneos *bravos*. Lo necesario, lo indispensable en el profesor para ser buen profesor, es estar pendiente de las solicitaciones del sujeto y aplicar en todo instante la inculcación de la idea, *aún cuando no sea durante el horario de la clase*. Obrar así es ser profesor; los que no lo hagan serán sencillamente *aplicadores de ideas*.

Continuó el conferenciante diciendo que el libro ideal de que se trata, debería dar los procedimientos y prácticas pedagógicas que se siguen en el mundo, á guisa de información, para que con ellos á la vista, el profesor pueda elaborar prácticamente, *personalmente*, el procedimiento suyo. Luego debería reseñar el material *industrializado* que se necesita para el estudio práctico, esto es el material

que se vende, y describir el material que *no se vende*, sino que debe hacer y preparar el profesor, echando mano de la realidad misma de los hechos históricos por sí mismos, por paseos escolares, etc. Salvase del culto excesivo al material, substituyéndolo por el culto del espíritu. « He oído, dice, la más colosal lección de geografía dada por un profesor, sin más material que dos cáscaras de naranja. El espíritu del profesor era el que trabajaba tanto, que los alumnos asimilaban á perfección lo que decía el catedrático, mucho más prácticamente que validos de complicado y costoso material que era muy difícil que supieran manejar y hasta posible fuera que no se atreviesen á ello ante el temor de romperlo ».

Debería finalmente tratar el libro ideal, si para la enseñanza de la historia se ha de tener en cuenta los tres grados de primera, segunda enseñanza y enseñanza universitaria, ó solamente dividir ésta en dos grupos: primaria y superior.

Con esto terminaría el plan acabado del libro ideal.

Ahora se hace el conferenciante esta pregunta: « ¿Por qué este libro no lo ha de escribir uno de vosotros? ¿por qué no ha de ser el libro, hijo de nuestro trabajo común? ¿por qué no una resultante del paso mío en vuestra tierra? Os arrojó la idea, como una sugestión ».

Pero mientras *nuestro libro* no se hace, añade, ¿cómo debemos trabajar? ¿á qué textos hemos de acudir?

Y sigue una gallarda relación de obras, de las que el profesor Altamira hace la crítica bibliográfica, circunspecta y clarísima; con la exactitud de concepto que le es familiar. Desfila ante el auditorio Berehaim, que podría combinarse con los textos de Brehier y Desduisses Dudizert, ó con las monografías de carácter especial que el mismo Berehaim va detallando. Hay que estar al día también con el movimiento ideal que se produce, respecto á metodología: *las variaciones que sufren los andamiajes de hipótesis, con los adelantos de la ciencia*. Sigue el erudito desfile bibliográfico: Langlois, y su manual de bibliografía puramente histórica; la *Revue de Synthèse Historique*, intermediario natural para conocer la enorme cosecha metodológica alemana, rusa, etc., cuya inteligencia facilita el texto francés, asequible á toda persona instruída; sin embargo, esa revista tiene el defecto de ser demasiado francesa, ocupándose poco de bibliografía sudamericana. Además atiende con exceso á todas las cuestiones de carácter general, que fueron objeto de especial estudio en la primera conferencia, esto es: si la historia es ciencia ó no; si el factor A ó B son mejores; si es más meritoria la labor individual ó la colectiva. Recuerda el conferenciante que la *Revue de Synthèse Historique* publicó en 1903 su primer repertorio de bibliografía metodológica, anunciando la repetición periódica que aún no se ha producido; esa bibliografía es relativa, carece de crítica.

Continúa el profesor Altamira la relación de obras de consulta, enumerando el Anuario de Ciencia Histórica que se publica en Berlín, obra notable, que sufre ya los perjuicios de su misma perfección: es enorme y exige gran espacio *ya hoy*. No puede menos de resultar así, siendo tan completa: trata de libros, de artículos de revista, haciendo de todos breves indicaciones críticas. Habla luego el cate-

drático de las revistas alemanas, francesas y norteamericanas, que pueden encerrarse en un carácter más crítico; del tipo más perfecto, representado por la *Revue Historique*, de París; de la *American Historical Review*, de Londres; del *Journal des Americanistes* y, por fin, refiriéndose á las revistas españolas, enumera como indispensables: el *Boletín de la Academia de la Historia*, la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, la *Cultura Española* cuya sección de filología está á cargo de Menéndez Ayala; el *Repertorio de Revistas*, publicado por la Biblioteca Real, etc., etc.

Con esto, añadió, termina la descripción del *outillage* que necesita un historiador.

Pero nos queda algo que examinar, de lo que necesita un historiador. Tanto el investigador como el que recoge los trabajos ajenos para comunicarlos por medio de la enseñanza, tienen reglas especiales, y á la vez comunes que conviene atender, que constituyen la raíz del espíritu histórico que, mal aplicado puede ser fatal.

Debe pensarse, en términos generales, que se enterará tanto más de la historia el alumno, cuanto más la conozca el profesor. El pleno conocimiento del caudal histórico proporciona la ventaja de que esté aquél alerta y le permita variar las condiciones para *individualizar* la enseñanza. Si el profesor no domina la materia, necesita establecer en la clase el cuadro rígido, para no permitir la intromisión del alumno en la explicación, que pone al catedrático en frecuentes apuros. Sin embargo, el profesor debe recordar que es indispensable la práctica pedagógica para hacer labor eficiente, en la que fracasan las mayores eminencias, si no la tienen. Recuerda á Menéndez Pelayo, maravilloso exponente de cultura histórica, quien jamás ha sido profesor.

Proclama la conveniencia de acudir á lo más alto, para dar lo más bajo, siguiendo la práctica de los Estados Unidos, que han acudido á los sabios mundiales para redactar los *manualitos* de física, de historia, de botánica, destinados á las escuelas de primera enseñanza.

El primer principio que debería recomendarse es prevenirse de la especialización: *el que no sabe más que una cosa, no sabe ni esa cosa*, frase típica, que sintetiza cuánto resbala la especialización sobre la epidermis de nuestro espíritu, sin caer en él. La familiarización con las ideas ó las cosas únicas que estudiamos nos hace ciegos para juzgar de las cuestiones mismas. El historiador que no es más que historiador, no es nada. Necesita cultura general, para no estrechar su criterio el que emanaría de la soledad de concretar su visión á un solo punto del horizonte. El exceso de singularidad, los espíritus con esquinas, los que no se suman á la corriente general, son solitarios. No hay que acantilarse en un orden único de conocimientos. Hay muchos hechos que no se explican por sí, sino con relación á otros. Habla del *antropocentrismo*, al que califica de peligro. No, no es cierto que todo gire alrededor del centro de la obra humana. El hombre proclama su influencia sobre lo que le rodea, por la luz que recibe de él, cuando todo está en relación profunda é íntima entre sí. La distinción en una cosa, no se logra, sino refiriéndola á las demás.

Se extiende en describir la corriente errónea que confunde los fenómenos de la vida social con los de la general.

La explotación del conocimiento general afina el sentido científico propio. ¡Cómo se alarga el espíritu para penetrar en todos los fenómenos, al conocer lo que le rodea! El contraste, la aviación constante de nuestro espíritu con el contacto de la ciencia, que nos da mayor vigor de procedimiento que el propio, producen el verdadero sentido crítico á que se ha referido el conferenciante en sesiones anteriores.

Las ciencias antropológicas de carácter espiritual, son de estudio tan dificultoso, como las ciencias exactas. Lo preciso es, pues, especular los términos de fundación que se requieren para correlacionar una ciencia con las demás.

Proclamó la conveniencia de comunicación de los alumnos de todas las facultades entre sí, á fin de combatir el excepticismo de ideas propias, con relación á las del compañero.

No hay que especializar demasiado en el campo histórico, cosa que causa sensibles perjuicios. Recuerda las declaraciones del representante inglés en el Congreso de Ciencias de Roma, en 1903, diciendo: nosotros carecemos todavía de muchas de las instituciones seminarias que tiene Alemania, pero tengo confianza en que no desaparecerá tan pronto la historia, la tradición literaria é histórica de los grandes escritores de la Gran Bretaña.

Termina recomendando la necesidad de preocuparnos, todo lo posible, de la posición individual. La cultura general no ha de privar de ser especialista. Es necesaria, la especialización; pero no debe descender, del punto de vista del conjunto, hasta lo íntimo de nuestro espíritu, como dominadora absoluta de los conocimientos humanos.

«La ciencia es, dijo, á pesar de sus ramas prolíferas, una unidad, como es una unidad el mundo».

### Quinta conferencia: Los hechos de la historia

El profesor Altamira recordó al comenzar, cuáles eran las exigencias fundamentales que debían hacerse á un historiador, á fin de que conozca lo que le evite á él y evite á su vez al alumno ó al lector tener que hacer la reducción del campo histórico á lo pasado y rectificar el concepto que tenga de ese pasado.

Vulgarmente el concepto preliminar que se tiene de la historia, es la relación de lo pasado, y como consecuencia que lo pasado es sinónimo de viejo. Es preciso demostrar que el momento presente está viviendo de hechos que proceden de lo antiguo, que en lo antiguo tiene su raíz. Y más fundamental todavía es saber que lo actual es exactamente tan histórico como lo pasado.

Se extendió el conferenciante, en describir qué es lo *presente*: una serie de momentos de tiempo, que se sale rigurosamente del momento, es decir, que está en la línea que sale inmediatamente del presente para entrar en el futuro. Lo presente es el momento

que huye sin cesar. Las mismas palabras con que fijamos el hecho, ya son posteriores á lo que con estas mismas palabras llamamos *presente*; ya, al enunciarlo no más, el *presente* ha desaparecido.

Es pues, simple figura de retórica calificar de presentes á hechos que se refieren á cosas que pasaron todas; llamar, por ejemplo, época presente, siglo presente.

Lo que importa es que la conciencia popular, en cuyo fondo está el concepto de lo *presente*, lo traduzca en ejemplo histórico; echar abajo el muro con que vulgarmente se separa el presente del pasado; convencerse de que todos hacemos historia y de la gran aplicación que este concepto tiene en la metodología, para utilizar el presente para conocer el pasado. En suma: utilizar el hecho cambio, el hecho renovación, el hecho imitación, para fijar el concepto histórico de sucederse de los hechos.

Esta utilización para llevar al lector á la estimación de la historia es corriente y no cesa jamás hasta llegar como consecuencia, á la unidad histórica humana, en todos los tiempos, mediante su dependencia á lo pasado y á lo presente. El momento está siempre ligado á momentos anteriores, de los que no es sino una representación.

Recuerda la defensa del momento histórico hecha por Freemann, en Oxford. Lo más alejado, Grecia, sus ideas, viven aún, se manifiestan en una serie de hechos, de instituciones que son ininteligibles, sin su incorporación á los precedentes, á su pasado, que es tan lejano como la civilización. Pero el concepto de la unidad histórica de que ningún momento puede decir orgullosamente: soy hijo de mí mismo, no debe llevarnos á equiparar hoy con ayer; á fundar en este concepto ideas de aquél.

Alude al respecto, al error cometido por Ferrero en su estudio sobre la Grandeza y Decadencia de Roma, pretendiendo explicar hechos de ayer, fundándolos en conceptos é ideas de la humanidad de hoy. La demostración de esa afirmación la funda el conferenciante en largos párrafos, en que hace ver lo resbaladizo del terreno cuando se hace la estimación de las cosas antiguas, con criterio nuevo, lo que lleva á atribuir que se hicieron ya en tiempos remotos, descubrimientos ó conquistas de la ciencia de hoy. Cita la obra de la señora Oliva Sabuco de Nantes, de la que se han querido deducir extraordinarios descubrimientos de fisiología; los versos de Lope de Vega que *presintieron* el telégrafo, cuando auguraban que llegaría día en que las noticias vendrían tan veloces como el rayo.

Como medio definitivo de romper esos falsos criterios, es preciso incluir en la enseñanza y narración histórica el *presente actual*. Describe la parte histórica y la parte estática de los hechos. Hay que hacer ver — dice — que no se sustrae el momento histórico á la ley eterna del movimiento y modificación de las cosas.

Como ejemplo, sostiene que no cabe la menor duda de que, en la historia argentina tiene tanta importancia la invasión inglesa, las influencias francesas, inglesas, norteamericanas, como la inmi-

gración constante que se produce cada día en el país, con la entrada de millares y millares de hombres. Todo ello prepara la historia para mañana. Será la materia aprovechable para el historiador, lo que á nosotros nos parece tan heterogéneo.

Otra cuestión muy importante es formar idea exacta de la medida en la cual la historia es maestra de la vida y por lo tanto la medida según la cual la historia de lo pasado ha de servir para la conducta de hoy y entender la medida también en que es conveniente abordar lo pasado. Con ello interpretaremos en su justo valor la historia, como interpreta Dante á Virgilio: *tú, conductor; tú, maestro; tú, señor*. Es cosa para preocupar, dice, el problema constante de hallar en qué medida, dada la relación íntima que existe entre el *hoy* y el *ayer*, la historia debe ser significación ideal que represente lo que es y la pauta para mañana.

Dedicó luego, el conferenciante hermosos párrafos á juzgar del valor de la tradición para la historia, por el inmenso que tiene el recuerdo en nuestro espíritu; es fuerza dispuesta á producir en nosotros la emoción que no cabe en el hecho de *vernos* á la manera unitaria que la tradición representa para el cuerpo colectivo. Nos apasiona el *hoy* histórico, pero *nos divide*; mientras que la tradición es la representación ideal y característica de tiempos pasados, que *nos une*, produciendo en nuestro espíritu el escalofrío de la emoción. La tradición unifica la historia de un pueblo, á través de todos los cambios. Es barra central, alrededor de las que giran las transformaciones que forman el punto de mira para la colectividad, y hacen de todo el *hoy* y el *ayer*, el *hoy* de un pueblo. Pero la tradición debe ser utilizada por el historiador para crear factores de unidad.

Citó varios ejemplos para demostrar las variaciones que presenta la tradición, como consecuencia del personalismo doctrinario. ¿Qué es más tradición? los siglos que España ha peleado contra el mulsumán, ó los en que ha guerreado, confundidos ambos ejércitos, sin la excepción de una sola batalla? ¿Qué es más tradición? La separación, el aislamiento de España, como consecuencia de la real cédula de Felipe II ó la pasión de cultura en el exterior que creó tantas becas de estudios, en el extranjero desde antes del siglo XII? Como estos se podrían citar infinitos ejemplos.

La tradición es, en resumen, el momento culminante de un proceso entre varios, en que está dirigida el alma de un pueblo, y que nos es simpático. Por esto el profesor lo ha de hacer ver así al alumno, con toda sinceridad, para que éste no vincule á un solo punto el desenvolvimiento histórico.

Trató luego el profesor Altamira el juicio de los hechos, sus dos clases: 1º el que consiste en la apreciación del efecto causado por el hecho, ó por el grupo de hechos, según el medio en que se produjeron y la repercusión que tuvieron en el problema en que se orientaban. 2º La bondad moral del hecho mismo.

Sostiene que el historiador no tiene para qué hacer juicio moral de los hechos, sino lo que hace el físico á través del microscopio: *decir lo que ve*.

Lo que sea salir de la narración de las cosas, no es trabajo de historiador, sino de otra posición del espíritu, tendiendo á hacer juicio histórico, á descubrir la repercusión del hecho en el problema planteado cuando se desenvolvió. Describe, al efecto, diversos ejemplos prácticos.

Hace resaltar, á continuación, la situación difícil en que se encuentra el historiador cuando la fuerza de la convicción toma fuerza de pasión al relatar hechos contemporáneos en que aquel ha sido actor ó espectador. Sin embargo, dice el profesor Altamira, hay que tener en cuenta este elemento de interpretación doctrinal. Para el historiador es un factor, tan del tiempo histórico, como el hecho que narra; es elemento precioso para darse cuenta del estado de agitación espiritual en que se hallaba el narrador, cuando lo arrastró á disfrazar los hechos, sacrificando su ecuanimidad.

*Del sentido humano y nacionalista en la exposición histórica* habló á continuación el conferenciante. Se refirió á la corriente que en Alemania, y en Francia aprovecha la historia para la educación cívica. Las clases de historia producen allí la impresión de que el educando sale del aula convencido de que su pueblo es el más grande, el más digno de dominar, el que más ha hecho para la civilización. Ya pasó, dijo, la época de los *pueblos elegidos*. Todos son concurrentes á la línea general de civilización, que nos parece buena ó mala, según nuestro apasionamiento.

La verdadera posición es contar al alumno con toda sinceridad, la historia nacional, y darle también constantemente la impresión de todas las influencias exteriores en virtud de las cuales se ha formado la interpretación *personal*, original, que ha dado al país prepotente, esas ventajas de superioridad.

Alude, al respecto, al género literario. Ni Shakespeare, ni Cervantes, ni el Dante, son genios salidos de la nada, que obraron en la especulación intelectual por lo que, *llevaban dentro*. Al contrario, todos ellos, como cualquier mortal, tomaron lo bueno del medio ambiente pasado, del contemporáneo, y elaboraron la fecundación vigorosa de su espíritu con el espíritu ajeno.

Así es como se hacen leyendas nacionales, como la del Tenorio, figura universal, obra de colaboración de infinidad de espíritus escogidos.

Y así es también como en arte se hace leyenda. La conclusión se saca no más, fijándose en los grandes arqueólogos helenistas contemporáneos. No hay apenas un solo elemento propio, en el arte griego; todo, en sus manifestaciones es tomado de los pueblos más antiguos. Es el arte griego el último elemento culminante de pueblos viejos. Lo griego es la *reelaboración* suya, personal, perfecta.

Este sentido, pues, debe ser tenido en cuenta, bien presente, al hacer historia nacional ó general. Hacer ver en la historia al pueblo, que todo es resultado de *aportaciones* de otros pueblos que son oponentes, que contrarrestan el espíritu nacional.

Hay que estimar también que hechos que se narran en la historia no son sino expresión de las necesidades de los pueblos que se refieren á órdenes distintos del que se han producido.

Se reproduce con frecuencia el caso de Balaam: fué á buscar su burra y encontró el cetro de Israel! Así la humanidad busca una cosa y produce otra distinta. Al hacer la historia de las ciencias, por ejemplo, tendemos á abstraer los hechos que á aquéllas se refieren, cuando responden á cuestiones económicas. Esto enseña á que demos á la significación de la idea ó del hecho de que proceden toda su calificación, toda su *alma*.

Y cuando presentemos los hechos en función con las ideas que representan, lograremos quitar la acritud personal que suelen tener. Seamos humanos, con quienes no estuvieron de acuerdo con nosotros. Así también rebajaremos á la vez un poco de la altura en que reputamos colocados á quienes no lo merecen.

### Sexta conferencia pública: Educación del historiador argentino

Continuó examinando al comenzar su conferencia, los principales puntos de la educación sólida de un historiador, en el sentido de su preparación: se refirió, como último punto no tratado en la sesión anterior, al trabajo de erudición histórica, ya que lo más vulgar, lo de Pero Grullo es lo más difícil de convertir en *idea fuerza*, para tender, en una palabra, la línea directiz que sirva de conducta á la masa. No es lo mismo cosa aprendida, que la idea hecha, idea hecha carne en nuestro espíritu.

El historiador que quiere investigar ó construir historia, debe pasar por la acumulación previa de datos, en forma de trabajo de erudición. Todos parecemos estar conformes en que lo importante es la teorización general y que el trabajo de erudición es secundario, de segunda fila, de *ratón de biblioteca*, de coleccionador maniático; nunca de la alta misión del historiador. Hay que acabar con esto. Momsen, por ejemplo, hubo de pasar por todo ese trabajo que muchos descalifican y acumular primero, generalizar después y trazar la línea del trabajo sintético perfecto, luego.

Todo el buen trabajo de la humanidad profesional, consiste en acumular y generalizar después; esa labor es la que siempre ha precedido á la buena formación de las leyes históricas. Por esto se nota en los historiadores á la moderna, tendencia general á abandonar los cuadros grandes é ir en cambio, á los pormenores de detalle. Esto permite al historiador remontarse á un punto de mira más elevado. Es un triunfo de las ideas alemanas al respecto. Tanto si el historiador busca la exactitud de la historia construída ya, ó si quiere hacer historia, debe pasar primeramente por el trabajo de erudición; todo eso aparte de la labor de fantasía de adorno, de la construcción de líneas abstractas que puedan tener la historia y que no la perjudican.



El movimiento de la humanidad es semejante al del péndulo; á cada oscilación hacia la derecha, sigue otra hacia la izquierda. Jamás se estaciona en un punto céntrico. Robustecería esta afirmación mía el hecho de que, aún en Alemania, se nota una reacción hacia las grandes generalizaciones, constituyendo una posición crítica del espíritu historiador alemán, que secundan los italianos y hasta los franceses. Sin embargo, se puede estimar al llegar al terreno de la confianza con los grandes historiadores alemanes, que ven esta actitud con desconfianza para la labor histórica de quienes así proceden, y creen que los verdaderos historiadores no deben menospreciar la erudición.

Carlos Lamprecht, organizador del maravilloso seminario histórico de Leipzig, exhibe su exageración hacia las grandes síntesis, mostrándose demasiado absoluto. Y, á pesar de la magna erudición de Lamprecht, los historiadores sólidos, ven con sonrisa burlona las reconstrucciones á que aquél llega en su historia de Alemania.

Estoy al lado de estos últimos, dijo el conferenciante. Creo y estimo imposible y grave para la buena formación y confianza en los trabajos históricos, el apresuramiento á dar síntesis, á trazar líneas generales en el sentido de una institución determinada, si no se ha hecho previamente el trabajo de erudición. Es algo parecido al diagnóstico médico, sin conocer, por un conceptuoso estudio, todos los síntomas que presenta el enfermo relacionándolos con su fisiología habitual.

Terminado este punto se particularizó el profesor Altamira, con la *educación del historiador argentino*.

El historiador argentino — dijo — se encuentra en posición completamente distinta, del europeo. Gran parte de la historia de la humanidad no le interesa. Debe, en cambio, hacer exclusivamente *su historia*. La historiografía es para este caso, mucho más extensa que en cualquier otro que se buscara como comparativo, y traza la primera línea de conducta de este historiador: *reducir*, en lo posible, la historia de su país, no empeñarse en perder tiempo en estudios especiales de investigación europea, clásica, medioeval, *si no están inmediatamente enlazados* con su historia. Y debe obrar así, no por patriotería, sino por deber. Cada uno ha de trabajar en el terreno que mejores resultados pueda darle. Luego de conocida *su historia*, podrá permitirse el historiador argentino, el lujo de estudiar la verdad.

Y al decir historia, me refiero no solo á la de su nacionalidad independiente sino á la que elaboraron espíritus que son tan *su-  
yos* como los de la historia contemporánea. La historia colonial es, al menos, tan argentina como española. Son tan íntimos los puntos de contacto entre una y otra que se hace imprescindible su compenetración para deducir situaciones históricas exactas.

Para hacer perfecta historia argentina, debe ante todo el historiador, preparar su material. No ocultó el conferenciante, que casi todo está por hacerse. Compondría el material:

1º Bibliografía argentina — Impresión de documentos y de fuentes de todo género que conduzcan al conocimiento histórico. Tiene sobre sí el historiador argentino, menor carga que el europeo, para hacer una perfecta investigación bibliográfica crítica que le oriente bien hacia la buena utilización de su material.

Claro es que lo publicado es poquísimo. Se precisa ir conjuntamente á organizar y á inventariar los archivos, saber qué riqueza bibliográfica tenemos. Mientras no se organicen todos estos elementos, *bien claro*, sin preestablecer sistemas, ya que todos los juzga buenos el conferenciante, es inútil que pierda el tiempo en generalizaciones con base pequeña, con diámetro chico; resultarán luego generalizaciones *en falso*.

Hecha la clasificación de los archivos, é inventariados, para efectuar el trabajo cómodo de la utilización de materiales, llegará el momento de establecer escuelas anexas á la facultad de filosofía.

Vendrá también la publicación de los documentos, pues es muy difícil y costosa la realización de viajes de estudios. Además, tratándose de historia argentina nos encontramos con que muchas de esas fuentes que el historiador nacional necesitará, no están en la República, sino en España, en el Archivo de Indias. Es preciso pues, publicar esas fuentes, imprimirlas en forma inteligible ya que no podemos exigir especiales conocimientos paleontológicos á la gran masa que colaborará en la tarea. Busquemos la manera de que no se pierdan las infinitas riquezas de orden espiritual que se pueden aprovechar. Imitemos á la naturaleza que esparce millones de semillas al viento, para que fructifiquen algunas. Así también busquemos la colaboración de muchos jóvenes que no la prestarán si no se les facilitan los medios para realizarla.

Después habrá que explorar las fuentes monumentales, siguiendo las huellas que ya ha trazado esta Universidad; hacer excursiones á los puntos que puedan presentarnos supervivencias de pueblos antiguos.

Dispuesto así el material primario, es preciso que el historiador aplique reglas para su buena utilización: distribuir las fuentes de historia, de arqueología, por medio de monografías de carácter local. Como se ha dicho antes, que cada uno trabaje en su terreno, con el menor gasto posible de energía. Y así se llegará á la serie de grandes monografías del país en que se vive y llegará también á su fecundación por el espíritu de alta investigación histórica.

Se creará una Junta Histórica, á semejanza de la Real Academia de la Historia, de España, ó de la *Société des Savants*, de Francia. Aquélla tiene en las provincias sus correspondientes y sus comisiones de monumentos históricos y artísticos. Aquí se podría hacer algo parecido, esto es, centros de impulsión histórica, sin patrón único, sin preocuparse de buscar el nombre, para hacer el número. Hacer el *núcleo* de los amantes de la historia, eruditos provincianos que llegarían á ser importantes centros auxiliares, en comunicación constante con Buenos Aires.

Dijo el profesor Altamira, que se trataba de un trabajo de paciencia, de constante dedicación. El gran arabista español Francisco Codera, que ha reunido millares de papeletas de su puño y letra, que ha constituido legión de auxiliares en que figuran los Rivera, los Pano, los Assiri, dice: si seguimos trabajando así, *dentro de veinte años*, es posible que podamos decir algo de historia arábigo-española...

Y no basta explorar; hay que coleccionar y distribuir las exploraciones. Crear museos de carácter privisional, huir de la centralización del trabajo, hacer clasificaciones de carácter regional. Fundar museos de historia general humana, pues aunque el historiador argentino tenga ante todo que hacer *su casa*, hay que hacer también espíritu que rompa con el criterio de patriotismo, ya que todo pueblo está relacionado con los otros y todos son colaboradores entre sí, aún los que se tienen como enemigos.

El conferenciante habló luego de la *formación del material para la enseñanza de la historia*. Fijó, como generales, las siguientes reglas:

1º Es preciso no considerar el material como cosa *postiza*, como auxiliar de la enseñanza, sino como lo principal, como la *realidad misma*, que debe provocar luego la consiguiente explicación. Lo primero que debe ver el niño es *la cosa* y como consecuencia de la vista de esta cosa, producirse la explicación. Reconstruir con la cosa la serie lógica y real, anteponiendo aquélla al libro, en vez de confiar á éste la enseñanza y descripción de la cosa.

2º Preocuparse de que el alumno *vea* lo real, mientras sea posible. Enseñarle lo que existe, en lugar de sus reproducciones por el grabado. Anunció el conferenciante su propósito de explicar en otra clase cuáles eran las láminas que se podían utilizar con preferencia, á falta de la contemplación de lo real.

3º En las presentaciones, preferir las gráficas, las de objetos efectivos y reales, á las composiciones históricas que, en muchas ocasiones llevan del brazo á la fantasía.

Esto exige la creación, en cada centro docente de un museo escolar de historia, pensando sin embargo, en la conveniencia de huir del *double emploi*. Por ejemplo, si existe lo que precisamos en el Museo de La Plata, no necesitamos del Museo Escolar. Al efecto elogia la colección de prehistoria y de etnografía americana que existe en aquél y *que deben ser empujadas*. También alude á la representación de la civilización clásica iniciada en el museo, por célebres esculturas; si ella sigue, no se necesita otra, por ejemplo, en el futuro museo del Colegio Nacional.

La especialidad del museo escolar debe extenderse al material didáctico, á un depósito debidamente organizado de *material vivo*. Describió el profesor Altamira cómo debe obrarse cuando no se tiene un buen museo cerca.

1º Acudir á la aportación de material, por los alumnos: hacerles colaboradores del museo que algo de su individualidad, pase á la obra común. «En todos los hogares — dijo — hay objetos diversos, procedentes de viajes, de excursiones, de obse-

quios que con el transcurrir del tiempo pierden su aprecio, son *estorbos* en el hogar. Debemos procurar que se movilicen esos estorbos, sacarlos de donde son simples adornos, para que pasen á elementos *vivos* de enseñanza.

2º Procurar las donaciones de otros museos acudiendo á los duplicados ó á las reproducciones por medios industriales. Ello es fácil. El conferenciante ofrece el concurso de los elementos de España, ponerlos á disposición de la República. En cuanto á las reproducciones industriales son baratas.

3º Crear una sección especial de *supervivencia viva* — aunque esta enunciación parezca un pleonasma, — de los hechos, de las manifestaciones de carácter histórico. Se refiere á las leyendas y á las tradiciones, elementos de gran interés para los niños, que une extraordinaria amenidad á elevada importancia histórica.

Se extiende el profesor Altamira en la necesidad de salvar, entre nosotros, este valioso material, antes de que se deforme por la influencia, cada día mayor, de la emigración extranjera, que absorbe el carácter primitivo, indígena. Y muy especialmente atesorar las canciones de carácter histórico en su puro origen, que están próximas á desaparecer por el mismo crecimiento de la masa extranjera.

### Séptima conferencia: Material de Enseñanza

Continuó el catedrático español, hablando de las condiciones que debería tener un museo escolar histórico, recordando lo dicho al final de su conferencia anterior; esto es, la conveniencia de estimular las aportaciones que hagan los alumnos de objetos que estorban en el hogar ó que han recogido en excursiones; los donativos de duplicados de otros museos; las reproducciones en yeso de obras artísticas; el atesoramiento de la supervivencia de canciones, leyendas, etc., próximas á desaparecer. Todos estos detalles forman la parte final de nuestro último extracto.

Ya de lleno en la conferencia, el profesor Altamira habló de la tercera sección que debería tener el museo histórico escolar, es decir:

*La mapoteca.* — Comprendería esta sección, los mapas físicos, históricos, los cuadros geográficos. Existen ya mapas históricos de la vida humana, sobre todo en Europa, pero no existen, por ejemplo, mapas murales argentinos. En cuanto á atlas, no los hay argentinos, propiamente llamados, pues no tienen mayor utilidad las ediciones de 1865 y 1867. Tampoco la cartografía argentina de Martínez es tal, pues la componen una série de cuadros históricos y topográficos, pero que no tienen utilidad para seguir el desarrollo histórico de América.

Hay en el mercado docente, es decir, entre el material industrializado, mapas *mudos* apizarrados que juegan un gran papel, en la enseñanza histórica, puesto que se pueden *movilizar*, cuando los mapas hechos, terminados, *dicen ya* las cosas, sin que se pueda al-

terar su texto. Los mapas apizarrados deben ir, sin embargo, acompañados de mapas *mudos* manuales, que son muy prácticos, bien baratos, que permiten el trabajo del alumno, desahogado, sin inconvenientes, ya que se pueden tirar y ensuciar muchos. No hay en estos mapas, más que la demarcación general de los continentes, de las grandes superficies geográficas, y en ellos puede trazar el muchacho su mapa histórico, al dar ó al tomar la lección.

No hay que olvidar, sin embargo, que la deficiencia de este material industrializado, puede remediarse fácilmente. El mapa hecho no se puede aplicar á todas las necesidades de carácter histórico que sientan los alumnos en la clase; ni aún los alemanes, que se conceptúan con justicia los más completos, reúnen esas exigencias.

Si nos fijamos por ejemplo, en el mapa histórico mural, vemos que constituye todo un gravísimo problema. Sus líneas deben ser vigorosas, sus detalles sobrios para que los aprecie el alumno más alejado del mapa. Sin embargo, cuantos mapas europeos conozco, no se pueden ver bien en esas condiciones.

Esto se remedia, *construyendo* el mapa, haciéndolo en la clase. Se toma el mapa pequeño del atlas y se amplía, ya á pulso no más, ya con el pantómetro, en papel barato, de diario, grande, dibujando con lápiz ó carboncillo, y resaltando el croquis con lápiz de colores. Como se ve, es sistema barato. En nuestras conferencias, en España, — dijo el profesor Altamira — no hemos empleado otro sistema para trazar mapas especiales de estudio de la historia de Homero, de los caminos ideales del Quijote y de las campañas del Cid. El aparato de proyecciones y su facilidad para ampliar los mapas pequeños, es otro elemento utilísimo; vuestro Colegio utiliza con gran éxito el epidiascopio que permite la reflexión directa de la lámina.

Proclama el conferenciante lo indispensable en esta materia, y censura el fetichismo del material. *Estamos aún subiendo la cuesta.* No se cree todavía posible para muchos, dar clase de física, sin un material abundante y costoso, cuando lo principal para *hacer ciencia*, como para hacer muchas otras cosas, es el *elemento hombre*, que trabaja con lo que encuentra á mano. Cita, al respecto, á Pasteur, á Curie, — el descubridor del radio — al gran Cajal, que tan portentosos hallazgos han hecho en el mundo de la ciencia, con tan defectuosos aparatos. La misma Mme. Curie dice en su autobiografía, al referirse á su difunto esposo, que el sueño dorado del gran físico era tener un buen material y murió sin conseguirlo. Lo que hablo, dijo el conferenciante, de las ciencias experimentales se puede aplicar á la historia. Si quieres dormir bien, dice un adagio castellano, haz tú mismo la cama.

Recuerda á continuación el gran triunfo de los japoneses, en la exposición de 1889, en París, presentando una colección de aparatos de física, hechos con botellas de champagne, trozos de hojalata, de bambú; aparatos fundamentales de esa ciencia, entre ellos una máquina eléctrica, que se cargaba y daba chispas tan poderosas como las más perfeccionadas de los mejores talleres franceses ó alemanes. ¿Quién triunfaba allí? El espíritu humano inteligente y trabajador.

Describe á continuación, otra sección del museo escolar perfecto: las láminas, las fotografías, tan útiles en su ampliación por las proyecciones, desde que la utilización de los cuerpos opacos ha matado el industrialismo del diapositivo, único que se podía utilizar antes. Y se refirió luego á las

*Indicaciones del material.* — De historia general, señaló las colecciones reales que han llegado hasta nosotros, fáciles de adquirir ya por duplicado, ya por reproducción. Así sucede con las monedas visigóticas, que no son sino medallas, que se fabrican exactamente iguales, como se reproducen en yeso las esculturas y los relieves. Citó el conferenciante las colecciones de arte griego y romano de las escuelas de Burdeos; y la colección alemana de grandes objetos artísticos de Rausch, conteniendo armas, indumentaria doméstica del tiempo del cobre, del bronce, de las épocas históricas griega y romana, comprendiendo también la alfarería. Sin embargo, esta colección tiene el inconveniente de ser muy alemana, de referirse principalmente, á lo que tiene contacto con la historia del hoy Imperio.

Describe el conferenciante, los *apretones*, hechos en yeso ó en papel que dan perfecta idea del objeto representado, una vez coloreados.

Trata de las reproducciones de cuadros célebres y manuscritos, que no son el objeto mismo, pero que le siguen muy de cerca, pues no es lo mismo la reproducción de un objeto real, esto es, de un monumento, de un sér, por medio del grabado ó de cualquier procedimiento gráfico, que la copia autografiada de un documento, de un escrito, de un dibujo. Las reproducciones de cuadros históricos son fáciles de lograr, si bien en negro, pues la policromía es aún en muchos casos una simple caricatura del arte pictórico, mientras que es ya perfecta la copia de documentos de importancia histórica, así se trate de bronces romanos, hasta llegar á las capitulaciones de conquistadores americanos.

Hizo resaltar el profesor Altamira, la gran importancia que tiene para el alumno el ver ante sí la reproducción exacta de la letra de los documentos, la distribución del material. Un ladrillo caldeo, reproducido, un papiro egipcio tiene más valor que el mejor grabado que los copie.

*Representaciones propiamente dichas.* — Al describir esta parte del museo escolar histórico ideal, el conferenciante repitió la galana forma que utilizó en tardes anteriores, al desfilas esas interesantes series ó relaciones de utilísimos datos, que con tanta facilidad y claridad aplica el profesor Altamira.

Citó las representaciones de objetos ó de personas; de la historia de Atenas clásica; de monumentos arquitectónicos ó esculturales. La colección holandesa de Buschmann, con sus personajes históricos reconstruídos de bases tomadas de monumentos. En vez de fingir la fisonomía de Carlo Magno, de Barbaroja, ha ido á buscar la interpretación de un contemporáneo. Recuerda el caso de los Reyes Católicos, mucho más fáciles de reconstruir en su aspecto por hallarse esculpídos en sus sepulcros.

Desfila la colección de Cibulski de historia clásica de civilización griega y romana. La colección alemana de cuadros de toda la historia de la civilización de Langi, comprendiendo las edades antigua, media y moderna. En grupo aparte las colecciones de Secmans y de Lübke, series de veinte grupos y doscientos cuadros, gran historia de las artes plásticas.

Pero aquí ocurre — dijo — lo que indiqué al hablar de los mapas. No satisfacen estas colecciones todas las exigencias de una clase de historia, y mucho menos de historia *nacional*. Se necesita, también en este caso, hacer uno mismo las láminas. ¿Cómo? Dibujando al carbón, y fijando después las líneas principales de las obras fundamentales. Se detalla cuanto pueda interesar de indumentaria, etc. Como iniciativa que pueda seguir cualquiera, citó el profesor Altamira, la serie del Museo Nacional, excelente elemento ilustrativo en la exposición de la historia.

Luego trató de la *Sección de fantasía*, es decir, de las reproducciones que explican movimientos de vida de personajes que pasaron sin dejar rastro, sin constancia plástica alguna, y ante las cuales el niño reconstruye una parte amena de la historia. Pero en el fondo, este elemento suena á hueco. Jamás podrá dar un ambiente de representación exacta del hecho. El ejemplo del gran Violet le Duc, es fehaciente. Le Duc, que era un técnico, no pudo escapar á su *ecuación personal*; y así presenta equivocada la reproducción de documentos, cuando tenía el original delante. Si este fracaso presenta el gran Violet de Duc, ¿qué no sucederá cuando se quiere pintar el embarque de Colón en Palos, para descubrir el Nuevo Mundo, y su desembarco en las Antillas?... En pleno rigor científico, este material debe desaparecer. Me inclino á esta solución. Sin embargo, ahí está la útil obra de Lehmann, historiador germano que ha reconstruido con sus láminas las escenas de caza, de la casa burguesa, de la vida feudal, del claustro; todo ello muy hermoso, pero muy fantástico.

Enumeró después el conferenciante las *Colecciones de láminas manuales*, demostrando la conveniencia de que el niño sea propietario de ellas para conseguir detalles que no ve en las láminas murales. Citó la colección Hoizel, como muy notable, entre las Geographischen Charakterbilder. Por último, se refirió al

*Material utilizable de una cátedra de historia argentina.* — La situación verdadera, exacta, del historiador argentino es ésta: no *hay* material que le sea aprovechable para esos estudios especiales. Debemos hacerlo, pues. ¿Qué bases tenemos para conseguir este material?

Son, según el profesor Altamira, las siguientes:

Las colecciones etnográficas y prehistóricas que existen en los museos de la República que cita. La colección de objetos de generaciones históricas que hay en la capital federal. Los archivos que guardan ejemplos característicos para dar impresiones vívidas de momentos históricos á los educandos. Recuerda entre otros pormenores, las carpetas rojas de la época de Rosas, con sus rojas

cintas, con el sello que denostaba á los unitarios. Esto equivale, mejor dicho, sobrepasa tal vez al más completo efecto de la lección de historia más elocuente, presentado á la vista del niño.

En cuanto á mapas, no tenemos más que el mapa mundo. Los terminados de época colonial y de diferentes momentos, se custodian en las mapotecas de Mitre, del Ministerio de Relaciones Exteriores, y de las colecciones geográficas.

Luego se deberían consultar:

Las medallas acuñadas por diferentes momentos históricos.

La colección de fotografías ampliadas, de la Oficina de Decorado Escolar.

Y aquí termina — dice el profesor Altamira — el arsenal informativo de que podemos disponer.

¿Qué hacer para conseguir que este material nos permita en breve tiempo llegar á resultados provechosos?

Llevando la traducción del sentimiento patriótico que vibra en nuestro labios á nuestra conducta, es deber de esos centros que poseen las fuentes históricas que he enumerado, apresurarse á formar la valiosa reproducción de tan interesantes datos, y esparciéndola en colecciones en nuestros centros de enseñanza, no solo haremos obra buena, sino que emplearemos una de las maneras más altas de servir el verdadero patriotismo.

### **Octava conferencia pública: Plan de estudios**

Como en sesiones anteriores, en la de ayer el profesor Altamira comenzó recordando los términos finales de lo manifestado en su última conferencia, respecto á cómo podrían contribuir á la formación del museo escolar histórico, los centros científicos ya instituidos en la República, y que prestarían efficacísimo concurso.

1º Con duplicados.

2º Haciendo reproducciones de documentos, que fueran facsimilares en lo posible, ya que los medios de conseguirlas así son fáciles y económicos.

3º Por medio de fotografías, ampliadas para servicio mural, ya manuales, sacadas de estampas, retratos, etc.;

4º Y un grupo importante, reproduciendo de manera sencilla y barata con diapositivos ó fotografías en papel aplicables á proyecciones los mapas históricos antiguos de la época del virreinato del Río de la Plata.

Entre las reproducciones de un núcleo poco explotado, hay que citar también las láminas de los libros antiguos, que son en extremo realistas, representando tipos, escenas de viajes, etc. No son artísticas estas láminas, pero sí de gran interés histórico. Son documentos de época que valen mucho más que cualquier reproducción de un artista de hoy que halaga á la vista, pero cuya seriedad es muy relativa.



Difundido y diferenciado así el trabajo, se lograrían dos resultados: abaratar la tarea ya que cada una de las sociedades científicas que suministrasen los datos podrían castigar un poco su presupuesto, sin necesidad de acudir al Estado y reclamarle una suma fuerte, y además conseguir mayor eficacia en ese trabajo, desde que el estudio se haría con mayores garantías por el punto de partida de donde arrancaría, esto es, de cada centro científico, en vez de la burocracia de un ministerio.

Hay, pues, que movilizar todo este material. Sin embargo, el conferenciante manifiesta que ha vacilado en expresar si es más práctico que excitemos nuestro patriotismo y logremos de nuestros centros los datos que hemos enumerado, ó si conviene más del punto unitario científico, constituir un museo pedagógico, como los que existen en Europa.

Cita como tipo más conveniente para nuestra República el del museo pedagógico de Madrid, por la manera especial que tiene de entender sus funciones. El museo de París, por ejemplo, cuida poco del material: se dedica á su magnífica biblioteca y á sus publicaciones de gran interés. El museo de Madrid es, ante todo, centro habilitado para conseguir el suministro de informes técnicos, útiles á cualquiera que desee renovar el menaje de la escuela en toda su inmensa escala; desde el banco ó útil más sencillo, hasta el más completo ó complicado instrumento; es ante todo, centro de información pedagógica.

Dedica el conferenciante extensos párrafos para hacer resaltar la utilidad que prestaría entre nosotros, un museo semejante, que haría el contralor de los catálogos y grupos de fuentes compilados por los centros científicos, pudiendo realizar la concentración de todo el material de enseñanza que estos le remitirían.

Terminó el punto haciendo estas recomendaciones al auditorio.

No olvidar que el material de enseñanza del museo, debe ser cosa *esencialmente movable*. No son objetos para estar muy bien clasificados, detrás de los cristales, sino que los tiene el museo para vivificarlos, para adaptarlos á la enseñanza.

Cuando el material exista en el museo, bien organizado con criterio científicamente histórico, llegará el momento de llevar allí al alumno, para que vea y asimile los frutos de la observación.

Y eso, refiriéndose á museos históricos, puede aplicarse á los museos de arte, cuya contemplación no solo halaga, sino que enseña. El estudio de su arte es juicio que penetra en lo hondo del espíritu psicológico de un pueblo. La clasificación de los museos de la historia de la humanidad hace resaltar más que ninguna otra, el relieve de ésta. Recuerda el conferenciante, como ejemplo, lo provechoso de las monografías del señor Torres.

Se extiende, refiriéndose á la clasificación de esos museos, en explicar claramente el alcance de la arqueología, rama que entendemos nosotros con criterio mucho más restringido que en Europa. Aquí comprendemos como estudios arqueológicos los etnográficos, antropológicos y estudios precolombianos de todas las supervivencias que encontramos. En Europa la arqueología es ciencia

que abarca todo lo antiguo, desde los grandiosos monumentos arquitectónicos reproducidos con toda su exactitud, como hace el British Museum, hasta las más insignificantes prendas de ajuar de la casa, como son los mil objetos hallados entre las ruinas de Pompeya, que permiten reconstruir toda la historia íntima de la vida de un pueblo.

Sobre estas bases se ha formado el museo arqueológico de Madrid, en el que se ha ido haciendo la clasificación cronológica por épocas y al llegar á especializar lo que corresponde á España, se han hecho diferentes grupos de alfarería, numismática, etc.

Recomienda el profesor Altamira la ventaja de pensar en la sucesión y dependencia que haya de artista á artista, produciéndose así, la clasificación más perfecta, no solo para admirar la *belleza*, sino para aprender la *historia* del arte. Cita como modelo el museo de Munich y como tipo de clasificación histórica de arte la monografía publicada el año 88 por el miembro de la American Historical Society M. Brower Goode, acerca del National Museum de New York.

*Plan de estudios históricos en la Universidad.*—Comienza el conferenciante á hacer el análisis más conveniente para lograr un buen plan de estudios históricos en la Universidad. Parte para ello del plan actual reseñando las cátedras que comprende ahora la Facultad de Filosofía y Letras: cursos de metodología, sociología, etnografía, lingüística, historia europea, instituciones representativas, historia de las literaturas orientales, crítica de la literatura, gramática castellana, historia de la filosofía, etc., comparándolo con el de la Capital Federal.

A juicio del profesor Altamira, el *desideratum*, para nuestra Universidad, sería si se piensa en ahondar la historia nacional y crear especialistas en la materia, crear también algunas cátedras nuevas. Las actuales de etnografía y lingüística desdoblarlas en otras: de *paleografía americana*, que comprendiera el estudio de las escrituras antiguas, en todas sus formas; geroglíficos, pictografías, criptografías; toda la expresión plástica, en suma, de los datos del hombre para lo futuro. La internación de todas estas formas es un gran problema á resolver.

Otra cátedra sería la de *arqueología americana*, que estudiara las manifestaciones de todos los restos antiguos, en lo no documentado.

Otra: *lingüística americana*, que interpretaría los idiomas de nuestra riquísima literatura antigua: las supervivencias precolombinas, su influencia sobre el idioma actual. Califica de gran base para este estudio, el trabajo inédito del general Mitre.

Otra cátedra: de *etnografía* propiamente dicha, que comprendiera la antropología y sociología de grupos sociológicos que desaparecieron.

Estas cátedras, estos desdoblamientos especialistas, deberán ser *preferentemente* argentinos, pero no de ningún modo *especialmente* argentinos. No deberíamos nunca perder el contacto con las manifestaciones científicas de cada una de las respectivas especialidades tratadas en el resto del mundo. Fortalece y apoya esta afirmación

el conferenciante, con varios ejemplos: El estudio de las relaciones que puedan existir entre los idiomas americanos, asiáticos y africanos, dió margen á una memorable conferencia en el Ateneo de Madrid, por el señor Fernández y González, la que está aún sin contestación. El gran estudioso de arte visigodo y árabe, Riaño, ha encontrado similitudes arquitectónicas en las construcciones y objetos sudamericanos y sudasiáticos, labrados en piedra ó en madera dura. ¿Qué problema tan grande no encierran estas afirmaciones y qué gran papel no está destinado á los especialistas argentinos para especular en el campo de la investigación y contribuir á aclarar si ha habido relaciones primitivas entre ambos pueblos?

Tenemos también las manifestaciones en el arte mejicano, comunes con las preemitas, con las caldeas; el entronque de éstas con las primitivas europeas. ¿Hubo relaciones á través de la Atlántida? ¿Existe radicada la influencia precolombina en América?

Insiste luego el profesor Altamira, en la necesidad de dedicar una parte especial al estudio de la *arqueología española*, que tanto ha contribuído á la formación del espíritu artístico americano; hacer este estudio, no por manifestaciones esporádicas, sino en el terreno propio. Al efecto, describe cómo vió tomar sin sorpresa, en Méjico, á manera de fuentes históricas de primera magnitud, pinturas españolas de segundo y tercer orden, que si el historiador hubiese comparado con las que existen en la península, hubiéranle producido la visión de la fuente, de la comprensión exacta. No se puede olvidar, dijo, que España trajo á América, durante dos siglos, manifestaciones históricas importantes para los historiadores americanos.

Otra cátedra: *Diplomacia española*. No es posible olvidar tampoco que existen numerosos documentos de los siglos XVI y XVII, de historia americana propiamente dicha, escritos en paleografía ilegible para muchos y que duermen el sueño del olvido en los archivos.

Otra cátedra: *Latín*. Hermosos párrafos fueron los consagrados á este estudio. El conferenciante manifestó que no era clásico, sino modernista. Se proclamó admirador de la literatura griega, entendiendo que todo aquello que sea de espíritu fundamentalmente clásico es indispensable para elevar el nuestro y, por consiguiente muy útil. Pero el fondo humanista de la posesión del latín no es insustituible, ya que lo podemos recibir traducido en nuestro propio idioma. El placer artístico de *leer*, de disfrutar la armonía, la sonoridad del griego y del latín, es placer especial de quien lo quiera gozar: es clase de literatura. Pero también es indiscutible que el historiador *especialista* tendrá que entenderse con algún documento de historia americana, escrito en latín. Por esto aconseja, *para esto sólo* la conveniencia de la nueva cátedra, como uno de los desdoblamientos que tiendan á la perfección del estudio de la historia argentina.

Otras cátedras: *Archivología, bibliografía*, para los técnicos de estas materias. ¿Cómo plantearlas? ¿Cómo escuela especial de diplomacia? ¿Dentro de la facultad de filosofía? Se inclina el conferen-

ciante á este sistema, ya que vale más sumar estas cátedras á las nuevas y no llevarlas á un círculo mayor, que sería enorme, en nuestra posición verdadera.

Quiero dar á Vds — dijo el profesor Altamira — algunos consejos para terminar — ustedes me llamarán sermonero, pero les aseguro que si mis recomendaciones no salen del alma, al alma van.

Para implantar estas clases destinadas á especialidades, hay que andar con tiento: *no debemos crear la cátedra, antes de tener el hombre*. Si así hacemos, la pondremos tan solo en manos de muy buena voluntad, pero inocuas.

El programa diferenciado así, para que surja el especialista, no es posible que sea único para todas las ramas de las historias americanas. Hay que crear cátedras libres para que á ellas se aplique la vocación de cada historiador. Pretendamos lograr más intensidad que extensión. Estas cátedras no pueden ser de un año sino de todos los años. En Francia se exige que cada alumno asista durante tres años á *su estudio*, al que quiera, para doctorarse, ya que la cultura general puede aprenderla en su casa. Precisamos gente *con vocación*, no con enormes caudales de *ciencia muerta*.

### **Novena conferencia pública: Programa ideal de Historia Argentina**

Haciendo referencias á las conclusiones de su conferencia anterior, el profesor Altamira señaló la íntima y estrecha relación que existe entre la enseñanza primaria, secundaria y superior, supuesto que cada uno de estos grados trabaja con el personal que le proporciona el grado anterior y trató del examen y crítica de los procedimientos que se siguen para la enseñanza de la historia en nuestras aulas.

El conferenciante observó que, de un modo preponderante, se empieza por la historia nacional, subordinándola, en tiempo y en importancia, á la enseñanza de la historia general. Esta situación de la enseñanza de la historia, produce como resultado fatal, que en la mayoría de las escuelas, si el alumno no prosigue en esfera superior sus estudios, sale equivocado profundamente respecto de la *visión* de su pueblo con respecto á los pueblos que le precedieron y aún de los que le son coetáneos en el mundo. Dedicó á este respecto extensos y elocuentes párrafos de nutrida observación, profusamente saturados de reflexivas comparaciones, respecto del programa de nuestras escuelas, llegando á los caracteres en que se puede resumir:

1º Constituye un plan de historia regresivo. La historia debe verse tal como se ha producido; lo primero, y luego ir tratando de lo restante. Mientras que la manera actual de enseñar la historia nacional, habla al niño, por encima de todo, nada más que de un pueblo que tardó tanto en existir, en relación con los que le precedieron.

2º Representa, pues, un exceso de historia nacional.

3º La historia nacional, tal como figura en los programas, *si es* historia política solamente, *tiene* demasiada historia política. Al hablar de Grecia y de Roma, por ejemplo, exhibe un exceso de historia política interna cuando falta la historia de la civilización. Al referirse á historia nacional, solamente se encuentra una lección, perdida entre las cincuenta y tantas del programa, que habla de la civilización. Como el espíritu del niño forma perfecta idea de la *medida de las magnitudes*, en él presiona fuertemente la masa enorme de historia política á que se da espacio con respecto á la historia de la civilización: le deforma la historia.

Aún en los programas en que se cuida algo más la historia de la civilización, como sucede en los de primer año del Colegio Nacional, falta el estudio que produzca en el niño la visión orgánica de la dependencia de relación que exista entre la historia de la civilización y la de la República Argentina.

Hay que cambiar, pues, el plan que se sigue, desde las escuelas primarias. La reforma debe comenzar por abajo. El niño debe observar intuitivamente, *en lecciones de cosas*, los hechos de la historia humana. Sólo adquiriendo el concepto de la solidaridad que existe en toda la historia humana, comprendiendo todo el magno esfuerzo colectivo que representa los progresos de la civilización, los perfeccionamientos del saber, la cómoda vida internacional, convenciéndose el niño de que todo ello es obra común de la humanidad, puede el espíritu de nuestra adolescencia ir andando en forma completa, cíclica, inalterable, hasta llegar al detalle de lo que es su pueblo considerándolo *en todos los momentos*, como un factor de la obra común. Así, en esta forma de enseñanza, iniciándose así en el estudio de la historia general, puede especializarse el sujeto americano, sin perder de vista el conjunto. Así es como se llega á especializar dentro de la misma escuela primaria, en la historia nacional.

Para concretar mejor lo que el profesor Altamira considera un programa ideal de enseñanza de la historia, leyó los párrafos pertinentes de la Institución Libre de Enseñanza española, que interrumpió frecuentemente con explicaciones aclaratorias.

Leídos estos pormenores, manifestó el conferenciante que ellos pueden aplicarse á modificar el plan educacional de la historia argentina, sin perder de vista la argentinización de la escuela; pero también sin colocar como hoy al niño en una posición histórica en que no le han dicho *oficialmente* que haya existido historia de la humanidad en el mundo.

Resumiendo: el niño argentino se convencerá así de que su pueblo vale tanto más, cuanto más colabora en la obra común de la humanidad.

PLAN DE PRESENTACIÓN DE MATERIAS. — Trató seguidamente el profesor Altamira de los dos principales aspectos de esa presentación: plan geográfico y plan cronológico. Combatió la denominación de método que dan ciertos autores á esos planes, cuando no hay más que asomarse á la lógica, para comprender el error en

que incurren: método es la posición en que se encuentra el sujeto y que utiliza, en la que recorre los caminos que lo llevan á la posesión de la verdad. Decimos, aplicando el método: 1º ¿qué género de facultades debo utilizar para llegar preferentemente á donde me propongo? 2º ¿cómo las utilizo? Este es el método.

Pero cuando se trata de colocar la materia histórica en la forma cronológica que se refiere al objeto, esto *es plan*, es disposición de los materiales que colocamos de una manera ó de otra, según nos convenga para el éxito de nuestra labor.

¿Cuál de los dos planes geográficos ó cronológicos, debe ser preferido?

Hay momentos, períodos largos en la historia de la humanidad en los cuales nuestros conocimientos no precisan apelar á la geografía. Así ocurre con la historia de los pueblos orientales, de la Europa, de Grecia. Pero apenas entramos á juzgar los grupos diferentes de los varios pueblos que han figurado en la historia humana, se rompe la unidad de esa historia, en cuanto apliquemos un plan geográfico.

Para robustecer esta afirmación hace el profesor Altamira en clarísimos párrafos una exacta autobiografía de su edad escolar y refiere el trabajo extraordinario que le costó asimilar la insolución de continuidad de los pueblos orientales, de Grecia, luego de Roma, que creyera desaparecidos uno ú otro, apenas les sobrepujaban los demás.

Hay que romper estos moldes. Es necesario, dijo, hacer convivencia de los pueblos en la enseñanza histórica. Y el argumento que dan ciertos profesores de que el niño se confunde con tantos detalles, se diluye al decir que no son estos los que se precisan, puesto que la historia convivente debe enseñarse reduciéndola á cosas fundamentales. Para que se comprenda, por ejemplo, lo que es arte gótico, no se precisa citar todas las iglesias del mundo; con una basta. También es suficiente con citar hechos de todos los pueblos para que los niños no se confundan al establecer el plan cronológico.

La relación entre las historias de las diferentes naciones del mundo y la historia por parte de la civilización, falta en la inmensa mayoría de los programas, tal vez en un 98 % de los textos de historias nacionales. Es un vicio de la literatura histórica. Aún se concede en los textos un capítulo, después de tratar de la historia política externa. Yo — dijo el señor Altamira — confieso que he hecho lo mismo al escribir un libro de historia de España, cometiendo un error que lamento.

Reaccionemos, dijo. Hay que hacer ver en cada período, la relación de la historia política de cada hecho con los hechos exteriores. Romper la estructura actual. Todo es externo é interno á la vez. Presenta una serie de ejemplos en extremo gráficos, para demostrar lo que afirma. Cita también, como ejemplo de rectificación de procedimiento, la de Seignobos al escribir su historia descriptiva de los pueblos de Oriente.

EL BUEN LIBRO DE HISTORIA, ¿CÓMO HA SIDO ENTENDIDO HASTA AHORA Y CÓMO SE USA? — Esta pregunta es explanada por el conferenciante en extensos detalles, presentando al fin como modelo el libro de conferencias de historia de la civilización, escrito por el director de la *Revue Historique*, de París, Gabriel Monod, en unión del sabio Driold, destinándolo especialmente para la enseñanza secundaria de la mujer en Francia. Como el Liceo de Mujeres es institución nueva, presenta la ventaja de que no pesan sobre ella antecedentes ó jurisprudencias que gravitan en otras, aún en aquella misma culta nación. Y como un libro destinado á la mujer ha de redactarse en tono más sencillo, es *libro mejor* para los niños, que no los que se escriban para ellos. En suma, lo tiene el conferenciante como el libro ideal, por más que presenta la desventaja de no estar traducido al castellano.

En nuestro idioma, el único texto que puede equipararse al de Monod es el ensayo del profesor del Instituto de Teruel, señor Severiano Do Porto. Pero, á pesar de tener un libro ideal, nunca se debe olvidar la visión de las cosas; debemos hacer enseñanza realista, *intuitiva*: no es posible que el niño prescindiera *de ver* las cosas.

Recordó lo dicho en conferencias anteriores: el libro es auxiliar, es el corrector para ir nutriendo el espíritu del niño, empapado de la palabra del profesor; nunca ha de ser base para aprender de memoria, pues si así se entendiera el rol del libro, sobre el profesor, con que la mamá tome la lección al hijo, basta.

Según mi opinión, dijo el profesor Altamira, el libro *no puede entrar* en el aula en los comienzos de la enseñanza. Los primeros momentos de estudio del alumno deben ser *de ver* y sacar resultados de la observación utilizando muy discretamente el procedimiento, y evitando sobre todo la interposición de otro espíritu que perturbe el del niño. Y es indudable que el espíritu del niño *sabe* aprovechar la visión de las cosas.

Han de utilizarse en la clase pequeños resúmenes diarios, trabajo que hará el alumno.

En aquélla, lo que ha de hablar son los objetos, no el profesor. El niño no debe tomar apuntes, sino trabajar sobre los recuerdos de lo que oyó al profesor y de las impresiones recibidas por sus visitas al museo, por los resultados de las proyecciones, etc.

Este sería el primer libro del niño; esta labor diaria constituiría, al cabo de un año, un cuadernito de hechos que puede aquél rehacer, criticar por sí mismo ó confiando esa crítica á los compañeros. Así, está preparado el alumno para juzgar luego de la obra escrita por Fulano de Tal, quien no ha sacado, seguramente, lo que escribió, del Sinaí.

Mi impresión personal al respecto, que es de experiencia, es que el libro manual de clase, en que está resumida la materia, debe ser objeto de muy discreto uso. Y en cuanto el niño se halle en condiciones de interesarse de un asunto y *pueda leer*, sáquesele el manual y llévesele á textos de los que pueda realmente *sacar jugo*. Y en cuanto el niño pueda recibir y asimilar la impresión de los monu-

mentos, de los modelos vivos de las grandes épocas de la humanidad, entonces lea á Homero, lea el poema del Cid y logrará verdadero provecho.

Que el niño haga el mismo camino que hizo el autor del manual, ya que el manual no puede tener nunca valor por lo *que dice*, sino por lo *que sugiere*. Llevemos á los niños á los grandes horizontes.

### Décima conferencia: Textos

Podemos afirmar — dijo el conferenciante — que el niño bien dirigido en la enseñanza de la historia, puede gozarse de la lectura de:

I. Historias de los grandes hombres, contemporáneos ó no.

II. Historias, de literatos, que por la intuición profunda que poseen de la realidad, del sentido plástico de las cosas, sirven al niño para comprender las diferentes épocas, mejor que las mejores historias. Al respecto, refiere la anécdota de Thierry, relativa á Walter Scott: leído por él; Ivanhoe era la mejor crónica que pudiera rememorarse de la Edad Media, preferible, aún para él, á los documentos contemporáneos. Citó también el hallazgo de costumbres comunistas, en una isla inglesa, hecho también en una obra de Scott; la redacción por el italiano Costa, de un tomo de derecho romano, sacado de Homero; y personalizando el punto, el profesor Altamira, manifestó que había enseñado á los obreros la historia contemporánea española, acudiendo á los Episodios Nacionales de Pérez Galdós, con resultado completo, que no hubiese conseguido utilizando las mejores monografías.

III. Utilización de cuentos y relatos de viajeros, por más que éstos, en sus impresiones, han solido ser unilaterales; tienen, sin embargo, relatos de alto interés y de marcado sentido pictórico.

Los cuentos presentan relaciones consuetudinarias de trato social. Los cuentos egipcios, que ha traducido Maspero, son de los más encantador para los niños.

Recordó el profesor Altamira, que es error creer que solo son aplicables esas lecturas en la segunda enseñanza, pues también lo son en el grado primario. Citó los casos en que interesó personalmente á los niños con ese sistema, sin abandonar el método intuitivo en absoluto, es decir, no dejando de aplicar el espíritu del niño *á ver las cosas*. A pesar de la necesidad que existe de borrar la distancia establecida entre la primera y segunda enseñanza, no hay aún literatura sino para la última. Entre los emisarios, muy escasos, para la enseñanza primaria, el conferenciante encarece las historias biográficas, es decir, los volúmenes de grandes biografías. Citó, como ejemplos:

En inglés: un libro de historia de América del Norte, con referencia á la muerte de los grandes hombres, escrito por Egleston.

En alemán: diversas relaciones de vidas de hombres superiores.

En francés: dos libros de Sausset y de Monod.



Sin embargo, es menester ayudar á estos materiales con la explicación del profesor.

En español, serían tipos de libros para ese objeto, trozos confeccionados por el autor del gran libro de historia, cuadros más característicos, que estarían siempre en relación con el temperamento de artista que aquel tuviera. Serían también excelentes textos grupos de lectura tomados de Estrabon, de Tito Livio, del padre Mariana, de Sigüenza.

Otro grupo sería el que se limitara á tomar datos de los contemporáneos ó de los documentos que tengan suficiente fuerza expresiva. Acudir, por ejemplo, á Estrabon, nunca á Momen.

Estos tres grupos de bibliografía, servirían sobre todo:

Para especializar lo que no puede el libro manual, con detalles, con particularidades regionales y locales, *que no están* en el libro general de historia. Se extiende el profesor Altamira para demostrar lo bueno de las conclusiones históricas que se producen en los estudios de momentos que no es posible constreñir á reglas generales, por la singularidad de las formas que adquirieron al producirse. Así es, por ejemplo, que son tan abstractas como incoloras, las descripciones de la Edad Media, puesto que para hacerlas ha habido que acudir á las fuentes regionalistas, tan heterogéneas, tan distintas tratándose del feudalismo del norte ó del sud de Francia, como del de Alemania, como de los feudalismos de Aragón, de Cataluña, de Navarra y de los ensayos de feudalismo de Castilla. Ni aún pues, con el conocimiento de todos estos detalles, se definiría nunca una base en qué *asentar* el libro manual. Por esto es que el conferenciante proclama la utilidad de los libros de lectura mencionados. Aplica él las mismas razones á los municipios, para los que se encontrarán iguales inconvenientes de historiografía que en la Edad Media.

De todo lo dicho, el conferenciante dedujo, que así como el trabajo de escribir la historia argentina es labor que requiere años, de piadosa y serena dedicación al estudio, cree más práctico acudir á material como el citado y ponerlo en manos de un hombre lo suficientemente dotado de criterio artístico — no trato, dijo, de encontrar el ave fénix — para escribir ese libro de lectura que lleva á la clara intuición de lo que ha sido historia argentina.

*Del libro de historia, en la enseñanza superior*, trató luego el conferenciante, quien declaró que en el fondo de su pensamiento el libro manual debe quedar muy en segundo lugar para la enseñanza de la historia. No nos hace falta el manual. Una pedagogía sana, debe considerarlo, como cosa que ya pasó.

El imperio de los cursos monográficos es, puede decirse, general en la segunda enseñanza. El manual tendrá utilización para que lo lea el alumno en su casa. Aún en los países de transición, en las reformas de enseñanza, como Grecia, se señala el libro á manera de conjunto de materias, pero el profesor hace el curso monográfico. En Alemania, ciertas cátedras de cursos generales se hacen al dictado, explicando el profesor y tomando apuntes los alumnos. El manual es tradición de los tiempos antiguos, que desapareció.

La necesidad de guiar el alumno por una investigación de cosas nuevas, ha hecho nacer un nuevo tipo de libro: la colección de documentos escogidos, que tiene gran suma de dificultades para lograr una relativa perfección. Si bien es cierto que para tipos y para pueblos como el romano, de gran unidad histórica, se hallan relativas facilidades, en otros son muchos los inconvenientes debido á la movilidad de los tipos y de las instituciones. Los alemanes, por ejemplo, al escribir ese libro han retrocedido cuando se asomaron al dintel de entrada, á la Edad Media. El conferenciante detalló esas dificultades en elocuentes párrafos, terminando con la afirmación de que se precisa que el libro tenga faz monográfica, que contenga documentos y tipos de la historia del derecho, citando como ejemplo la excelente guía para el conocimiento total de la historia que encierra la obra de Andrés Galante, al referirse á la historia canónica inglesa.

Habló de la necesidad de establecer la comunicación de documentos de archivo á archivo, solucionada en Alemania con el préstamo de documentos, iniciada en las relaciones internacionales de Europa y que es, aún en sus albores, la obra práctica de los congresos internacionales de historia. Hay que tener gran elasticidad en este punto, dice el profesor Altamira *no encerrarse en sí mismo*. Hay archivos que apenas oyen: — ¿Quiere Vd. decirme?... contestan enérgicamente: — *Nó!*

Refiere diversas anécdotas para hacer resaltar el encastillamiento de ciertos archiveros: las penalidades del editor de la obra completa de Saint Simón. Otra muy gráfica de un archivero eclesiástico que no quería soltar de ningún modo un manuscrito de la Edad Media, absolutamente inédito y que al arrancárselo por influencias irresistibles dijo: Tomen; al cabo y al fin esto no sirve para nada. Todo el mundo lo conoce. Convenzámonos, añadió el conferenciante, de que si el historiador no va al archivo, éste debe ir al historiador. Cierto es también que la educación administrativa, al respecto, debe ir acompañada de la educación del público.

Hermosos párrafos siguieron para describir la *indolencia* del lector de libros, quien los pide, no los puede leer en seguida y pasa los meses con ellos sobre la mesa, sin utilizarlos y sin devolverlos. El libro, como la herramienta, debe ser tomado para emplearla y reintegrarla en seguida al arsenal.

*Procedimiento intuitivo de la historia.* — Recordó al comenzar este punto, que no quiso formular programa al principio de las conferencias, porque entendía que ellas debían sujetarse á las evoluciones que se produjeran en su curso, con motivo de la relación de ideas entre el profesor y el auditorio. Por esto es que aquél trae otros más á colación en el curso de la conferencia; temas ya tratados en parte en alguna anterior y que así complementa.

Dos formas presenta el procedimiento intuitivo en la historia: el natural y el teatral ó artificial.

Es el primer procedimiento: de visión directa de las cosas mismas, dejada por la contemplación de los objetos históricos, que se reproduce en los museos, en las colecciones, etc.

Es el segundo un movimiento de retroacción que se nota, como otros, en el espíritu humano. Debemos precavernos contra él. Es la pseudo intuición de las divisiones de cartagineses y romanos en la escuela para aprender historia, cuando esto es lo que menos se consigue, si bien se divierten mucho los niños con el procedimiento; son los mapas de relieve, hechos en los jardines ó patios para que los niños dando un salto pasen de España á Africa, ó de Italia á Grecia. Insisto en que debemos precavernos de estos sistemas, ya que naciones tan adelantadas como Estados Unidos los han puesto en práctica recientemente, por cierto con gran fracaso. Leyó los párrafos de un pedagogo chileno, que hacen resaltar el efecto histórico contraproducente que tales resurrecciones producen, en la pedagogía.

Se extiende el conferenciante en brillantes párrafos, manifestando que todas las cuestiones de metodología, como otras muchas esenciales de la vida no son *estadizas*, sino que se hallan, como la vida misma, en plena vida, en pleno movimiento: luego *son crisis*. Mucho más, si se plegan á la vida social, ó á sus modificaciones en plena transformación.

Por esto es que, sobre todo en Francia, se discuten todos los días los asuntos de metodología especial, que tratará el conferenciante en la sesión próxima y que comprenden las siguientes cuestiones:

1º Relaciones entre las facultades de letras y de derecho, en las Universidades, para conseguir el mejor resultado que tiende al conocimiento de la vida del país.

2º Relaciones entre la enseñanza geográfica é histórica, cuya posición actual está hoy en el sentido de dividir las.

3º Tomando por base la expresión de Lavissee: La historia se extiende á las actividades humanas, en todas sus manifestaciones, hace la comparación entre lo que de esa frase se deduce y el estado de las quince facultades francesas. La historia se hace en todas partes, mirada bajo la faz política exclusivamente. ¿No se debería hacer sitio más grande á la historia social, artística, religiosa, encerrada esta última exclusivamente en los seminarios católicos ó protestantes?

4º Estudio de la metodología de la historia en todas las universidades.

5º Formas de la enseñanza. — Hoy se da esta en clases públicas, en conferencias de profesores, en lecciones en los raros seminarios laicos. ¿Cuáles son las formas caducas? ¿cuáles las que significan progreso?

### Undécima conferencia: Del elemento geográfico

Recordó el profesor Altamira, al entrar en materia, que en la última conferencia prometió tratar los asuntos de metodología especial, y de éstos procuraría explicar los que se referían á las relaciones entre las facultades de filosofía y letras y las de derecho, y también las relaciones entre la enseñanza geográfica é histórica.

Las relaciones entre las facultades de filosofía y letras y la historia, tienen gran importancia; son un anexo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la que reconoce desde ya la conexión interna y profunda que existen entre ambas y que no representa sino el reflejo de la posición actual del problema, que se discute por todos los pedagogos del mundo.

Describe en primer lugar el conferenciante, las diferencias de origen y de fin que existen entre las facultades de filosofía y letras y las de derecho, nacidas las primeras en nuestro tiempo sobre bases no muy bien definidas: en el tipo latino comprenden los estudios metafísicos, históricos y geográficos, mientras que en Alemania alcanzan á abarcar materias científicas aplicadas antonomásicamente. Son esas facultades algo indigestas, que no produce todavía unidades claras y completas.

Los títulos de doctores en historia, en filosofía, en letras, que han traído las modernas facultades francesas y españolas, no presentan á quien los consigue, horizontes muy vastos para la aplicación práctica de su inteligencia. Quien estudie en estas facultades europeas solo busca un título que le permite dificultosamente vivir. La facultad de derecho es otra cosa: crea legistas, jurisconsultos, etc., y están perfectamente reducidas á un orden determinado de estudios. Relata el conferenciante las transformaciones sufridas por esas facultades hasta llegar á sus actuales propósitos de crear profesionales prácticos.

En esta larga enumeración de hechos, recuerda que los teólogos estudiaban, en la ética, el derecho; que el derecho como orden histórico, es una faz de la historia de la humanidad; que el derecho, como asunto filosófico, tiene en esta rama su entrada perfectamente legítima. Aludió también á la tendencia que existe en el mundo pedagógico de incluir la enseñanza del derecho en la facultad de filosofía y letras, citando los nombres de prestigiosos maestros que sostienen esa conveniencia.

Las facultades de derecho, rompiendo su antigua delimitación, se han abierto á las cátedras nuevas. Recordó el profesor Altamira, que ya en el siglo XVIII las facultades de derecho admitieron los estudios de economía política, de hacienda pública, que existen ya en todas las facultades del mundo. Recordó también que es un hecho general que las actuales facultades de derecho llevan el anexo de las ciencias sociales, respondiendo con esas admisiones á orientaciones bien determinadas.

Robustece esa afirmación detallando los planes europeos de estudios en las facultades que analiza, como también los que se refieren á las universidades de la Capital Federal y de La Plata.

La opinión general entre los profesores de Derecho y de Letras afirma, que para el buen éxito de los estudios de cualquiera de esas facultades, se precisa conocer los de la otra. Alude á su impresión personal experimentada en la Sorbona, cuyo profesor de letras proclamaba la absoluta necesidad de que los alumnos de historia conozcan el derecho. Otros profesores han sostenido en conversaciones con el señor Altamira, que los alumnos de derecho

necesitan imprescindiblemente el conocimiento de la geografía y de la historia. La estimación de la interdependencia de esas facultades, singularmente en el campo histórico, se resume recordando los trabajos de Berehaim.

Sin embargo, el problema está aún en los comienzos de su solución. Las gentes se hallan apercebidas de las necesidades de estas relaciones; pero no se han marcado aún en las líneas concretas del plan que debe seguirse. Existen dos opiniones:

1ª La que sostiene que debe desaparecer la división que existe hoy entre las facultades de derecho y de filosofía y letras. Seignobos, el más radical de los apóstoles de esta teoría, dice que no sólo la enseñanza del derecho debe entrar en las facultades de filosofía y letras, sino que para hacer legistas prácticos, se necesitan crear institutos jurídicos.

2ª Opinión: Se precisa la existencia de las dos facultades. El jurista debe buscar la determinación científica personal, que no se puede confundir con el orden de estudios de un psicólogo, de un filólogo. El alumno debe residir ó trabajar, uno ó dos cursos, en la otra facultad para completar sus conocimientos, pero siempre como aspecto complementario de lo que aprende en la facultad de que es especialmente alumno.

El jurisconsulto aficionado á las ciencias naturales sabe cómo rectifican las noticias concretas la expresión espiritual, en punto á los procedimientos de exactitud, que dejan en él huella profunda. Se refiere el conferenciante á la impresión que en él produjo su asistencia á clases de estudios biológicos. Cualquiera de las dos tendencias expresadas, está patrocinada ya.

La primera tendencia, esto es, la comunidad de estudios en materias sueltas, en varias universidades francesas. En Lyon es casi absoluta la convivencia de una y otra facultad.

La segunda tendencia, es decir, no la implantación de asignaturas comunes, sino la de estudiar uno ó dos años en la otra facultad es proclamada por reputados profesores de letras de Burdeos, como Saint Leger, etc. Esta resolución la considera el profesor Altamira como la más racional; pero hay que determinar, sin embargo, cuáles son las materias comunes ó frecuentadas, más convenientes, á fin de formar una doctrina clara, que es lo más necesario para completar el espíritu del alumno, con los estudios hechos en la facultad concurrente.

Extensos y elocuentes párrafos aconsejan la conveniencia de que no se repitan en una facultad, las materias que el alumno aprende en otra; y la de ampliar el problema en el sentido de que las relaciones manifestadas se extiendan á la necesidad educativa del alumno que debe invadir otros campos, como el historiador que no debe saber solo historia, como el jurista, que necesita estudiar medicina legal.

En el porvenir tal vez se dibuje otro orden de enseñanzas: la desaparición de las facultades como estudios cerrados para abrir las universidades completamente á fin de satisfacer la necesidad del alumno. Hacer *verdaderas vocaciones*, despertar verdadero amor al saber. Que el alumno se encuentre ante grupos donde apacentar su

*deseo de saber*; y así sabrá elegir y completar su madurez intelectual, con la guía de sus instructores.

Es un detalle de esa tendencia, la sentencia dictada ya bien manifiestamente contra el procedimiento de los exámenes por asignaturas. Para obtener títulos académicos ó profesionales, se exigirán tan solo pruebas fuertes de suficiencia. Esta solución del porvenir se dibuja vigorosamente en los pedagogos alemanes, franceses y españoles.

Continúa el conferenciante refiriéndose á la *apreciación del elemento geográfico*. Recordó la discusión suscitada al respecto entre los profesores franceses, á que aludió en la conferencia última.

La primera cuestión que se presenta en esta apreciación es si debe separarse la historia y la geografía en factores diferentes, ó no. Un licenciado en letras, ó un licenciado particular en historia, ¿cómo deben apreciar el estudio de la geografía? ¿Hay que sacar de las letras la geografía y llevarla á las ciencias? La mayoría de los pedagogos opinan que no.

Los puntos comunes que presentan la geografía y la historia, no se niegan, pero ellos no imponen que una y otra estén radicadas en la misma facultad. ¿Qué tiene que ver que se hallen en diferentes edificios esas cátedras para que no puedan marchar unidas? Lo importante es determinar si se puede separar la geografía física de la geografía humana. Tan discutido es el tema, que hombres eminentes como Levasseur, opinan que existe verdadera diferencia entre la geografía del mundo y la geografía del hombre, como elemento que forma parte de la tierra.

El profesor Altamira, estudia en un extenso capítulo los complejos problemas que para la humanografía y para la física tienen las determinaciones de la parte de ciencia ó de letras que cada uno de aquéllos presenta.

Pero el hombre, por sí, es un elemento de la tierra. Su estudio, entonces, si prescinde de tan importante elemento, ha de ser un estudio manco. Apenas comenzado se notarían las inmensas lagunas dejadas por las ausencias de las modificaciones que en la corteza terrestre ha hecho el genio del hombre.

Las tendencias de Krausse, de Ritter, de Reclus, son bien explícitas. El hombre debe considerarse en la tierra, como la fauna de los irracionales, como la flora, como los minerales. El *sér tierra*, sin el *sér hombre*, no se concibe.

Esas tendencias producen el fenómeno de que los estudios geográficos tienden á absorber, no solo los estudios de lo humano, en sí, sino considerándolos como ciencia histórica. La geografía no habla solo de los estudios físicos, sino de los productos de la acción humana y hasta hace historia de la humanidad. Cita el conferenciante, como ejemplo, el libro de Reclus *La tierra y el hombre*. Es como se ve, una verdadera invasión de los geógrafos en el campo de la historia. Es que, al fin y al cabo, el geógrafo ha visto siempre la relación íntima entre los problemas de la física y de la humanidad.

Pero al historiador, no es lo que más le interesa la determinación de los puntos de contacto del *sér tierra* y del *sér hombre*, sino hasta donde le es conveniente utilizarlos. En primer lugar, está fuera de duda que el conocimiento geográfico es indispensable para el conocimiento histórico. Es, á manera de escenario, donde ocurren las cosas de la humanidad. En segundo lugar, el medio físico tiene influencia sobre la modalidad, sobre el esfuerzo y la resultante de la vida humana. Hace que tome diferentes vías la mentalidad, la dirección del esfuerzo del hombre.

La posición de los científicos, salvo pocas voces aisladas, es que á pesar del reconocimiento de que la naturaleza impone condiciones que no puede derribar en absoluto la acción humana, ésta puede, sin embargo, modificarlas de modo apreciable. Y con este reconocimiento coincide el de la existencia de un factor psicológico, no conocido en su esencia, que produce influencias distintas en medios humanos de carácter análogo. Ejemplo de ello son los estudios histórico-geográficos hechos en zonas de escasa lluvia de Europa y del norte de Africa. Esa circunstancia especial, que altera la comodidad de la vida, obliga al hombre que habita esas regiones á arbitrar medios que le den la comodidad que le niega la naturaleza. Pues bien: los estudios del profesor Brunet de Friburgo, llegan á las siguientes conclusiones: que en territorios de condiciones geográficas absolutamente iguales, en que los medios naturales se podían modificar en igual sentido, se produjeron diferentemente reacciones en unos y no se produjeron en otros.

Es, pues la causa imputable á dificultades de falta de educación, de deficiencias en el medio humano; no á esos límites fatales que opone indudablemente la naturaleza y á que antes se refirió el profesor Altamira.

Este hizo resaltar que estas cuestiones se relacionan con el grupo antropológico y geográfico de la respectiva posición del historiador. Como metodología de la historia aconsejó la conveniencia del uso de mapas, hechos *ad hoc* explicados ya en tardes anteriores. Mapas, no solo físicos, sino de historia que aporten al alumno la clara visión de las modificaciones que el esfuerzo del hombre ha hecho en el grupo físico.

Una elocuente explicación de la relación que existe entre los hechos históricos y los hechos geográficos y la presentación al auditorio de los modelos más convenientes para guiarse en la literatura histórica moderna, dieron fin á la conferencia de ayer.

### **Décimasegunda conferencia pública: Del elemento económico en la historia**

Dijo que convenía no confundir la importancia del elemento económico en la vida humana y su uso en la enseñanza. Esta es cuestión que compete á la metodología, aquélla es de carácter general histórico. Puede influir como agrupación de hechos, alrededor de los cuales gira uno fundamental.

Respecto de la primera cuestión, nadie duda de la importancia que tiene el factor económico en la vida humana; lo que se discute es el cuánto de influencia de este fenómeno y la posición que tenga en las luchas de la vida de la humanidad.

Prácticamente, empíricamente, el hombre ha debido ver que la apropiación de los medios económicos era la base para el triunfo completo en la lucha por la vida. Pero, doctrinalmente, la importancia de lo económico en la historia de la vida humana solo se ha reconocido en el siglo XVIII, en que se vió claramente el valimiento de aquel factor como fenómeno histórico.

Los economistas fisiócratas, á cuya cabeza puede colocarse á Smith, hacen que en el siglo XVIII se inicie el reconocimiento de que lo económico importa tanto para la vida de la nación, como cualquiera otra de las manifestaciones que hasta entonces se tuvieron como absolutas. El siglo XVIII puede calificarse como arranque de preocupación economista y pedagógica.

Se extiende en explicar que si en la política pueden señalarse las tendencias revolucionarias ó conservadoras, si en religión, los enciclopedistas ó tradicionalistas; en lo económico la idea absorbe por igual á todos los espíritus, lo mismo que en la pedagogía, tanto á los elementos de la derecha, como á los de la izquierda. La influencia roussoniana es absoluta en todos.

La elevación del fenómeno económico á factor fundamental es obra del siglo XIX, presentando las bases del materialismo histórico, empalmado íntimamente con las ideas socialistas. Recuerda las ideas de Marx, de Engels; de Hildebrand, quien sostiene que todo fenómeno jurídico, tiene raíces en algún fenómeno económico. Cita la teoría del profesor italiano Labriola: No se podría caracterizar el materialismo histórico como «una doctrina que atribuye la preponderancia ó la acción decisiva al factor económico. No se trata de preponderancia, puesto que la económica es la sola fuerza explicativa de la historia. La concepción materialista de la historia, es la teoría unitaria de esta ciencia. Reemplaza la multiplicidad de los elementos del desarrollo, por uno solo, del que los demás, no son sino productos».

Pero esta teoría, tan cerrada, tan profundamente radical, ha ido sufriendo importantes modificaciones dentro de la práctica económica del partido socialista; no es participada por todos los adeptos, porque no es exacta en absoluto, la vinculación del materialismo histórico con las teorías socialistas.

Lee el conferenciante las doctrinas vertidas por Rapoport, Van der Velde y Croce, como demostración de las rectificaciones que ha sufrido la primera posición histórica á que se refirió, tan intransigente en su doctrina.

El hecho causante de muchas de esas modificaciones, que todos podemos ver, es el factor económico, pero no siempre, sino en los casos en que se halla aquél ligado á otros hechos, ya morales, ya de cualquier otro orden. Así lo han afirmado el profesor belga Demarés y el español Hinojosa, quien ha llegado á demostrar, con sus profundos estudios, que los hechos producidos en



la historia han tenido á veces tan formidables presiones inmateliales que han causado consecuencias bien contrarias y perjudiciales para los mismos factores económicos.

Continúa el profesor Altamira, presentando, entre otros ejemplos, los que ofrece el profesor francés Xénopol. En los interesantes párrafos leídos, se presentan las contradicciones de Krausse, sosteniendo que la caída de Napoleón se debió á la repugnancia que la política del gran capitán producía á los burgueses de su tiempo; las del mismo Krausse, de que el florecimiento de la literatura alemana se debió á la espiritualización producida por las supresiones de los derechos aduaneros entre los estados confederados; las de Labriola, respecto de las causas de las guerras europeas en el siglo XVIII, etc.

Como otro ejemplo demostrativo, el conferenciante recuerda que la liberación de las clases serviles en España, tuvo razones muy distintas de las del espíritu humanitario que se atribuyen á los nobles. El mismo profesor Hinojosa, que es un católico á macha martillo, lo que no le impide ser un gran historiador, comprueba que la liberación se hizo por cuestión simplemente económica. El noble no podía sacar del siervo más fuerzas para la perfecta explotación de sus tierras, y hubo de concederle derechos políticos que fueron redentores.

Continúa el profesor Altamira, presentando más ejemplos y nuevas citas de Xénopol respecto de las causas y las consecuencias de revoluciones, invasiones, levantamientos y sublevaciones de la historia antigua.

Conclusión práctica de esto, respecto de la historia: que no se deben agrupar todos los hechos históricos, alrededor del hecho económico. Este puede tener respecto de aquéllos cien órdenes distintos de influencia. Lo que sí se debe estimar es el valer exacto que tenga el exponente materialista respecto del factor económico.

---

La explicación de lo económico en la historia, fué objeto de otra parte de la conferencia de ayer.

Conozco, dijo el profesor Altamira, las dificultades que se ofrecen en esta materia. La resistencia que los muchachos presentan para comprender este fenómeno, es grande. Muchos profesores me han hecho partícipe de estos inconvenientes. Muy difícil es, por ejemplo, que un muchacho se haga perfecto cargo de la influencia que una cuestión aduanera puede tener hasta llegar á producir una revolución tan formidable como la de las colonias inglesas de Norte América contra la Metrópoli.

Es que el niño sale de los estudios de cultura general *siendo niño*, y no puede comprender fenómenos que se le presentan en forma tan compleja.

Pero como el niño ejecuta y presencia constantemente fenómenos económicos, puede preparársele á fin de que comprenda sin dificultades las manifestaciones de *causalidad*. Para ello, hay

que incorporar la enseñanza de lo económico á la primera, no en abstracto, sino bien concreta. Hacer que el niño observe de manera intuitiva *sus* actos económicos: él *trueca*, con sus condiscípulos, permuta, puede decirse que por impulso propio ejecuta actos de compra venta; y, sin embargo, no sabe que *eso es económico*. Apovechemos, pues, ese fenómeno real en traducciones abstractas que llevarán al niño á conocer los hechos económicos.

En los Estados Unidos, se hace ya enseñanza económica infantil; representaciones que el niño puede entender en este orden. Dada la aspiración integral de nuestro programa, es raro que no hayamos incluido aún estas enseñanzas.

Hizo hincapié el conferenciante, en remarcar que él entiende que solo es economía política la que se refiere al estado. Que cuando trata de manifestaciones económicas de otro orden, las califica sencillamente de *economía*.

Se me preguntará — añade — cómo formando esta base en el niño, se le explicará luego lo que es base del factor económico. Este no es caso de metodología, sino *de profesor*; que este sea profesor realmente y tenga cualidades para la enseñanza.

---

La tercera de las cuestiones que formaban parte de la encuesta sostenida entre los profesores franceses, se resumía en la pregunta de Lavissee, citada en conferencias anteriores:

«La historia se extiende á las actividades humanas, en todas sus manifestaciones; hágase la comparación entre lo que de esa frase se deduce y el estado de las quince facultades francesas. La historia se hace en todas partes, mirada bajo la faz política exclusivamente. ¿No se debería hacer sitio más grande á la historia social, artística, religiosa, encerrada esta última exclusivamente en los seminarios católicos ó protestantes?».

Es la eterna cuestión en la historia de las naciones.

El primer aspecto que presenta, ¿Es conveniente establecer cátedras especiales en que se estudien las diversas ramas de la historia humana? En concepto del conferenciante, ello no resolvería el problema, pues el alumno que no quisiera especializar, tendría que asistir á *todas* las cátedras para conocer la posición exacta del momento histórico.

Cuanto al segundo aspecto de la cuestión, es el caso de preguntarse, si no es lo más real, y más natural para conocer, explicar historia, tomarla en toda su integridad en la relación interna y orgánica de todas sus manifestaciones. Ello lleva consigo estos puntos: ¿cuál es el fenómeno central histórico? político por un lado, religioso por el otro. La política, ¿no es sino una posición unilateral de la vida histórica?

Hace resaltar el conferenciante las contradicciones en que incurre Xénopol, primero, sostiene, en numerosos casos, que la cultura y los hechos políticos de las naciones son inseparables. Luego, que hay hechos culturales que no trascienden á la vida

política, por estar desligados de la vida de las masas (descubrimientos científicos, etc.)

Una larga y elocuente explicación del profesor Altamira concentra por completo el interés del selecto auditorio. En ella aquel manifiesta el error de Xénopol al creer que hay en las obras de los hombres alguna que no se refleje, tarde ó temprano, en hechos materiales. Lo especulativo representa siempre un paso práctico en la vida, cuando tiene riqueza de expresión ideal, cuando tiene *jugo*, que tarde ó temprano se refleja en la vida práctica de la humanidad — *en que las especulaciones no fueran interesadas en su principio* — y que *gravan*, pues, la vida política.

Xenopol cree, en resumen, que la unidad de la vida es el Estado. Pueden ir aparte, según él, las faces de la vida moral. Pero la vida del Estado agrupa todos los hechos culturales, con sentido orgánico.

Termina el profesor Altamira, demostrando la irrealdad de esas teorías. Todo está en todo, dice, todo procede del espíritu humano que es ilimitado, sin tabiques».

### Décimatercera Conferencia: El fenómeno histórico

Los cultores de la metodología de la historia—dijo el conferenciante—han agitado en los últimos tiempos una cuestión que tiene mucho interés para fijar conceptos y términos, en lo que á fenómenos generales de la historia se refiere.

Se pueden fijar en esta definición dos conceptos: el que se refiere á la designación de lo general en sí y á lo general como *común* para todas las manifestaciones de la humanidad.

Entenderíanse como puntos generales los centrales, los que importa retener, los que son precisos para que se forme un curso de historia, escueto, no disponiendo de mayores elementos complementarios. Esos puntos tienen gran importancia para los cursos elementales.

Presentó el conferenciante, á Seignobos como tipo representativo que analizar. Este autor toma los fenómenos generales de historia como fenómenos comunes; es decir, lo que es esencial y fundamental y que todos los pueblos han tratado de realizar.

Expuso á continuación el error en que incurre Signobos al describirlo que es la historia. Se equivoca, como muchos otros autores é historiadores, cuando sistematiza. Al querer definir los fenómenos generales en historia, dice que son los más comunes, en el sentido indicado anteriormente; pero en seguida acude á puntualizar mejor el sentido de la palabra *histórico* diciendo que no hay propiamente fenómenos históricos en sí, como los hay químicos y físicos.

Solo son—siempre según Seignobos—fenómenos históricos los que proceden del conocimiento de la historia por medio de documentos. No es fenómeno histórico, por ejemplo, sino tratado históricamente, la erupción del Vesubio en 1879. En resumen, no es fenómeno histórico el hecho para quien *lo ve*, sino para quien lo conoce por medio de relaciones históricas.

Analizó el conferenciante esta definición, cuyo error procede de la manera intelectual de Seignobos, quien ha hecho siempre historia por medio de documentos, como explicó en conferencias anteriores.

Este concepto extraño, el de que sólo es fenómeno histórico el que se comunica por el documento, lo atribuyó el profesor Altamira á imperfección de la palabra *historia*; que es única para expresar en nuestro idioma ese concepto y el de *historiografía*. Incluimos en la palabra historia, la realidad histórica y la forma de expresión de la historia, por medio literario. De aquí proviene el error, porque tan fenómeno histórico es el presenciado como el sabido por relaciones. Prueba es que tienen historia, y por cierto bien interesante, los pueblos antiguos, aunque tal historia no haya llegado, por cualquier causa, á nuestra noticia.

Se refiere también Seignobos, á que es solamente fenómeno histórico el que se relaciona con la historia humana, á los hombres viviendo en sociedad. Los movimientos glaciares, las fases de producción, las transformaciones de aluvi6n, no son fenómenos históricos, por ejemplo, sino geológicos. Y aquí es de notar la nueva contradicción de Seignobos, quien antes juzga de modo distinto la erupción del Vesubio, del que juzga ahora hechos de carácter absolutamente igual á los que separa radicalmente del campo histórico.

*Determinación de los fenómenos generales en historia.* — Los hechos históricos, según Seignobos, tienen siempre un lado parecido, tanto, que nos permite agruparlos, y así se hace continuamente en las clases y en los textos de historia, bajo términos abstractos: guerras, sucesiones, partidas, etc.

El reconocimiento de estos hechos generales, aplicables á todos los pueblos, tiene, dice el conferenciante, un gran valor en la dilucidación del problema planteado, y al que se ha referido en tardes anteriores, de si la historia se diferencia de las otras ciencias porque los hechos que estudia no se repiten, mientras que en las otras ciencias los hechos estudiados son de repetición.

A través y por encima de todas las singularidades que tienen los hechos históricos, hay detalles que en todos ellos se repiten, repetición suficiente para elevarse á términos abstractos y por encima de quienes aceptan no más la última individualidad de los hechos históricos. Ciertamente es que una batalla no es exactamente igual á otra; pero es evidente que en todas se repiten accidentes que permiten asimilar esos fenómenos históricos, en su esencia, á los de las otras ciencias de repetición.

Seignobos, al tratar de las condiciones universales de los pueblos, habla de la lengua, de la constitución de las naciones y del estado. Al apreciar éste, dice que el fenómeno estado no es tan común en los pueblos como el fenómeno histórico nación. En los pueblos rudimentarios no hay estado. El conferenciante, en largos párrafos, analiza este concepto, que califica de *muy francés*, explicando la falta de solidez de considerar separados el órgano representativo de un estado y la función jurídica del estado mismo.

Estudia Seignobos, en el estado, el cuadro histórico dividido en quince grupos generales:

Gobierno general;  
 Gobierno local;  
 Agentes del culto;  
 Agentes de la guerra;  
 Personal fiscal y funcionarios;  
 Personal de justicia;  
 Divisiones en clases sociales;  
 Guerra;  
 Relaciones entre los estados;  
 Partidos;  
 Luchas interiores;  
 La familia;  
 Fenómenos económicos;  
 Vida material; (consumo) y  
 Fenómenos de la vida interior (arte, ciencia, religión).

Estas clasificaciones y sus respectivos estudios, sirven no solo para discutir la posición del historiador en lo que al concepto de las repeticiones se refiere, sino á la construcción sociológica para reconocer las grandes series de fenómenos individuales concretos, que sirven al maestro para fijar ideas precisas, en punto al material histórico, de hechos pasados y al concepto de realidad de la historia presente.

Se detiene aquí, el conferenciante en explicar la necesidad de no tomar como cuadro rígido el que acaba de presentar al auditorio.

*Interpretaciones de la historia humana y de la filosofía de la historia.*—Después de remarcar lo difuso de la definición de la filosofía de la historia, el profesor Altamira indicó la conveniencia de fijar conceptos, que lleven á pensar individualmente. Señaló como partes:

Las explicaciones del fenómeno histórico; las doctrinas que se dirigen á dar la razón á los hechos históricos de la humanidad; la causa fundamental, humana ó extra humana, en que reposan los hechos, ya sea:

- a) por medio físico (antropogeográfico).
- b) por la raza ó por el medio. ¿Aquella es indestructible? ¿es la constructora, es la hacedora de la historia? El medio ¿hace modificaciones en la raza?
- c) por lo económico;
- d) por lo político (¿el Estado es historia?)
- e) por lo sociológico;
- f) por la psicología de los caracteres y grupos humanos.

Continuó el profesor Altamira explicando la mala aplicación de la palabra ley á un fenómeno, lo que significa no decir palabra de uná causa. Llamar ley á un hecho histórico humano, puede dar como consecuencia que llamemos ley á una causa histórica ó filosófica.

Si decimos que el Estado ha pasado por tal ó cual faz y enumeramos también el fenómeno que esas cosas produjo, no hacemos sino determinar un nuevo hecho: lo general que se advierte dentro de la serie de hechos concretos. Pero no salimos de los hechos. Citó el conferenciante diversos ejemplos para demostrar que con ese procedimiento no se pasa del terreno histórico sin hacer para nada filosofía de la historia.

Hay dos géneros de leyes en los fenómenos humanos: el de continuidad de hechos ocurridos y el que abraza los del desarrollo de la humanidad en todo el ámbito que puede recorrer en lo finito ó infinito.

Los propósitos de la filosofía son reconocer dentro de la fenomenalidad de la historia, leyes permanentes. Bossuet, Hegel, fijan leyes permanentes en la historia humana que abrazan todo el movimiento de la humanidad, ó sea por el devenir. Lo futuro no constituye aún hechos: es posición netamente filosófica.

Otra nota filosófica es señalar las causas que han producido determinados hechos históricos; por ejemplo, buscar cuál fué el *motivo que impulsó el descubrimiento de América*; si se debió á la necesidad de abrir un nuevo camino á las Indias, cerrado como estaba por los turcos el campo de Levante. La filosofía de la historia no es ciencia histórica, sino filosófica. La idea filosófica debe preceder á toda investigación histórica. Desde San Agustín á Bossuet y á los grandes metafísicos del siglo XIX hasta llegar á nuestro coetáneo el profesor norteamericano Adams, no vemos sino que las construcciones de la filosofía de la historia se han debido á teólogos, á filósofos, nunca á historiadores netamente tales.

La filosofía de la historia y la ciencia de la historia ¿son diferentes ó no? A juicio del conferenciante, depende de la posición ya que la finalidad propia, el descubrimiento último de la ciencia histórica, es precisamente la filosofía de la historia. Cita las vacilaciones de Adams. Primero, una cosa son las leyes á que están sujetas las acciones humanas y otra si se pueden aplicar á los fenómenos de investigación histórica los medios que se aplican á otras ciencias. Y luego: Existe distinción real entre la ciencia histórica y la filosofía de la historia. Después confunde en la consideración de la posición científica del concepto histórico, el descubrimiento de las leyes que guían la marcha de la sociedad.

Desde que Virgilio puso en boca de una de sus creaciones el ideal de progenie del ingenio humano; desde que surgió la Ciudad Eterna de Dios, los poetas, los filósofos, los teólogos no han cesado de creer y proclamar el reconocimiento del destino en la obra humana. Esto es filosofía de la historia. Los historiadores modernos que estudian el problema filosófico de la historia, buscan los medios á que obedece lo hecho y tratan de investigar en qué puede fundarse lo que se hará.

Adams pregunta: ¿cuál debe ser la posición del historiador en busca del por qué y del futuro de la historia humana que reconoce la existencia de un ser superior que dirige los movimientos de la

creación? La reserva científica, en cuanto á las afirmaciones. La historia debe ser de hechos probados y correlacionados entre sí. La generalización prematura no hace sino desvirtuar los hechos científicos. Sin embargo, no borremos de la conciencia humana, la posibilidad de lograr una contestación categórica, en el futuro. Que las generaciones sucesivas contesten el interrogante. Que la luz ideal guíe en lo porvenir, fuera de la luz empírica, como algo que responda á una causa, que no hemos conocido, pero que hemos de seguir persiguiendo sin cesar.

Estas manifestaciones de Adams son calificadas por el profesor Altamira como científicas y racionales.

#### Décimacuarta conferencia: Filosofía de la historia

A solicitud de un grupo de asistentes á las conferencias, dijo el profesor Altamira, que accedía gustoso á aclarar, á extender observaciones sobre las diferencias que podía haber entre la historia y la filosofía de la historia para que no se confundieran los puntos más ó menos análogos, que una y otra presentaran.

Las dos posiciones distintas en la enciclopedia se diseñan claramente refiriéndolas los historiadores á lo que es filosofía de la historia y lo que representa la ciencia histórica.

Hay que tener en cuenta, del punto de vista filosófico, lo permanente, lo estable, lo esencial que perdura á través de los distintos estados de las cosas; sus variaciones temporales. La posición histórica que juzga de lo fenomenal, de lo variable, de lo que cambia, es lo que significa la ciencia histórica.

La filosofía, como objeto, y la historia también como objeto, son inconfundibles. Hay leyes, dentro de lo histórico, que corresponden al mudar mismo, á la serie de hechos que son una nota repetida, permanente, que marca una dirección fundamental y que se distingue por su manera de producirse, de otra nota común diferente. Cita al respecto varios ejemplos: el movimiento de civilización occidental en el viejo mundo es social desde la familia á la tribu, á la nación; es el temporal histórico y es ley de movimiento del mundo asiático oriental. Otro ejemplo: La propiedad territorial ha llevado en ciertos pueblos la dirección de lo comunal á lo individual y en otros, ha sucedido lo contrario. Se trata, pues de hechos, con categoría de ley histórica.

La ley histórica no es una cosa que viene de afuera, que se impone como procedimiento, como orden, en lo humano, redactada por un grupo de hombres inteligentes que la presentan para que encaucen y sujeten los procederes de los demás hombres. Ley histórica es sacar la concreción de hechos diversos de la historia, estimándola como á ley.

La característica de las leyes que formula, ó aspira á formular, la filosofía de la historia, es *lo permanente*. Esta ha sido siempre la posición verdadera de los grandes filósofos de la historia.

La filosofía de la historia es la metafísica del hecho humano, ciencia metafísicamente deductiva, que parte de principios históricos y extrahistóricos, y deduce de ellos, *á priori*, la forma cómo se producirán los hechos. Por lo menos, pretende obrar *á priori*. Se refiere el conferenciante á Hegel y á su filosofía histórica. Dice que si bien ha sido tratado por algún historiador español de *último padre de la historia*, también representa la centralización alemana y el sentido estadista de esa historia. Es concepto propio del filósofo de la historia, en la más alta acepción de la palabra, que el hecho histórico no es más que una pieza representativa de lo que está por encima de aquél.

El suceder de los hechos humanos, ¿depende de una causa externa superior, que nos lleva determinadamente á un fin dado? La investigación de este enunciado dió margen á que el profesor Altamira mantuviese en el auditorio el mayor interés, escuchando la clarísima explicación, de la que se deducía el hecho de que si se niega lo que la pregunta duda, no hay posibilidad de que exista la filosofía de la historia en el sentido de ser ciencia que formule leyes de historia de la humanidad. Más aun: que negando esa determinación de existencia de una ley directiva del movimiento humano, *hacemos* filosofía de la historia, porque tomamos una posición histórica que nos lleva á *negar* la existencia de una supuesta ley: *hacemos la ley de no obedecer á ninguna ley*.

Bernheim presenta estas dos cuestiones generales, al referirse á la parte material de la ciencia histórica: ¿cómo se realiza el movimiento histórico? ¿qué valor tiene ese movimiento?

A este respecto vuelve el conferenciante á matizar, con el desmenuzamiento de todos los puntos que pueden llevar á una perfecta comprensión del tema, los que conduzcan al oyente á comprender el campo propio de la filosofía de la historia; términos que no pueden sino presumirse en un extracto como el que ofrecemos á nuestros lectores. Llega á estas conclusiones: el resultado final histórico, planteado por Bernheim es: ¿el perfeccionamiento del hombre se deduce de los hechos sucesivos que relata su historia? ¿hay progreso general de su civilización, en línea derecha?

Trata luego un tercer punto al que Bernheim se refiere, esto es, el de la metodología que entiende el conferenciante no tiene nada que ver con la filosofía de la historia, sino como parte abstracta de la lógica. Será, al fin, una disciplina de la historia distinta de la que perseguimos.

Vuelve á citar á Bernheim tratando de las diferencias entre la filosofía de la historia propiamente dicha y la historia filosófica, llamada también ideal. Lee y comenta párrafos de ese autor. ¿La historia universal está fundada en la concepción filosófica? Lo difícil que es distinguir el objeto de la manera de obrar de la filosofía de la historia; si es una nueva historia universal, tomada de determinados puntos de vista. La filosofía de la historia es en primera línea, una ciencia filosófica; es, ante todo, filosofía.

Las consideraciones del señor Altamira en este punto terminan con una manifestación de que si ha traído á cuenta á Bernheim es para demostrar la diferencia de la posición histórica si se usa la histo-



ria ó si se utiliza la filosofía de la historia, aun en grandes abstracciones. No se oculta al conferenciante el fondo de obscuridad que presentan estas cuestiones. Para hacer algo provechoso hay que conocer todo el proceso que han originado los problemas que preocupan la mente humana: hay que ser filósofo ante todo. Los conceptos primordiales de la filosofía están en eterna discusión. Por algo dijo un conocido filósofo: *si no me permitís ser obscuro, renuncio á hacer filosofía.*

Fijó luego, el señor Altamira las diferencias culminantes entre la filosofía de la historia y la ciencia histórica. ¿Qué es ésta? ¿La historiay su material, organizada con cualidades científicas, que de vulgar salga á ser científica? ¿Se alude al objeto que constituye el fondo de investigación propiamente histórico al definir lo que es historia?

Si la posición es buscar leyes eternas — recordó la definición de Adams — es hacer filosofía de la historia. Si se niega, se va á sostener que la historia tiene sustantividad propia, y cabe entonces: que la historia, en su campo propio de averiguaciones, va con otra ley (filosofía de la historia). Sola, no puede, sin salir de sus facultades, hacer leyes de la humanidad. La posición dominante hoy, en el mundo histórico, afirma que la ciencia histórica no puede salir del material abstracto y, por consiguiente, no puede hacer leyes históricas. En suma, la historia no es cuantitativa. Así piensan Langlois y Bernheim.

Recuerda como tipo de perfecta posición histórica, los resultados de las discusiones sostenidas en el Círculo de Obreros Católicos de Berlín.

Vuelve á hablar de Adams, con el objeto de extenderse en mayores detalles, respecto de las confusiones que en él produce la dilucidación del concepto de historia y de filosofía de la historia. Recuerda los cuatro conceptos que Adams cita al tratar de la ciencia histórica:

- I La historia ¿es ciencia ó es arte?
- II ¿Es posible acudir al método científico para formar el concepto histórico?
- III ¿Están los hechos objetivos que constituyen la materia de la historia, detenidos en su producción por fuerzas que actúan según leyes fijas y seculares, en asunto y método, en oposición de las fuerzas que actúan en las ciencias naturales y físicas?
- IV Posibilidad de encontrar esas leyes, si existen.

Recordó á continuación el conferenciante, las afirmaciones de Adams, hechas ya en la anterior conferencia, de la que no fué la de ayer, sino un desdoblamiento: la posición del historiador en busca del por qué y del futuro de la historia humana que reconoce la existencia de un sér superior que dirige los movimientos de la creación, deben ser la reserva científica, en cuanto á las afirmaciones. La historia debe ser de hechos probados y correlacionados entre sí. La generalización prematura no hace sino desvirtuar los hechos científicos. Sin embargo, no borremos de la conciencia humana, la posibilidad de lograr una contestación categórica, en el futuro. Que las generaciones sucesivas contesten el interrogante. Que la luz del ideal guíe en lo porvenir, fuera de la luz empírica, como algo que responda á

una causa, que no hemos conocido, pero que hemos de seguir persiguiendo sin cesar.

Insiste el conferenciante, en manifestar que su propósito, no es sino exponer al auditorio las diferentes posiciones del historiador en el mundo, sin hacer juicio propio. En ese concepto, sin embargo, Bernheim distingue perfectamente la ciencia histórica de la filosofía de la historia. Aquella no persigue sino el estudio del desarrollo del hombre en su actividad como ser social. No puede, ni quiere encontrar leyes, sino el nexo de su campo, en el sentido del desarrollo unitario. La filosofía de la historia formula las leyes que á la historia están vedadas.

Como cuestión incidental de lo general que fué tema de la conferencia de ayer, el profesor Altamira anuncia que tratará en la próxima la faz sociológica, que merece dedicación aparte.

### Décimaquinta conferencia: La Sociología y la Historia

Dejó pendiente el profesor Altamira, en su última conferencia, establecer las relaciones entre la historia y la sociología. Más bien, dijo al comenzar ayer su cátedra, trataré de fijar las diferencias que entre una y otra existen. Ello es de utilidad práctica. Conviene conocer perfectamente lo que es historia, filosofía de la historia y sociología, ya que si estas diferencias no se aprecian en su totalidad se puede comunicar al alumno un cuadro histórico que no es el real y se deriva la labor del camino estrictamente histórico que le corresponde.

La cuestión á que me refiero ha sido muy batallada no hace muchos años. Los profesores y *dilletanti* disputaban en toda forma, desde los discursos de aperturas solemnes de clases universitarias, hasta el terreno de la discusión particular, si la sociología se entrometía en la historia ó si ésta se fundiría en aquélla. Llegábase á calificar de bárbara la sociología, cuando no fuera más que por la etimología de la palabra que le da nombre.

Todos eran ortodoxos de Comte, de Spencer. Aquel, en su libro *Dinámica Social ó estudio general del progreso humano*, llevando el subtítulo de *Filosofía de la historia*, hacía entender más la idoneidad en materias que arrancaban verdaderos gritos de protesta á los historiadores. Pero lo interesante es saber que la preocupación al respecto, aún subsiste. La discusión es activa y tiende limitar los conceptos respectivos. Pero, en honor de la verdad, quienes más confunden son los sociólogos, ya que los historiadores no hacen más que defenderse de la agresión que se les lleva, al pretender desalojarlos de su campo.

El señor Altamira recuerda que los tratadistas más modernos mantienen viva esta preocupación. El profesor Richard, de Burdeos, con su admirable obra «*Estudio de la evolución de la Naturaleza y de la Historia*». Adams, con su «*Historia y Filosofía de la Historia*». Posada, quien también dedica capítulos de sumo interés en su obra sobre sociología, etc.

Existen, según el conferenciante :

Sociólogos que entienden la historia como una parte de la sociología;

Sociólogos que sostienen que el objeto de la historia es solamente sociológico y que determinan problemas que son absolutamente sociológicos;

Sociólogos que confunden la sociología, con la filosofía de la historia y con la historia; é

Historiadores que conciben su ciencia como sociológica; esto es, los que se defienden de la invasión de los sociólogos, pero que reconociendo la Sociología quieren traerla á su campo, cuando los sociólogos quieren llevar la historia al suyo.

El señor Altamira manifiesta la necesidad de fijar claramente los conceptos para poder trabajar con provecho. En esa labor hay que prevenirse del grupo, mayor ó menor, de defensores de la sociología, que llevan consigo la impresión de confundir la sociología con la historia, ó con una parte de ella. Para ver algunas de esas diferencias, el profesor Altamira lee distintas definiciones ó intentos de definición, de lo que es sociología, hechas por autores alemanes, añadiendo que citó esos ejemplos para advertir con ellos cuan fácil es confundirse, ya que cada una de esas definiciones encierra afirmaciones casi opuestas.

Existen hoy día muchos filósofos que afirman rotundamente la sustantividad del concepto histórico y la diferencia entre lo filosófico y lo sociológico. Obedece la confusión que se nota al pretender deslindar el campo sociológico, á la comunidad de objeto en que especulan la sociología y la historia, objeto que no es sino la vida humana, la humanidad en cuanto es expresada en hechos y especialmente en su vida espiritual. Si se comparan los libros que tratan de una y otra ciencia, se verá que manejan los mismos hechos y sujetos, tanto el historiador como el sociólogo. No es raro, pues, que se produzcan extravasaciones de una á otra ciencia.

Si la sociología ha tenido, al iniciar estudios concretos y determinados contactos con la historia y ésta, saliendo del concepto variativo, se ha extendido á todas las manifestaciones de la humanidad, el avance de esas disciplinas ha producido forzosamente la confusión que existe. Otro dato más concreto: la comunidad parcial de un aspecto de la vida humana, lo social actuado ó producido en hechos.

La diferencia principal consiste, respecto á la historia, en que comprende tanto los hechos sociales como los individuales. Tanto le importa la expresión de la individualidad, como la idea general. Como ejemplo cita la muerte de un hombre célebre, que representa una posición histórica definida por constancias históricas bien distintas que hacen cambiar el punto de vista de la historia. La concreción en un individuo, por hechos históricos, interesa al historiador, no al sociólogo. Hace referencias á opiniones vertidas por Bernheim.

Otra diferencia es que mientras el sociólogo busca en el proceso histórico humano, lo social únicamente en toda su complejidad, la historia abraza todos los hechos. Es que la historia es anterior á la sociología. Ésta no podría determinar su *cómo*, sin el dato real del fenómeno que le da la historia; y ésta da á aquélla una parte que ésta aprovecha filosóficamente.

Aun con más claridad, y como problema incidental, el conferenciante hace resaltar la diferencia entre el objeto de la historia, comparada con el de la filosofía y la historia de la sociología «La filosofía y la historia de la sociología — dice Posada en sus «Principios de Sociología» — tienen un fondo común, se refieren á la misma realidad: la *realidad social*; ambas aspiran á definir el *qué*, el *cómo* y el *por qué* de lo social; pero de distinta manera y con distinto propósito y con diferentes materiales, ó bien, tomando los mismos materiales con fines distintos. El historiador concreta su curiosidad en el hecho por el hecho: el *qué*, para él, es el hecho mismo; el *cómo* es el *proceso* del hecho y el *por qué* la explicación *causal* del hecho.

Recuerda las afirmaciones de Schopenhauer: Hay que imaginarse el saber humano, como un árbol de numerosas ramas, pero cuyo tronco no sostiene más que algunas de donde se separan, por ramificación sucesiva, las ramas hasta el infinito, acabando por ser demasiado pequeñas. El que se consagra á una ciencia especial, se esfuerza por reunir dos de las pequeñas ramas, lo que no es difícil, porque se tocan muy de cerca. El filósofo, por el contrario, trata de poner en relación las ramas principales que salen directamente del tronco. Así no practicará experiencias con la ayuda de alcalinos ó de ácidos, ó no se entregará á penosas investigaciones para establecer si no ha habido más que siete reyes en Roma, ó para añadir algunos decimales á la fórmula de la relación del diámetro con la circunferencia; pero considerará la vida en su conjunto y tratará de recoger de una manera exacta y completa, sus rasgos principales y fundamentales, que se manifiestan también en la experiencia más trivial. De estas comparaciones, resulta clara la posición del historiador.

Respecto de lo que es el sociólogo como historiador, cita el profesor Altamira, los juicios del mismo profesor español Posada: la diferencia estriba en el *fin* de las interpretaciones, en el *propósito* de la indagación, en el *empleo* — aplicación — que se hace de los materiales. La sociología, como historia, no quiere, no debe pasar de lo que *fueron* las cosas, según denuncian los datos; su aspiración suprema es representar, localizada, una sociología en acción, porque como lo social se realiza en formas históricas, la historia sociológica debe ofrecer la expresión fiel, hasta donde sea posible, del proceso de la asociación humana, en cualquiera de las determinaciones contenidas en tales ó cuales condiciones de lugar y de tiempo; en Grecia, en Roma, en los pueblos primitivos, si la historia fuese capaz de penetrar en ellos.

Una historia sociológica, verdaderamente tal, tiene que descubrir cómo han obrado las fuerzas sociales, cómo se ha producido el espíritu social en la complejidad de todos sus elementos, etc.

En cambio, la sociología como filosofía, aspira á determinar, á través de los mismos hechos que maneja la historia, *lo que es*, interpretando *idealmente*, es decir, en forma de *ideas*, los datos de la historia, que se han de confundir con los datos de conciencia. O de otro modo: la historia como ciencia, engendra *representaciones* de la obra realizada; la filosofía engendra *conceptos ideas*, que tienen quizá como fondo, las representaciones de la obra realizada y, más que esto, de la obra *realizable*.

Se determinan, pues, claramente las diferencias: En el fin, en el cómo y por qué se buscan y averiguan los datos. Porque la sociología es ciencia de sociedad y de lo social cuando la historia lo abraza todo, incluso lo social, en el mismo plano, que lo demás, sin especializarse en el concepto sociológico.

Existen también diferencias de lo sociológico, en el mismo campo sociológico. Hay quienes sostienen que la sociedad es *sér sustantivo*; otros que no hay *sér social*, sino que ciertos actos de carácter colectivo, difieren de las formas de manifestación psicológica de los sujetos aislados, presentando posiciones históricas muy diferentes.

El profesor Altamira, en brillantes párrafos, explica cómo dan lugar á confusiones semejante á las que él trata de aclarar en esos conceptos, los contactos é intersecciones de muchas ciencias en el mundo, que se compenetran unas en otras, como en las largas cadenas de seres el tipo más elemental, se confunde por su similitud, con los otros. La extremada tendencia á aguzar y analizar las cosas, conduce precisamente, á esos extremos.

Llevando al auditorio detalles de la confusión entre la sociología y la filosofía de la historia, recuerda el conferenciante opiniones de Comte, de Tarde, de Degreef, quienes confunden una y otra. Las de Salas y Ferrer. El juicio común y corriente de los historiadores alemanes, quienes sostienen que la sociología desprestigia la historia.

El profesor Altamira, termina su conferencia manifestando que sus opiniones propias coinciden en absoluto con los siguientes párrafos de Posada, clarísimos, para arribar al resultado que pretendía la conferencia de ayer. La filosofía de la historia ha representado en su origen, y en los sistemas que ha producido, el intento de explicar racionalmente la historia; es, podría decirse, la intuición genial de la producción causal del proceso humano: entraña la vista ideal del proceso indicado, la presunción *hipotética*, del mismo. En cambio, la sociología, en su origen (Comte) y en su desarrollo ulterior, ha representado y representa el intento de interpretar—descriptiva y razonadamente, mediante explicaciones reflexivas y fundadas en la observación de los hechos y fenómenos—la realidad social como estructura y como función, como orden actual y como proceso, y á la vez como génesis y como télesis. . . . .

La historia, la filosofía de la historia y la sociología tienen como material la realidad social, en un cierto sentido, la humanidad misma; pero en la historia importan los *hechos* que han existido, en la filosofía la explicación racional de esos hechos; en la sociología la in-

interpretación de la realidad social, del orden social, en cuanto *social*. Además, la historia abarca el hecho como tal (social ó no, lo que le importa no es que el hecho sea social, sino que sea *histórico*); la filosofía de la historia comprende la explicación del hecho por la razón (sea ó no *social*), mientras que en la sociología lo que interesa es lo que la realidad tiene de social; quizá aunque no sea *humano*, pues hay las sociedades animales.

Aparte estas diferencias *cualitativas*, hay otra *cuantitativa*: la historia se detiene en el presente; mira hacia atrás; tiene como límites el espacio donde el hecho *ha* ocurrido y el tiempo en que los hechos *se han* realizado. La filosofía de la historia se pone por encima del tiempo y prescinde del espacio, como condición de una localización dada del hecho dado, pues pretende explicar el proceso humano social. Y la sociología considera este proceso en cuanto es social y supone todos los problemas de la actualidad y del porvenir sociales.

### Décimasexta conferencia: Valor moral de la historia

En las conferencias sucesivas los temas serán: Historias generales modernas. Brevísima historia de la historiografía; y un capítulo especial de la historiografía, refiriéndose á los tratadistas de metodología de la historia y críticos historiadores españoles.

Al entrar en materia, para tratar el fondo ético, el valor moral de la historia, el conferenciante manifestó que se presentan al respecto, dos cuestiones: el juicio moral de la historia y la aplicación ética de la historia. Una y otra están íntimamente unidas: su aplicación depende de la posición en que se coloque el historiador.

Sin embargo, dijo, estudiaremos separadamente á cada una, en servicio de la claridad.

Hay una posición histórica que consiste en juzgar lo pasado con el criterio de la época presente; aplicar las categorías morales de hoy á los hechos pasados. Es posición secular de la historia y contra ella se ha reaccionado aisladamente, sin obedecer á planes doctrinarios.

La reacción consiste en modificar la posición absoluta del historiador, la forma de tratar los hechos del punto de vista propio, es decir, del que creemos bueno, por una posición relativa, fijándose el historiador en que cada tiempo es distinto y que es imposible, por consiguiente, que se mida con igual rasero. La fórmula que podría aplicarse al procedimiento, sería la vieja máxima latina: *distingue los tiempos y apreciarás las costumbres*.

Sin embargo, se ha aplicado hasta ahora el procedimiento, con fin casi exclusivamente utilitario, para disculpar hechos producidos y para disculpar á hombres que han actuado visiblemente; y á las críticas han respondido los defensores sosteniendo que no se pueden juzgar con el criterio contemporáneo los momentos históricos de ayer: una crítica liberal no podría aplicarse científicamente, por ejemplo, á la inquisición.

Este motivo extra-histórico ha producido un vacío histórico. La obra histórica era así una cosa pegada á la utilidad de una causa especial. Por esto se ha aplicado más todo á las personas.

Pero lo posición propiamente científica ha venido á ser: la relatividad que debe presidir al juicio de hechos ajenos, procede y se impone desde el momento en que los hechos morales han cambiado, según el tiempo. Lo inmoral de ayer, es apreciado hoy, debido que un criterio más fino ha modificado la manera de ser del juicio histórico. Esta es la posición que adoptan los positivistas y que puede sintetizarse en el profesor norteamericano Enrique Carlos Lea, autor de la Historia de la inquisición en la Edad Media, singularizada luego refiriéndose especialmente á España.

El profesor Altamira se extiende en brillantes párrafos contestando á esta pregunta: el historiador, ¿ha de hacer ó no juicio moral de los hechos? El auditorio siguió con gran interés la clara exposición, frecuentemente interrumpida por murmullos de aplausos, en la que manifestó el conferenciante que la posición del historiador es que no debe añadir nada á su función propia de averiguar los hechos y el juicio de los hechos es cosa separada. El historiador no es moralista. El juzgar de los hechos representa una justaposición, un trabajo extra-histórico.

Otro largo capítulo explica el sentido de los hechos realizados y el sentido de la tendencia de los hechos.

En la moral histórica antigua, el individuo, el rey, el gobernante, eran el agente productor de historia. Sobre él recaían todas las alabanzas y todas las censuras. Por su condición ingénita era malvado ó bueno, según los casos. La posición moderna es otra: el hombre ese, agente de historia ayer, no es más que la resultante de la época misma; la consecuencia de una serie de precedentes que responden al estado general de comitancia que tenga con la posición de la época.

Consecuencia general: que el hombre no se puede juzgar en la pura manifestación de sus cualidades personales. Es un *representativo*, según la teoría de Emerson, de la condición general de un pueblo. De aquí nace la variación de la manera de historiar hoy: lo biográfico de la historia es muy distinto ahora que antes. Lee el profesor Altamira párrafos de Lea: una cosa es historiar y otra juzgar lo objetivo, que no es lo subjetivo. Hay que ponerse en guardia contra el juicio afectivo, que puede falsear la narración. Hay que cultivar la visión exacta de los sucesos, sin soberbias, sin exageraciones; ser fiel y recto. El historiador abogado se desviaría del campo propio en que debe trabajar.

Cita, refiriéndose siempre á Lea, el ejemplo de Felipe II, presentando su época como símbolo del sentido antiguo de la historia, entonces unitaria y unilateral, como es hoy ampliamente liberal. Se han hecho grandes justaposiciones en este particular. Lea parte del juicio de Motly respecto de aquel monarca español. Quien juzga de los hechos pasados ateniéndose á su manera de pensar, se equivoca casi siempre: un malhechor no juzgará de las acciones de los perversos, como un hombre honrado. Esta manera de entender

que el espíritu de la edad presente no puede dejar de juzgar ni de criticar, es el lenguaje de un partidario, no de un historiador. Felipe II es el exponente de la manera de considerar las cosas en aquel entonces; no pensaba él así y enfrente de él tenía á todo el mundo sino que, en el campo del gobierno, expresó lo que sentía la conciencia universal.

El sentir católico de entonces, sostenía que quien no profesaba el catolicismo era un sér pernicioso; representaba un delito tan de conciencia, como de carácter social, á tal extremo atentatoria para la sociedad, que era preciso que el Estado limitase las consecuencias que podría acarrear y persiguiera al no católico, al hereje, como un peligro moral, agresivo, que atacaba al que se entendía entonces ser el gran negocio de la vida: la pérdida de la gracia de Dios que recompensaba al católico con las delicias de la vida eterna.

Felipe II expresó en actos de gobierno lo que estaba en la conciencia general. Recordó el conferenciante las publicaciones del señor Dávila, dando á conocer las cartas que dirigieron á Carlos V los nobles católicos, indicándole que había que cortar las alas al terrible enemigo. Carlos vaciló mucho, pero cedió al fin, al impulso irresistible de los católicos. Felipe II es la correspondiente á la situación de pensamiento del pueblo francés, del italiano, del español y tanto de los católicos como de los protestantes, supuesto que éstos no eran sino católicos al revés y tan intransigentes como los otros.

Dice Lea: Si Paulo IV dictó el decreto que fulminó á los incrédulos que no acatan la Santísima Trinidad; y si los franceses tuvieron su San Bartolomé, Calvino no hizo menos con los anabaptistas Si Felipe II mantuvo la inquisición, Eduardo VI, en Inglaterra, mantenía la organización religiosa que con Cranmer á la cabeza, castigaba á los disidentes. Morosini, en 1581, escribía que Felipe II era un hombre cruel, que no perdonaba nunca, sin afecciones para sus hijos, sin sentimientos por los muertos que debían serle más queridos; gran observador de la religión, pero muy vengativo; *entre la sonrisa del rey y un cuchillo, hay poco que escoger*. En la correspondencia que se conoce hoy de Felipe II, se ve todo lo contrario: no solo era afectivo para los hijos, sino hasta para los criados y sirvientes.

¿Qué hay en el fondo de todo esto? Una idea especial en lo que es la felicidad de los hombres y la felicidad del Estado. La primera constituida por conseguir el cielo; la segunda aparta, como peste, todo lo que representa oposición al ideal católico, al de su mundo, que es quien guía el impulso del Estado, hasta llegar al rigor extremo, que es el mismo rigor de los protestantes; y procurar con aquel llevarlos al buen terreno, ya por grado, ya por la fuerza.

Los historiadores modernos se colocan en la verdadera situación de los hechos y estudian el *por qué* de los mismos. No hace falta más. No hacen juicio moral, en el que priman no más nuestros sentimientos. Pero, dicen algunos: ¿no constituirá un peligro el referir los hechos sin censura, sin juicio crítico? ¿no llevará ello la aprobación tácita de quienes hacen historia en esta forma? Si yo explico que



Felipe II obró como obró, no por error, sino como exponente de su época, no quiere decir que yo sea partidario de la inquisición. Yo — añade el profesor Altamira — liberal como soy en todos mis convencimientos y todas mis ideas, diría de Felipe II, lo mismo que dice Lea, sin creer con ello que abjure de mis convicciones.

La lección moral más importante para afirmar que cuando se refleja la verdad, procede ello de la estimación de que la reforma de los errores de la humanidad no está en la supresión *del hombre*, se deduce de reflexionar no más que, aún asesinado Felipe II lo mismo hubiera ocurrido en España. Son las ideas dominantes, las que constituyen el medio: hay, pues, que reformar ese medio para conseguir el fin perseguido.

Todo es un problema de educación. Hagamos hombres con criterio, con ideal determinado y la reforma se producirá.

Lea y Hill coinciden, pues, en que el historiador no ha de salir de su campo, *de hacer historia*. Dejar que de la puntualización de los hechos, se deduzcan sus efectos naturales. Es la misma posición de la enseñanza moral de nuestros tiempos, que no se hace con axiomas aprendidos de memoria, ni amañando relatos en que se premia la virtud y se castiga el mal, ni representando dramas que terminan en esa misma forma; sino presentando á las gentes el tipo de conducta moral vívida, como sugestivo, y que reproduzca en el espíritu el benéfico influjo necesario, que se persigue: presentar el *hombre tipo*, que se infiltró en el espíritu en formación como ideal de vida pura.

Así debe ser el historiador: hacer historia verdadera, desapasionada, exacta. No forzar el cuadro, sino dejar que el cuadro verdadero trabaje en el espíritu del alumno y le haga deducir por la asimilación de los hechos que refiera, las representaciones exactas, el valor moral de la historia.

El profesor Altamira fué aplaudido entusiastamente al abandonar la cátedra.

Recordó, como resumen de la función ética de la historia, la memoria del congreso de historiadores de Berlín.

Hizo un gran elogio de la intelectualidad del pueblo norteamericano, tenido para muchos solamente como carácter materialista y egoísta. Detalló las hondas preocupaciones de aquellos hombres de ciencia, por las aplicaciones del sentido ético de la historia, hombres tan preocupados de ello como del punto de visión de la universidad futura, por la educación moral.

Citó la teoría de Hill: la historia lleva en sí la conciencia de la utilidad de los hechos históricos para un ideal determinado de la vida. La historia clasifica los hechos y los coloca en plano diferente, según la correlación de cada uno de esos hechos con el movimiento general de la humanidad en sentido determinado.

Existe una pregunta permanente: ¿hemos avanzado, hemos retrocedido, qué camino llevamos, cuánto hemos ganado?... El historiador no se puede desasir de estos giros, que lo rodean constantemente. Esto es lo que constituiría la función ética de la historia. La verdad de lo ocurrido, puede contestar á esas preguntas y decir por qué grados, por qué variaciones del ideal temporario, se

ha llegado al resumen de todo lo constante y permanente de la vida.

En esta visión, está el valer ético de la historia. Otra cosa, será salir de los límites convenientes.

### Décimaséptima conferencia: Historias generales y universales

El salón de la Universidad estaba completamente ocupado, cuando el profesor Altamira subió á la cátedra y empezó su lección.

Todo aquel á quien interesa la labor agena, dijo, y acude á los libros para conocer lo que desea saber, sufre frecuentes desengaños. Para prevenirlos, lo más práctico es no pedir á la literatura más de lo que puede dar, y formarnos previamente una idea clara de la investigación á que nos dedicamos.

En la historia los desengaños son más frecuentes por el estado embrionario en que estos estudios se hallan todavía. Singularmente ocurre esto al acudir á la historia universal, supuesto que siendo mayor el ámbito que ella abarca, mayores son los errores que contiene.

El desengaño obtenido por el estudioso, se debe muchas veces al título no más, cuya cualidad aparente de *Historia universal* no es ni mucho menos el á que se aspira dentro de esta especial literatura.

El error á que nos puede llevar el examen de los textos de historia universal presenta diversos aspectos: podemos creer que es cosa resuelta y clara el enunciado del título; que hay libros que satisfacen esa correspondencia; pues esto de que la historia universal es unidad en un todo, tiene largo abolengo, tradición tan extensa como los mismos temas históricos.

La existencia de los libros de historia universal es relativamente moderna. No ven los antiguos este cuadro que abraza en una totalidad la historia de los diferentes pueblos de la tierra. Y ello se comprende perfectamente. Hay que reunir la idea misma de humanidad. Mientras no se ve á los hombres como á uno, para el ideal histórico; mientras no brote en los hombres el ideal de comunidad de naturaleza, no hay humanidad y no nace en la historia el orden correspondiente á aquella comunidad. Solo se llega á tener el concepto de humanidad á fines de la edad antigua, por un proceso ideal, dentro de la filosofía griega y que recoge, perfecciona y fecunda con su idea religiosa el cristianismo. Pero no olvidemos que esto es la apreciación de la visión histórica de hoy, y se extiende al efecto el conferenciante, para resaltar como queda aun un margen grandísimo á aclarar en la historia de la humanidad. Cita al efecto la obra del historiador alemán Winckelmann, tratando del concepto que se ha venido teniendo de la escultura griega. El grupo de Laocoonte representaba la perfección; se descubrió la Venus de Milo y se creyó la maravilla; luego los fragmentos de la Victoria de Samotracia llevaron en sus líneas un ideal de

suma belleza, de arte impecable, ante el que semeja una cadencia la Venus sin brazos.

Si nos fijamos en la literatura griega, el pedestal levantado justiciaramente á Sófocles, á Eurípides, á Esquilo, no es tan inabordable como creíamos, en vista de los descubrimientos constantes que se hacen de trozos de literatura lírica, que colocan ante nosotros la posibilidad de que se desvelen nombres que se ubiquen en el solio, al lado de aquéllos, sucediendo con la literatura griega lo que ha pasado con la escultura. Debemos tener, pues, gran reserva en los estudios históricos. No creamos absoluta, la que juzgamos perfecta humanidad de la edad antigua.

Contribuyó á prejuzgar históricamente la acción política del pueblo romano, avasallador, fundente, reductor á la unidad, centralizador de las razas inferiores. El pueblo romano, que limó la aristocracia áspera del quirite, este pueblo contribuyó á elevar sus hombres á la comunidad humana, en vez de llamarlos romanos, griegos, tirrenos, iberos, etc.

Faltaba otra cosa también, para que se hiciera historia de la humanidad: que se conociese la historia de los otros pueblos que tanto han contribuido á formarla. Ciertamente es que Herodoto dice algo muy fragmentario y hasta disparatado de pueblos antiguos; pero ni Egipto, ni Asiria, ni Caldea, figuran para nada en sus relatos. La inteligencia del profesional no tenía factores que le llevasen á posición clara, supuesto que la averiguación de los reinos Sirios, Caldeos, Egipcios, es muy reciente. Ruinas, papyrus, ladrillos, renuevan hoy constantemente nuestros conocimientos, relacionando pueblos que creíamos alejados, cuando trabajaron, comunes, en ideas de civilización universal.

Así y todo, cuando se logra que el concepto del hombre, penetre en la conciencia de las gentes, el efecto real y positivo sobre la historiografía es muy escaso. No hay entre los romanos ningún historiador general: son historiadores *de Roma*. Solo San Agustín muestra un primer lineamiento de filosofía de la historia. Pero San Agustín actúa sobre los apologistas, quienes hacen ensayos que son pretendidas historias universales. Son historias de dos ó tres pueblos, que se consideran escogidos, y resumen para el historiador toda la historia de la humanidad y no le proporcionan verdadera posición histórica: son el pueblo griego, el romano, y en algún caso el hebreo. Este desaparece en la edad media, ya que el fondo clásico de esa edad es absolutamente romano.

Como manifestaciones secundarias de historia universal, no hay relaciones; son relatos descosidos, sin que se encuentren más puntos de relación que: antes de la constitución del imperio romano, el punto religioso; después, el punto político. No se adelantó más, en la busca de la afinidad de la vida humana en la obra común. Nada de progreso, nada de perfectibilidad en la vida humana.

Es en el renacimiento, y no en su principio, sino cuando este movimiento *cuaja* en la vida de la humanidad, que llegan nuevos factores á la mentalidad de los hombres y preparan el ideal de la nueva historia universal: el salir del concepto de historia, como historia de

la civilización; de las instituciones políticas, fuera de los hechos de guerra, de los reyes, etc. Cita, al respecto, las obras de Vives y de Bacon. El sentido de la perfección de la idea de humanidad lo recogen los renacientes de manera clara, llegando hasta producir el estudio de aquélla, como desarrollo de un plan providencial, consignado en el conocido discurso sobre historia de Bossuet.

Por esto, el siglo XVIII es campo propicio para la historia universal, presentando con mayor claridad el sentido plurilateral de la acción humana. Menciona las diferencias surgidas entre Voltaire, Rousseau y los filósofos y enciclopedistas de entonces. La humanidad, su progreso, se presenta como dominante musical en toda la historia del siglo XVIII. La revolución francesa, hecha para la humanidad, á diferencia de todas las revoluciones que la precedieron, sin más radio que el de sus respectivas naciones, lleva á la práctica las ideas filosóficas del siglo.

Y llega el siglo XIX, el clásico siglo de las historias universales. Comienza Cantú en el año 37, con su gran historia que revoluciona el mundo, en forma de que ahora no nos podemos dar cuenta; hay que reverenciar esa obra, como un gran monumento histórico humano; pero hemos de dejarlo tranquilamente en los estantes de la librería que lo guarde. Sigue la historia de Wachsmith, en el año 50, historia general de la humanidad, ya en dirección á su cultura.

A medida que avanza el tiempo, se perfilan los dos tipos de historia universal: la que se escribe en colaboración, nacida precisamente de los progresos de los estudios históricos, que no puede abarcar un hombre solo. Cuando la avalancha de todo lo antiguo, de la prehistoria, llegó de súbito, no hubo inteligencia capaz de abarcarla. Como tipo de estas historias puede citarse la que dirigió Oncken; la de Hessen y Ukert, dirigida ahora por Lamprecht, que toma perfecto tipo de historia de la humanidad, si bien tiene el defecto de comenzar en el siglo V, hueco que puede llenarse con la historia de la antigüedad de Meyer.

Cambridge, la famosa universidad, está llevando á cabo la publicación de una historia universal, en la forma aparentemente inorgánica que es común en los ingleses; empezó por la época moderna. Cambridge ha procurado la mayor fidelidad, desprendiéndose de todo chauvinismo, hasta encargarse á autores franceses la redacción del tomo que se refiere á la gran revolución de fines del siglo XVIII, Cambridge comienza ahora la historia de la edad media, luego vendrá la antigua; un texto inglés que nos dará una buena historia general de la humanidad. Sin embargo, los juicios críticos de los mismos historiadores ingleses y norteamericanos, dan superioridad á la obra de Lavissee ya mencionada.

La segunda forma de historia universal es la que escribe un hombre solo, como la de los alemanes Helmolt y Sidner que son más bien filosofías de la historia, no detallan el pormenor erudito y son poco extensas. Pero, además de estos dos tipos, se nota una divergencia entre los historiadores universales y los historiadores de civilización humana. Aquellos jamás se refieren á la historia de la civilización para poder incluir grandes detalles de historia política

externa; parten de exposición doctrinal adversa. El conferenciante hace al respecto, detenidas comparaciones.

Pero aun los historiadores de la civilización no comprenden en sus obras toda la historia. Los verdaderos historiadores de altura son particularizadores de alguna materia (Brezysg, Neuzert, Rambaud). Los únicos que hacen toda la historia, son los autores de manualitos. La dificultad principal para hacer verdadera historia universal no está en estos detalles, sino en que no se ha llegado todavía á un concepto orgánico de la historia humana. Vemos la humanidad, pero en su desarrollo histórico no la concebimos; no encontramos en el proceso de la historia humana la nota que eleve á los representantes de su movimiento á la calificación de historia humana. La humanidad es idea que podrá sacar el lector del conocimiento de grupos humanos diferentes que tienen en el fondo unidad íntima. Luego, la misma idea de civilización se opone á la formación de una idea unitaria que nos lleve á encontrar el nexo entre historias de pueblos diferentes.

¿Por qué? Porque cuando la historia busca el enlace entre esos pueblos la idea de civilización es impulsada en sentido preciso para buscar un proceso determinado. Nuestra posición actual solo ve civilización en los pueblos europeos; filosóficamente tenemos idea de civilización, pero no en la historia. Y pudiendo ser los chinos tan humanos y concurrentes á un mismo fin civilizador como los europeos, la preocupación europea pesa aún y domina el campo del historiador.

Cuando han empezado á conocerse las historias antiguas, la posición del historiador clásico, perturbada, no supo como manejar ese molde y ubicarlo en el que tenía formado. Y así seguimos todavía.

El mismo concepto de la civilización en cuanto á ideal de la vida, nos perturba; los pueblos no civilizados, los trazados según el concepto que tenemos de la civilización ¿deben entrar en la historia?

Freeman sostiene resueltamente que nó. Helhvald lo ha discutido con toda energía; ¿quién tiene razón?

Estamos en una doble necesidad de reducir á términos concretos el problema; ¿qué es lo que hay en verdad respecto al desarrollo de diferentes grupos históricos? De un lado el occidental; el asiático de otro; los pueblos primitivos quedan por su lado en su medio elemento civilizador.

¿Hubo historia humana ó es todavía pura aspiración que sentimos? cerciorémonos del dato. Sólo así podremos descansar en que vamos firmemente hacia una anticipación científica.

Apreciemos en los pueblos históricos, todos los momentos de su vida; acertemos á ver su relación íntima; las influencias recíprocas de las respectivas actividades que puedan producir y si han producido efectos que no vemos con claridad.

Por eso, porque los libros de historia de la humanidad no han llegado á la perfección á que todos debemos tender á conducirlos; es que dejan sin contestación la siguiente pregunta: la vida que hago, es decir, la del pueblo civilizado en que he nacido ¿tiene algo que

ver con la de otros pueblos menos felices que el mío, con la de los demás hombres menos civilizados que yo?

El profesor Altamira fué objeto de una calurosa manifestación de aplauso del selecto auditorio que lo había interrumpido ya con análogas muestras de simpatía en el curso de la conferencia.

### Décimaoctava conferencia: Breve historia de la historiografía

Recordó que, por el programa preestablecido para sus últimas clases, la de ayer estaba dedicada á hacer algo de lo que se llamó historia de la historia, mejor dicho, historia de la historiografía, esto es, narrar los modos diferentes que han señalado en el mundo, la manera de escribir la historia.

Estos estudios retrospectivos tienen todos gran intimidad: significan una mirada atrás, el inventario de posiciones históricas conquistadas, de errores corregidos, de los problemas sin resolver; de lo que se llamaría aplicando una frase latina bien conocida, el *desiderata* de una ciencia.

Expresó el conferenciante, que un capítulo de la historia de la historiografía, lo constituyó la lección anterior, proponiéndose en la de ayer apreciar los diferentes puntos de vista que complementan aquélla, siempre dentro de un campo reducido, como era el de las clases de metodología que venía dando. La confusión de la historia con la poesía épica es uno de esos puntos. Así en el fondo, como en la forma, las historias griegas adolecen de ese defecto, que atribuye el doctor Altamira al concepto íntimo que tenían los historiadores griegos, de que la historia de los hechos ocurridos, era como la de los hechos fantásticos. De ahí la confusión del campo épico y del campo histórico, mezcladas las leyendas con los cuadros que, cuando menos, aspiran á la comprobación exacta.

Sin embargo, hay dos excepciones en la historiografía griega: Hecateo, cuya tentativa fracasada no tuvo más representante que Tucídides, considerado sin exageración como el más grande de los historiadores griegos. El mismo Herodoto, llamado padre de la historia, no es más que un poeta que recoge leyendas de la poesía épica y las admite como historia. Ello hace del historiador griego un tipo eminentemente crédulo: todo lo recibe; lo verosímil y lo que no lo es. Herodoto no fué, ni aun en lo rigurosamente histórico, un investigador. Es un viajero que cuenta, de segunda mano, lo oído á los sacerdotes egipcios, lo leído en libros de historiografía, cuyos autores averiguarían ó no la certeza de los datos que anotaban.

Otra nota diferente es: la subordinación de toda la historia, en la ciencia griega, á un fin absolutamente ageno á ella; se reduce á glorificar una ciudad, á elogiar á un partido político, á defender, en suma, una tesis moral. Ante todo y sobre todo, la demostración moral, á la que sirve por encima de todo la his-

toria. Y es tan evidente y tan arraigada esta tendencia, que en tal subordinación cae el mismo Tucídides. Para demostrarlo lee algunos párrafos del profesor alemán Otto Seeck.

Una tercera nota es la limitación en punto á hechos, á lo histórico externo. Por eso las historias griegas son historias de luchas, de batallas, de partidos. No se hace historia de las instituciones políticas; solo por incidencia se alude á la constitución interna de alguna ciudad. Ha sido preciso que hombres no historiadores tratasen como filósofos, como políticos, la historia griega: Aristóteles quien abarcó tantos puntos y que llegó á preocuparse de la verdadera erudición histórica. Las cumbres, la manera de ser de los pueblos, las hallamos en los geógrafos, desde luego y por encima de todos, en Strabon. Es que el griego entiende que el geógrafo, no es solo geógrafo político, sino humano. Y ni Tito Livio, ni Polibio, llegan á Strabon en sus estudios geográficos.

Hay otra nota más interesante en el intelecto griego y que hace resaltar el conferenciante: ni en el *trivium*, ni en el *cuadrivium*, que los romanos toman de los griegos, aparece para nada la historia. Los griegos no veían la sustancialidad de la historia como una ciencia. Y la civilización romana es absolutamente griega, difiriendo solo en la arquitectura, que recibe influencias etruscas. Más aun: los historiadores romanos son griegos y tanto es así, que escriben en griego, no en latín.

Tito Livio y Polibio, escriben la historia, como la escribían los griegos, sin aplicar sus energías en depurar la exactitud de los hechos históricos. Polibio, por ejemplo, en las guerras de Cartago y Roma no va á las fuentes auténticas para historiarlas: despachos militares, documentos diplomáticos, etc. Toma un libro que relata las guerras púnicas, escrito por un romano; otro análogo, de pluma cartaginesa y suscribe el suyo como resultado de la comparación entre uno y otro, sobre la base única del relato de estas historias. Tal vez, solo en los antecedentes que discuten el domino de Marsella en las pugnas de romanos con tirrenos y de griegos con romanos. Polibio afirma haber visto en documentos auténticos, las afirmaciones que mantiene.

Una excepción, absolutamente conjetural ofrece Catón el Viejo, quien trabajó sobre la masa de la vida interior del pueblo romano; excepción conjetural, ya que no existe obra alguna escrita. Otro historiador, de labor muy interesante, Tácito, dedicó su trabajo á la historia interna: La Germania, obra respecto de cuya finalidad se ha discutido mucho. Se dice que la escribió para hacer resaltar la pureza de aquel pueblo sobre el romano. En rigor, obró así para apoyar la política de aproximación de los elementos germánicos que convenía al gobernador.

La edad media presenta dos notas:

La continuación completa del período clásico. Juntamente con ella, heredan los historiadores la credulidad de los griegos, llegando á admitir como exactos los fenómenos más extraordinarios: batallas, por ejemplo, en que mueren miles de hombres, cuando en el punto en que aquélla se desarrolló no caben, ni aun po-

día dar por múltiples causas tantos combatientes, el pueblo que los mandaba. Las superfetaciones, las actas de falsos martirios, las vidas de santos que no han existido, se suman á todas aquellas credulidades. Todó cándido, poético, pero no propio para fundar una ciencia. Para robustecer sus afirmaciones, el conferenciante cita la batalla de Covadonga, en que según los historiadores murieron millares de sarracenos, cuando es sabido que en el sitio en que la batalla se libró, no caben ni cien hombres, ni era tampoco posible que los árabes mandaran á tal punto un ejército tan numeroso.

Hay que añadir, no obstante, que si el elemento religioso añade base de credulidad á los relatos históricos de la edad media, en cambio ensancha los cimientos para el estudio histórico. Uno de los resultados de carácter mental que trajo la iglesia, fué su fuerza propia, el demostrar que *era algo*, aparte de la fuerza del estado, y hasta que iba contra el estado. Valía decir que era romper la absorción que el elemento político había hecho, de la que resultaba, que giraba todo alrededor del Estado. Fuera de éste, pues, había energías que podían vivir, sin estarle subordinadas. Pero ello no fué conciente en los historiadores de la edad media, sino que lo han concebido los críticos modernos.

Se produce en la edad media un suceso singular importantísimo. A punto de terminar aquélla, pero bien antes de los albores del renacimiento, aparece un historiador árabe, Abenjaldun (1332-1406), quien rompe completamente los moldes de la tradición histórica medioeval. Abenjaldun presenta el mismo concepto y la misma posición crítica de los historiadores del siglo XIX. El profesor Altamira, al describir la obra de Abenjaldun tuvo suspenso al auditorio durante largo espacio, hasta llegar á este cuestionario: la obra de Abenjaldun ¿es personal? ¿es creación de un genio? ¿es resultado de un proceso lento, originado ya en los historiógrafos griegos hasta llegar á él?

Abenjaldun dice que todo lo que escribe es invención suya. Piensa el conferenciante que la afirmación debe ponerse en cuarentena. Dentro de los hechos humanos, nada es singular, mucho menos tratándose de cosas como ésta, en que es sabido que quedan cientos de libros musulmanes que no se conocen. Los arabistas pueden ser excelentes lingüistas y, sin embargo, no ser historiadores; Abenjaldun puede en cambio, ser representante de una serie de esfuerzos de historiógrafos musulmanes que no conocemos.

Abenjaldun es historiador social, composición realmente crítica, reacciona contra la credulidad de los historiadores de la edad media. Sostiene que hay que comprobar críticamente las fuentes de producción histórica, mediante criterios lógicos, desechando las leyendas fantásticas, Parte del principio dialéctico ó del principio de vida social. Es, dice, descubridor de la historia de la civilización. Recuerda Abenjaldun, con su procedimiento á Spencer: lo vé todo, hasta la teoría novísima de la imitación como un gran factor de vida humana. Hasta consigna el problema del



genio y de la colectividad, que es una de las cuestiones que acaban de surgir en los últimos trabajos de crítica histórica.

El conferenciante dice que tiene tanta importancia Abenjaldun para la metodología de la historia, que le ha servido de estudio ininterrumpido durante dos años, con sus alumnos de Oviedo, la comparación de sus posiciones historiográficas con las de hoy.

Sin embargo, no hay que olvidar lo que es la Edad Media y que Abenjaldun era historiador árabe. El fenómeno real, suyo, era el de la sociabilidad árabe. No ha visto Abenjaldun más que una experiencia humana, la del árabe y construye su doctrina sobre la doctrina de un solo pueblo.

Llegan los siglos XV y XVI. Con ellos el ensanche de la concepción histórica, señalado en la lección anterior. Brota el problema de la relación íntima entre el pensamiento musulmán y el que no lo es. En ese proceso se ha llegado á sorpresas como la de que, al relacionar la filosofía árabe con la de Raimundo Lulio y de Santo Tomás de Aquino, resulta que Lulio, el apoloquista católico, ha tomado lo fundamental de su filosofía, de los místicos musulmanes; y en Santo Tomás de Aquino lo fundamental de su preceptiva, coincide con la traducción literal de los textos musulmanes. Ahora bien: ¿hay pensamiento común entre Abenjaldun y ellos? es problema á investigar.

Aparecen á continuación las ramas técnicas de la historia: los arqueólogos, los numismáticos, los epigrafistas. Es el bullir tumultuoso que inician esas ciencias auxiliares de la historia.

Pero, si en los historiógrafos del renacimiento se nota un avance sobre los de la Edad Media, en cuanto á los problemas de los preceptistas, quedan en pie dudas como estas: ¿se debe decir toda la verdad en la historia? ¿cómo se debe escribir? ¿en qué estilo? ¿qué calidades sociales debe tener el historiador? Porque según aquellos historiógrafos, un historiador no podía ser plebeyo y hasta si era posible, debía ser príncipe.

El gran historiador español Mariana no es más que un reflejo histórico de la preceptiva á que me refiero, por más que sea un brillantísimo literato. Mascardi llega á sostener que es indigno de figurar en la historia todo lo que no se refiera á batallas, á casamientos, á relaciones de orden exterior, y, á este mismo orden se subordinan los demás historiadores, persiguiendo el fin extrahistórico para demostrar algo: ya hechos vergonzosos de otras naciones, ya el arte empleado en la defensa nacional; preocupaciones, en fin, completamente morales.

Sin embargo, en el siglo XVI, aparece algo del sentido crítico histórico, de la exactitud del dato histórico. Zurita tiene en su historia la preocupación de la crítica; escribe viendo las fuentes históricas, y esta preocupación se exterioriza en el siglo XVII con la obra de Pedro Dayle, el nombre mundial de 1697. Todos estos precedentes triunfan en el siglo XVIII, siglo erudito en que el dominio de la certidumbre destruye las leyendas, substituídas por lo documental, por la comprobación de las cosas reales. El siglo XVIII rechaza toda influencia de la poética legendaria de un modo

absoluto, por esto mismo equivocado; error que reconoce Mom- sen admitiendo más tarde las leyendas, previa la correspondiente crítica, proclamando el fundamento aceptable del *folk lore* para la historia.

Con el siglo XIX surge la crítica histórica decidida, en sus dos instantes fundamentales: primero, los seminarios, que fundó Ramcke; segundo, con la historia de la civilización, iniciada por Bucke, cuya obra, aunque equivocada, tiene sustancia bastante en el proceso histórico y en la crítica histórica; aspiración y empuje para constituir, como sucede con las ciencias exactas, la ciencia histórica.

Se ha llegado á concentrar el sentido crítico despertando en la conciencia moral del historiador, el deber de obrar con la pluma sobre el papel lo mismo que en todos los actos personales; á que sienta él en sus deberes fundamentales el de no falsear la historia, cualquiera sea su posición moral, su posición doctrinal. La conciencia de la honradez historiográfica ha penetrado tanto en los historiadores que un hombre, colocado sin duda, en la posición de intransigencia más disculpable para servir la ciencia histórica en determinado sentido moral, el papa León XIII, ha abierto los archivos históricos del Vaticano y ha dicho á los historiadores del mundo: Venid.

No faltó quien observara á León XIII que podía peligrar la Iglesia si se conocían documentalmente hechos que la perjudican ya sin esta comprobación. Y León XIII respondió sin vacilar:

— Eso no importa; si la Iglesia se ha equivocado, sus errores no tienen nada que ver para que surja la verdadera posición teológica é histórica. Si la Iglesia es buena, si tiene vida y vigor propios, no se pueden estos falsear en lo más mínimo entregando al estudio histórico nuestros archivos.

Cuando un católico abre al historiador la historia de los protestantes; cuando éstos entregan al juicio histórico la obra de los católicos, estos ejemplos son los más altos exponentes de la disciplina histórica. Bien se notan las lejanías en que se hallan los historiógrafos griegos aludidos al comienzo de esta lección; bien se ve lo que nos hemos separado de las estrecheces políticas y morales de entonces.

Esperemos, pues, que muy en breve una perfecta disciplina científica haga de la ciencia histórica una ciencia que pueda perfectamente asimilarse á las que hemos convenido en llamar ciencias exactas.

### Última conferencia: los historiógrafos españoles

Después de recordar el conferenciante lo explicado en la lección anterior, respecto de los historiadores preceptistas, anunció como tema conocido de la sesión de ayer, las referencias á un capítulo de los historiógrafos españoles, completando así el programa de la historia de la historiografía desarrollado en las cuatro últimas conferencias.

Tengo — dijo — para ello un doble interés, no solo por patriotismo sino también para que se conozca el contingente de estudios historiográficos, de modelo de historia escrita por españoles, que pueden ser excelentes auxiliares para la historiografía. Esta aportación histórica española es desconocida hasta por los autores que he venido citando en las lecciones de este curso. Ello constituye un error en la historia científica que, aun no siendo español, me creería obligado á rectificar.

El profesor Altamira hizo á continuación, una definición magistral de lo que debe entenderse por patriotismo. La reacción — dijo — comienza para España. Es estudiada hoy, sobre todo, en lo que se refiere á metodología y á crítica histórica.

Antes de entrar en materia manifestó que los materiales que iban á servir para la conferencia eran las notas propias conseguidas en los trabajos que ha realizado con el propósito de escribir un tomo que, en la serie de la obra de Menéndez Pelayo, continuador del clásico Rivadeneira, se referirá á los críticos y metodólogos, de la historia. Esto — dijo — me permite reconstituir la serie entera y seguir paralelamente el desarrollo de las disciplinas de los mismos metodólogos.

En la Edad Media, aunque parezca mentira, pues se cree que solo existían cronistas, atisbos de iniciación del sentido histórico, surge Giménez Herrada, quien da ya indicaciones preceptivas.

Riaño, arqueólogo é historiador, en un discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia, al referirse á la época de Alfonso X, el Sabio, hacía la comparación de los cronistas españoles de aquel entonces con los franceses, favorable á los primeros, á pesar de estar formados en fuentes francesas. Ello podría deberse á contactos con los historiógrafos árabes; pero el hecho es absolutamente exacto.

Se une esta observación, con este otro dato: un literato de la Edad Media, Pérez de Guzmán, representa uno de los primeros momentos de anexionar á la historia general de su pueblo la historia de la literatura como medio de vida para quien estudia el precipitado de la historia en el elemento suyo. A continuación hace un largo recuerdo de la obra de Abenjaldun á que nos hemos referido en nuestro último extracto. Enumera el discurso de Gonzalo García de Santa María, quien con Giménez Herrada, á que se ha referido antes, fundan la doctrina ya esplendente del siglo XIV. Hay en ellos manifestaciones teóricas, anticipaciones que indican que el concepto del problema existe en el país.

Pero los trabajos prácticos comienzan por Luis Vives haciendo manifestaciones que arrancan de la historia política y la llevan á vida entera de un pueblo, lo que se ha llamado después historia de la civilización.

Sigue un cronista de Carlos V., Páez de Castro, alcarreño, cuya documentación halló el conferenciante en la Academia de la Historia. Este cronista tiene concepto amplio de cómo debe ser la educación del historiador, para que sea tal, y es más: hace referencias á historia americana. Es uno de los primeros hombres que, en la

historia intelectual de Europa, habla de historias comparadas. Su método para escribir historia no es sino un memorial á Carlos V en el que explica la manera cómo él entendía que debía escribir la historia del emperador.

Describe el estilo que debe tener el historiador, que debe ser parco en alabanzas, que debe dar las causas de los nuevos acontecimientos — verdadera novedad la casualidad — que la educación del historiador ha de ser filosófica, ha de conocer derecho, geografía, geometría y, en general, toda cosa que él deba tratar al referirse á la historia.

Es, como se ve, una ejemplaridad en la materia, siendo este su plan: 1º Descripción geográfica de España y de todos sus lugares, etc., (como Ritter y Michelet en el siglo XIX). 2º Trajes, costumbres, leyes, religión. 3º Hablar de los reyes. 4º De los linajes y caballería. 5º De los pueblos y las ciudades. 6º De la fauna y la flora. 7º De los hombres hechos célebres por sus acciones en las guerras. 8º De las universidades. 9º de las artes nuevas. 10. de las guerras. 11. Aplicación de todos estos enunciados á los dominios de América.

Páez de Castro, añade que es bueno viajar por España; que el historiador la vea, con curiosidad y con atención; que examine los puntos en que estuvo Carlos V.; que interrogue testigos de vista, inscripciones, monumentos y archivos; que copie en estos los textos interesantes y que consulte directamente la historia con Carlos V.

Es como se ve, una visión amplia del concepto histórico.

El conferenciante, lee después una larga lista de preceptistas: Céspedes, Pedro de Navarra (1567), Fray Jerónimo de San José (1551) un anónimo que escribió la historia de Felipe II, Juan Costa (1591), Morcillo (1557), Simón Alvil, Luis Cabrera (1611), Juan de Vergara, Melchor Cano, Nicolás Antonio, Luis José de Águila y Lozada, El marqués de Mondejar, Pedro de Valencia, Juan Bautista Pérez, obispo de Segovia, Tamayo de Vargas, Alderete, Justanor, etc., los historiadores propiamente dichos: Zurita, Garibay, Margarit, Carbonell, etc.

Se detuvo el conferenciante examinando la labor de Ambrosio de Morales, quien trata en dos libros, la doctrina metodológica.

Describe su plan en que aconseja se estudien las vidas de Santos, de Señores; las antigüedades, mudanzas, sitios despoblados como cuerpos muertos y consumidos; en que se queja de la falta de historiadores y en que tiene concepto colectivo del sujeto; en que trata historia, política, religión, epigrafía, numismática, historia jurídica, como fuentes que deben emplearse; la historia de las antigüedades de España (arqueología) para que se averigüen los sitios y ciudades de España en la época de los romanos.

Otra obra importante es la del marqués de Mondejar, refiriéndose á Mariana y á sus defectos.

Pero hay otra dos manifestaciones del concepto amplio de los historiadores españoles de aquella época; en tiempo de Felipe II surgió la idea de formar relatos topográficos de España; expo-

sición del estado de población, de las riquezas, de las costumbres, de las ciudades y poblados, enviándoles interrogatorios y visitándolos. Toda esta labor es inédita, menos la que se refiere á la provincia de Guadalajara, que acaba de publicarse; y esto no más da idea de lo que era entonces la posición de los historiadores de España, que ningún pueblo ha ostentado igual.

Pues bien; ese plan es el modelo adoptado para las relaciones geográficas de Indias; una estadística completa de la vida del país que se iba á visitar.

Llega el siglo XVIII con su gran movimiento crítico histórico, con material que duplica el de cualquier otro siglo. Cita á los preceptistas : padre Martín Sarmiento ( 1775 ), Javier Huerta, Fornet, Masdeu, Jacinto Seguer, Mayáns, Feijóo, padre San Nicolás, padre Flores, y otros eruditos como Hervas, y Panduro, Velásquez, Valdsierra, etc. Detalla el conferenciante la forma de clasificar historias ó historiadores de algunos de los autores citados, que hicieron psicología interesante del historiador, verdadera enciclopedia de la historia. La labor de Masdeu que representa no solo la ampliación de la historia sino la crítica histórica, negando la existencia del Cid y siendo el primero que hace también numismática y epigrafía. La obra del padre Joaquín Fragia (1791) con su introducción de crítica histórica y aplicación de fuentes históricas que traen á la memoria la History de lord Macanlay, con sus Canones de Indias, investigaciones, descripción de archivos visitados, etc. Luis José de Velásquez y Velásquez, marqués de Valdeflores, autor de la Nueva Historia de España, de plan interesante, basado en una colección de documentos históricos, demostrando el concepto sumamente amplio que tenía de la historia. Juan Francisco de Castro, autor del libro Dios y la Naturaleza, verdadera historia general de la civilización, tratando historia, religión, leyes costumbres y ceremonias de todas las razas.

La labor del siglo XIX ya es más conocida. Los historiadores se dedican, una parte á censurar la falta de autenticidad de ciertos libros, como también las fuentes falsas, casi todas ellas productoras de cronicones que se desvirtúan (Godoy y Alcántara). Otros que se dedican á deshacer leyendas inexactas como Próspero Bofarull; á hacer ediciones críticas de textos, como Menéndez Pelayo; á hacer crítica general de la historia como Vicente de la Fuente.

El profesor Altamira termina el texto de su conferencia diciendo que España ofrece una doble corriente con estas conclusiones: Se ha renovado la edición de casi todos los textos de historia. Se han desvanecido las leyendas y las suposiciones falsas en que se fundaba gran parte de la historia.

---

Con esta conferencia —dijo el profesor Altamira —termina mi labor de tres meses que, puede decirse, ha sido labor crítica y moral; por lo menos á este aspecto es al que doy mayor importancia ya que la transmisión de conocimientos á todos ustedes, es lo que juzgo menos importante y lo más deleznable.

Sin preconcepción considero así todas mis lecciones al ver desde la altura del final ese carácter predominante de crítica y de moral á que me he referido; mi curso ha tenido una perpetua monotonía, ha sido lo que con toda exactitud podría llamar un sermón.

Y este sermón, sobre todo, se ha dirigido á producir en el espíritu de mis alumnos — ya que hay entre ustedes muchos maestros que podrían ocupar como yo este asiento — que se despertaran en él tres cosas: 1º Para hacer obra científica es necesario ser muy rígidos, tener inexorable rigor intelectual para evitar todas las veleidades de la *loca de la casa*, y también las de quienes creen tener dotes naturales de suficiencia. 2º Ser respetuoso por encima de todo, ser sincero. Declarar lo que se ve, aun destruyendo las creencias propias, sus banderas de notoriedad y de fama. Tener un alto respeto para la verdad en cualquier ocasión, en cualquier sitio, por cualquier hombre. 3º He querido también que mis alumnos se saturasen en esta creencia: no puede ser hombre de ciencia el que no sea fundamentalmente modesto, rectificando continuamente hasta nuestro amor propio de investigador. Mantener abierto el espíritu constantemente á las novedades que sin cesar se producen en el rodar del progreso humano. Confesarse, si importa, discípulos de quienes fueron discípulos nuestros. Si no hacen ustedes así, se cristalizará su espíritu, convirtiéndose en obstáculo lo que debía ser impulsión.

Lo que me satisface más de este sermón moral, es que no he aburrido á mis alumnos; han visto algo en él para su espíritu; es un lazo afectivo entre ellos y yo. No pecho de inmodestia si declaro que este factor ha sido advertido desde los primeros momentos por mí. Un sermón que va dirigido á lo más alto del espíritu, debía engendrar en él, ese lazo moral que tanto me satisface porque es lazo que no se rompe.

El intelectual que produce el dato, la noticia, se pierde pronto en la proyección de origen suyo; pero si es lazo de impulsión moral no se rompe ni del lado del alumno ni del lado del profesor. Aquél no olvida nunca que el primer empuje de vida intelectual lo ha recibido del profesor; el profesor no trabaja en vano con un grupo de espíritus en quienes se goza viendo como se abren á la expansión del espíritu ajeno.

Ocurre como cuando se despierta una corriente eléctrica con solo tocar un botón. Cierto que no hay ruido en la campanilla, ni aun apretando el botón, si no hay corriente.

Yo salí de Oviedo tan ligado con mis alumnos como puede dar una idea la afección que ha producido esta breve relación con ustedes. Tal vez mañana tenga á mis alumnos en un campo intelectual opuesto al mío. Aquellos alumnos, como ustedes, no son espíritus hijos míos, pero he ayudado á su nacimiento á la manera del médico que ayuda á nacer al muchacho y no es padre de la criatura.

Espero poder asistir al espectáculo que ofrezca el carácter argentino, en el exponente más alto de su perfección; y en este ambiente moral percibir en la obra de alguno de ustedes, algún

signo, alguna nota, quizá borrada por la evolución que se produzca en el proceso de depuración que todos perseguimos, nota y signo que me permitan exclamar:

— Esto es mío!

*Resumen escrito por el señor JUAN GELABERT.*

## V

### Honores al Dr. Rafael Altamira

Las autoridades universitarias, los profesores y alumnos de las Universidades de La Plata y Buenos Aires han tributado al catedrático de Oviedo, el homenaje de su respeto y cariño. A las comidas privadas, en donde la palabra sencilla del maestro se insinuaba en los espíritus, han sucedido los banquetes, las demostraciones y la fiesta oficial confiriéndole el título de doctor *in honoris causæ*.

El 4 de Octubre, antes de celebrarse el festival universitario, los profesores y profesoras de la Universidad de La Plata ofrecieron un banquete al profesor Altamira en el hotel Sportman, al cual concurrieron más de ochenta comensales. Ofreció la demostración en nombre de sus colegas, el doctor Enrique Rivarola.

Señor profesor Altamira:

Alto honor es para mí el dispensado por mis colegas, los profesores de la Universidad, al designarme portavoz en este acto por el cual deseamos poner de relieve, en presencia vuestra, estas dos cosas: nuestra admiración y nuestro afecto. Y no sabemos hasta ahora por lo menos, no acierto á resolver la duda por mí mismo, cual es más grande á nuestros ojos, si el maestro que exhibe los frutos de su larga y paciente labor, ó el hombre amante de la humanidad y de su perfeccionamiento, el idealista del bien, que presta á su obra de educador encaminada por un talento amplio y luminoso, el calor de un gran corazón; y si tiene clarovidencias geniales, obra no tanto por ellas como por el impulso desinteresado de elevadísimos sentimientos.

Bajo estos dos aspectos, del talento y de la virtud, se nos ha revelado el gran maestro. En el breve tiempo transcurrido desde su llegada al país hasta hoy, no le hemos visto sino trabajar sin descanso, día á día, ocupando la cátedra universitaria con sorprendente riqueza de producción. La palabra del maestro, sencilla, precisa y clara, demuestra un conocimiento profundo de las cosas y un juicio siempre seguro. Las cosas pensadas con mayores dificultades y menos comprendidas, exigen los rebuscamientos de la forma para suplir con la magia de la palabra la vaguedad del sentido; pero el pensamiento maduro como el fruto en el árbol, se desprende fácilmente y sin esfuerzo. Bajo ese aspecto de hombre eminente por su talento, de pensador profundísimo, hemos admirado al maestro; pero, al mismo tiempo, una aureola de simpatías, cada vez más in-

tensa, se ha formado á su alrededor; el hombre valía como el sabio, sus cualidades personales, su sinceridad, su constante ensueño de mentalidad, su corrección caballeresca, sus prácticas sencillas, unidas al no interrumpido estudio, nos advertían de la presencia de un espíritu superior, necesariamente alentado por un ideal. Disponer de un ideal es encontrarse preparado para la acción. Sin ideales que la sustenten, la lucha por la vida es lucha egoísta de cada uno para sí mismo; el ideal prepara la obra fecunda, para el bien de todos.

¿Por qué Altamira, se ha encontrado tan bien entre nosotros? ¿por qué nosotros nos hemos encontrado tan bien con él? Las leyes de la herencia se cumplen también cuando se refieren al carácter intelectual y moral de las razas y á los caracteres individuales de los pueblos; y nosotros participamos del modo de ser español, por el habla castellana, que ha sido durante cuatro siglos el vehículo prodigioso del pensamiento y de la cultura española. Por esa comunidad del lenguaje, podemos mirar como nuestro el cielo de las letras españolas, y contemplar del mismo punto de vista, las más lejanas estrellas de aquel cielo, los primeros prosistas y los primeros poetas, y admirar la maravillosa constitución de los escritores del siglo XVI; y son nuestros Cervantes, y Calderón, y Lope, y toda esa pléyade de intelectuales españoles del siglo XIX, desenvuelta en el presente, tan numerosa, tan activa, como si la tierra se hubiese roto para dar paso á mil torrentes de pensamiento y de belleza.

Grande y querido maestro: si alguien me hubiese dicho «interprete Vd. la primavera, habría recogido al azar, un puñado de rosas y habría dicho «aquí está, ¡esta es!» Las rosas cayeron encendidas de las mejillas de la primer mujer, al rubor del primer beso, y siguen siendo el símbolo de la vida que despierta. Para brindar, en nombre de mis compañeros, é interpretar cuanto ellos piensan y sienten, me basta decir ¡miradlos! ¡ahí están! asoman á su rostro. Bajo esas frentes, comúnmente inclinadas sobre el libro, los ojos expresan vivazmente y mejor que las palabras; diríase, si se me permite disponer de una imagen poética, que las almas han asomado á la ventana para saludar al héroe de la fiesta. ¿Qué más puedo yo hacer? ¿Deciros adiós, doctor Altamira? No, porque se van los que pueden llevar todo consigo; pero los que dejan sus pensamientos para que sigan germinando, sus ideales para que sigan labrando almas, sus virtudes para que sigan manteniendo afectos, esos no se van, esos quedan.

Maestro: quedáis con nosotros.

El doctor Rafael Altamira contestó en breves frases al doctor Enrique Rivarola, manifestando que no deseaba cansar á su auditorio con una larga alocución, que por otra parte no procedía, pues pocas palabras son necesarias para expresar un sentimiento cuando este sentimiento es hondo y verdadero. Se limitaba pues, á agradecer de la manera más íntima aquella demostración, hijas del mutuo cariño, y á decir sencillamente que, cuando de regreso á su país, sus amigos de la querida Universidad ovetense le preguntaran y bien ¿qué has dejado tú, en América en el viaje realizado? contestaría con el corazón: he dejado amigos y eso me basta.



*El acto oficial.* — Luego la concurrencia se dirigió al Colegio Universitario cuyo salón estaba ocupado por lo que de más representativo tiene La Plata. Ocuparon el sitio de honor el Presidente y Vice de la Universidad, los ministros de Chile y Perú, el doctor Altamira, los miembros del Consejo Superior Universitario y el rector del Colegio. Abrió el acto el doctor González, siguiéndole en el uso de la palabra el doctor Ruggieri en nombre de los estudiantes de La Plata, el doctor Sempere en nombre de los alumnos de Oviedo y los señores ministros Cruchaga Tocornal y de la Riva Agüero. Luego el profesor Altamira pronunció el discurso que se publica en otro lugar. El señor J. del C. Moreno le hizo entrega de un pergamino firmado por los que fueron sus alumnos como un tributo de afectuosa gratitud y cariño.

*Comunicaciones.* — El doctor González recibió las siguientes:

Del doctor Uballes, rector de la Universidad de Buenos Aires, una nota conceptuosa adhiriéndose á la manifestación Altamira y del Ministro de Instrucción Pública doctor Naón, el siguiente telegrama:

« Recién llegado de afuera, pensaba ir en el tren de las once, para tener el gusto de acompañar á Vd. en la despedida que la Universidad de La Plata hace á nuestro común amigo el distinguido profesor Altamira; pero un llamado oficial urgente me priva de proporcionarme ese placer, por lo que le ruego quiera disculparme en la seguridad de que solo esa circunstancia imprevista ha podido privarme de concurrir á la fiesta. Esta noche tendré el gusto de saludarlo personalmente, su affmo. amigo. — R. S. Naón.

#### EN BUENOS AIRES

*Banquete en lo de Blas Mango.* — El banquete de despedida ofrecido en la capital federal por los profesores de ambas Universidades Buenos Aires y La Plata, resultó una nota intensamente representativa dada la calidad y el prestigio social de los comensales. Ofrecieron el acto los doctores Uballes y González, rectores de ambas Universidades, y contestó Altamira con frases llenas de sentimiento y galanura.

*Discurso del doctor Uballes.* — Señor Altamira: Los profesores de la Universidad de La Plata confundidos con los profesores de la Universidad de Buenos Aires, han querido reunirse para daros, durante algunos instantes fugitivos, la momentánea ilusión del hogar en fiesta, y han creído que debía ser yo quien, en su nombre os brindara este homenaje de afectos empezados á conquistar desde lejos con vuestros escritos y vuestra fama, y que habéis concluído por atraernos de manera definitiva con los prestigios de vuestra palabra y el don de simpatía que os prestan el corte caballeresco de vuestro carácter, la sencillez de vuestros gestos y el entusiasmo con que realizáis las obras que solicitan nuestra acción.

Y bien, señor Altamira: os invito á que en este sitio y en esta hora os consideréis en casa vuestra, rodeado de compañeros empeñados en la misma acción y vinculados á vos por la comunidad de afanes, por la identidad de aspiraciones nobles y por la semejanza de los espíritus, cuyos rayos característicos y fundamentales, impuestos por el idioma y por la raza, no han podido ni podrán borrar todas las oladas de gentes diversas que vienen á fundirse en el crisol de nuestra nacionalidad.

Al dar por terminada la misión que os confió la Universidad de Oviedo, entre nosotros y en las demás repúblicas de habla castellana, podréis estar satisfecho de vuestro esfuerzo y considerar que habréis hecho más que lo que se exigió de vos; venís en representación de un grupo de hombres enrolados con desinterés en una cruzada civilizadora en una parte circunscripta de España, y sois, en realidad, un ejemplo característico—más allá de la forzosa diferenciación regional—del moderno espíritu universitario en España, y hasta diría, si no temiese ofender vuestra acrisolada modestia, de moderno espíritu europeo á través de una mentalidad genuinamente castiza.

Os he oído decir que os ha sorprendido la corriente de cálida simpatía notada en todas las personas que habéis frecuentado aquí —y que no son pocas—permitidme á la vez que os diga que vos nos habéis sorprendido á todos los que mirábamos con pesar y creíamos que era un hecho irremediable, impuesto por el ambiente histórico y el medio natural, ese exceso de tradicionalismo que ha entorpecido á España en el camino de su evolución intelectual hacia el progreso, imponiéndole un sello de originalidad inconfundible en el concierto de la civilización occidental—nos habéis causado sorpresa, digo, porque habéis demostrado con el ejemplo, que ese lastre histórico no es un óbice para que penetren, germinen y fructifiquen en España, las amplias ideas liberales que son título de honor para la humanidad contemporánea, sin que se pierdan ni debiliten las bellas particularidades de la raza: el infinito idealismo y la facundia ardorosa.

Vuestra permanencia aquí, ha sido breve; pero podéis estar seguro de que el espectáculo de vuestro entusiasmo idealista y de vuestra persistencia en el esfuerzo, han obrado de manera tan tonificante en nuestro ambiente demasiado lleno de preocupaciones materiales, que ha hecho desear á muchos—y me cuento entre los primeros—que se prolongue por mayor tiempo, para que el beneficio sea más duradero; y nos ha hecho concebir la idea—realizable quizá—de veros incorporado á nuestras filas—lo que seguramente no sería para voz un cambio de policía—á fin de colaborar con nosotros en el argentino de mañana, el hombre del futuro, mediante la educación que ennoblece el carácter y eleva la inteligencia.

Y de cualquier modo --por haber durante algunas semanas, con absoluto desinterés personal, recordado á las gentes de esta ciudad millonaria, trepidante de actividad económica y de inexhaustos deseos de goces materiales, la importancia y la belleza de las cosas del espíritu—permitidme, señor Altamira, que en nombre de to-

dos y en el mío, brinde por lo que debe estar más cerca de los vuestros y la prosperidad de vuestra patria—y por lo que debe ser más caro á vuestro espíritu: la virtud y la fecundidad de vuestra obra de escritor y de maestro.

En seguida el doctor González improvisó una hermosa salutación en la que exaltó la personalidad de Altamira y puso de relieve los vínculos que nos unen á España.

Señor Altamira: Señores: Después de las palabras tan cultas, tan correctas, que en nombre de las universidades de Buenos Aires y La Plata ha pronunciado el ilustre rector doctor Uballes, á mi no me queda más que adherir calurosamente á las que se le han prodigado, sintiéndome, como presidente de la Universidad de La Plata, complacido en lo más íntimo por la representación tan digna y elocuente que han tenido los profesores y miembros de aquella casa.

Y es natural que en estos momentos en que un ilustre profesor extranjero nos reúne á todos en una misma mesa, surja en mí un sentimiento de natural complacencia. Nuestras universidades argentinas son ramas de un solo árbol; todos deben trabajar, pues, por su unidad. La que yo tengo el honor de presidir desde sus primeros días, tuvo la más franca y decisiva ocasión para proclamar que era hija y aspiraba á ser digna hija de las dos.

Hijo yo, directo de la Universidad de Córdoba y recogido y amantado en las aulas de la de Buenos Aires, así como todos los hombres que en este país enseñan ó dirigen alguna rama del gobierno nacional son hijos de estas dos universidades ¿de qué otra manera podría haber llenado su tarea la Universidad de La Plata? Tenía que alimentarse y beber en las mismas fuentes y es así como la Universidad de La Plata puede presentar al país una vida robusta, lo que se debe á la gran vitalidad que trae de sus orígenes, del noble y aristocrático origen de la Universidad de Córdoba y de la desbordante vida que anima y engrandece la Universidad de Buenos Aires. ¿Cómo no había yo de sentirme orgulloso en declararme descendiente de estas dos ilustres casas? Y ¿cómo no había también la Universidad que presido, de proclamar con el mismo sentimiento esta noble progenie?

Creo, pues, que en éstos momentos es una gloria del ilustre profesor que nos visita y que ha sido para nosotros un compañero tan amable, el haber producido en la realidad esta conjunción que es de todo punto auspiciosa para el porvenir de mi país.

Y para terminar, diré que al ofrecer las dos Universidades al ilustre profesor Altamira sus cátedras y al considerarlo entre el grupo permanente de sus profesores, realizan una aspiración nacional. Éste es un sentimiento del pueblo argentino.

El doctor Altamira al hablar en nuestro país desde la tribuna más alta que pueda ofrecerse á un hombre intelectual, lo ha hecho á la nación entera, quien lo ha escuchado como á su propio hijo. Y es justo recordar este fenómeno, en el momento en que nos reunimos los que hemos tenido la suerte de ser sus compañeros, por cuanto es la intelectualidad del alma española que ha venido á confundirse con la nuestra, realizando así, á través de un siglo, una reconci-

liación que será eterna y de beneficios efectivos para la cultura nacional.

Se esperaba su palabra, la palabra de este representante de la alta cultura hispánica, como algo que flotaba en el ambiente. Ya lo manifestó él con verdad, porque este hombre no dice sino palabras de verdad, porque habla con el corazón y sabe que de allí no sale sino la verdad; él ha dicho que en el extranjero no se tiene idea completa de España...

Terminó brindando por la felicidad del señor Altamira, de sus hijos propios, de los hijos de su inteligencia, por la ilustre casa de Oviedo, por su noble e ilustre Rector y por los hombres que en España hacen vida útil. Para que nuestra madre ilustre recoja los beneficios inmensos de esta colosal campaña de Altamira, dando así á la raza sajona un ejemplo de que en la latina pueden también realizarse hazañas, y por la prosperidad incesante de las universidades argentinas, reunidas en un solo pensamiento común, trabajar todas por el engrandecimiento nacional.

Contestó el doctor Altamira con frases llenas de unción para sus compañeros argentinos: «He tenido que decir gracias, tantas veces á las mil formas de vuestra inagotable bondad, de vuestro generoso afecto, que ya no me quedan ni giros ideales ni palabras expresivas de mi reconocimiento. No diré pues, sino que es inmenso e inolvidable; y puesto que habéis querido ver que el hombre afectivo domina al intelectual, seguro estoy que creeréis en esto que os digo, y que en la vida de mi sentimiento el paso por la Argentina quedará como uno de los más satisfactorios y de los más emocionales. Particularmente la fiesta de esta noche me llega al alma, porque es fiesta de compañeros y porque el que la hayáis organizado significa que á vuestro juicio nos une un común ideal, unos mismos entusiasmos por la enseñanza y un mismo concepto de la trascendencia que tiene para el porvenir de los pueblos.

Esta fiesta tiene otra cosa gratísima para mí, y es el ver reunidos á los maestros de las dos Universidades vecinas en que he actuado. Bien puedo decir que soy hombre de suerte cuando tales espectáculos, confortables para el espíritu, me es permitido contemplar; y más hombre de suerte aún, puesto que he venido á ser, por el juego de los azares de la vida, motivo y ocasión de él.

En fin, os debo gratitud igualmente, porque habéis sabido ver en mi visita lo que verdaderamente representa: una petición de fraternidad interuniversitaria y de ningún modo una ostentación vanidosa de ciencia. Porque no ha sido esto último es por lo que puedo marcharme seguro de que nadie se ha de haber sentido molesto por mi temporal usufructo de vuestras cátedras, y por lo que vosotros me habéis acompañado, desde el primer instante hasta hoy, con vuestra simpatía y con vuestro cordial afecto. Los míos para con vosotros, serán un dulce y amable acompañante de mi vida desde hoy y no se extinguirán sino conmigo.

Feliz yo si algún día puedo reforzar esos lazos viniendo á trabajar nuevamente, con sincera modestia, entre vosotros!

LA FIESTA EN LA ESCUELA DE SANTA CATALINA.  
LA CALLE ALTAMIRA

Tuvo lugar en la Escuela Agronómica de Santa Catalina, dependencia universitaria, el acto de inauguración de una de las avenidas de aquel bosque dándole el nombre de tan ilustre profesor. La ceremonia fué sencilla y sin aparatosidad, resultando, esto no obstante, llena de atractivo, afecto y en cierto modo, solemne. Tomaron parte en ella, los profesores y alumnos de la escuela, varios profesores de la Universidad de La Plata, admiradores y discípulos del señor Altamira. Servido el banquete con que los asistentes fueron obsequiados por el director de la Escuela, tomó la palabra el vicepresidente de la Universidad de La Plata, doctor Alvarez, elogiando la obra del maestro y de las simpatías generales despertadas entre profesores y alumnos. Se congratuló del éxito alcanzado por la Universidad de Oviedo é hizo fervientes votos porque el espíritu de compañerismo y familiaridad que allí reina sirva de guía á la juventud entusiasta y soñadora.

A continuación habló el profesor Altamira diciendo:

«Yo os agradezco el honor que significa incorporar mi nombre materialmente á la Universidad, — después de haberme permitido que lo haga moralmente en tres meses de labor intelectual — no lo dudaría ni por un momento. No sería yo digno de vosotros ni de la Universidad que me ha enviado á América, si no fuera capaz de ese sentimiento delicado, aunque poco frecuente, de la gratitud y de comprender en toda la significación que tiene y en todo el honor que representa este obsequio vuestro. A estos motivos personales se unen para mayor satisfacción en este día, — ó por mejor decir, en esta noche — otros dos que á mis ojos de soñador de ideales acrecientan la fiesta.

Uno de ellos es su carácter predominantemente estudiantil, la asociación á ella de los elementos de la Universidad y de Santa Catalina. Sin ellos la casa docente estaría trunca; con ellos bien puede decirse que es la Universidad plena y total, la Universidad deseada como unidad amistosa de profesores y alumnos, colaboración íntima de espíritus veteranos y espíritus jóvenes en la labor total de la vida, — no solo en la científica — quien está aquí presente y aprovecha la ocasión para dar fe de su existencia realizando una de las ideas fundamentales que precedió á la creación de la Universidad de La Plata.

Yo bendigo á mi buena suerte — ó lo que quiera que ello fuere — que me permite ver, repetido en tierra americana el espectáculo familiar en la tierra ovetense, espectáculo que durante mucho tiempo no nos ha parecido posible sino en pueblos de otra civilización, que saben vivir socialmente y á los que mirábamos con la envidia y el desaliento con que se miran los modelos cuya reproducción nos parece inasequible.

La Universidad de la Plata, — es decir, repito, sus alumnos y sus profesores — ha querido y ha sabido exteriorizarse fuera de sus cátedras y derramar sobre el espectro de la vieja y tristonada vida do-

cente de otras épocas, la oleada de alegría que mana de las fiestas del sentimiento y de la soñación poética.

El otro motivo de satisfacción que me dáis, procede del sitio en que va á figurar mi nombre y del modo de celebración de esta fiesta. Habéis adivinado mi espíritu campestre, amator de la Naturaleza, formado en su adolescencia entre los árboles de la huerta alicantina, los pámpanos de sus vides y las enhiestas lanzas de sus maizales entretejidas con las flores de sus hortalizas; rehecho en la juventud, frente al severo paisaje de la llanura castellana y el soberbio telón granítico coronado de nieves, faldeado de encinares que la maravillosa visión de Velázquez supo fijar para siempre en los fondos de sus inmortales retratos. Y habéis querido también darme una cumplida compensación á la vida sobrado urbana y casera que he llevado durante tres meses con esta espléndida fiesta — espléndida no obstante la sencillez de su aspecto, porque se celebra en el seno del bosque lleno de misterios y en el ambiente de una noche primaveral henchida de aroma de los brotes frescos y de ruidos de la nueva vida que irrumpe por todas partes.

Yo no he podido gozar de este delicioso retiro, porque la cátedra ha sido mi dueña y señora, y como mujer que es — á lo menos gramaticalmente, — ha sabido bien apoderarse de mí y sustraerme á toda otra vida. Eso mismo me ha impedido, estudiantes de Santa Catalina, asociarme alguna vez á vuestros trabajos; pero en cambio os he envidiado más fuertemente al veros laborar en pleno aire libre, bajo el beso del sol, padre de energías y de salud, prontos á sentir aquel supremo placer (que Tolstoy ha sabido pintar de tan intenso modo) de sentir el sudor del santo trabajo bañando nuestro cuerpo como agua de bautizo en la lucha por la vida.

Cuando de hoy en adelante crucéis por esta alameda, pensad en mí y asociadme á vuestra obra, como yo os llevaré asociados en mi recuerdo, recuerdo iluminado por la esperanza de volver algún día, y entonces ser campesino con vosotros, reconquistando mi libertad y mi derecho á la comunión sosegada con la naturaleza. Pero cuando me recordéis y penséis en mis añoranzas de este sitio, yo os pido que no me recordéis con mi solo nombre, sino como una representación de algo que está sobre mí. Rafael Altamira es y quiere ser aquí, más que en ninguna otra parte, lo que en su paseo por América significa: un profesor de una Universidad española; y así, debajo de ese rótulo, leed siempre: «profesor de Oviedo» y pensad al leer este renglón ideal, en aquella casa de donde he partido y en aquellos estudiantes á quienes amo y á los que algún día creo podremos traer acá para que, en un abrazo con vosotros todos, estudiantes de la Universidad de La Plata, acaben de unirse los espíritus gemelos de dos obras colectivas que el viejo tronco hispánico ha hecho brotar en dos continentes lejanos, pero no contrarios».

Aplausos acogieron tan elocuentes palabras, y á continuación un alumno de la escuela saludó al maestro en nombre de sus compañeros, brindando por sus camaradas de España y por el éxito del viaje del señor Altamira. La concurrencia prorrumpió en vivas al maestro, á Oviedo y á los estudiantes de ambas escuelas.

## VI

**El señor Rafael Altamira recibe el título  
de doctor honoris causa**

## ACTO OFICIAL

La Plata, Septiembre 13 de 1909.

*Señor profesor Altamira y Creves.*

Me es grato comunicar á Vd. que el Honorable Consejo Superior, en sesión de fecha 20 de Agosto ppdo., previa una proposición de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en atención á sus altos méritos y á los valiosísimos servicios prestados por Vd. á la causa de la cultura de los pueblos de habla castellana, como un testimonio de reconocimiento por la sabia enseñanza que ha dado á nuestros alumnos durante su permanencia en el país, y al propio tiempo como una forma de estrechar aun más los vínculos intelectuales y amistosos que unen á esta Universidad con la muy ilustre de Oviedo, ha resuelto otorgarle el título de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales *honoris causa*.

Se ha dispuesto que el correspondiente diploma le sea entregado en acto público, en el salón de fiestas del Colegio de la Universidad, el día 4 del próximo mes de Octubre, á las 2 p. m.

AGUSTÍN ALVAREZ.  
Vice-Presidente.

*E. Del Valle Ibarlucea,*  
Secretario General y del Consejo Superior

Buenos Aires, 18 de Septiembre de 1909.

*Señor Doctor Joaquín Carrillo, Decano de la Facultad de  
Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La  
Plata.*

Muy distinguido señor:

He recibido la atenta comunicación de Vd. fecha 13 del corriente participándome que el H. Consejo Superior de esa Universidad, á instancias del Consejo Académico de la Facultad que Vd. preside se ha servido honrarme con el título de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales «*honoris causæ*».

Tan alta distinción excede con mucho á los anhelos que yo pudiera tener de ver, de modo ostensible, que mi labor modesta en las aulas de esa Universidad, era tenida en algo por mis compañe-

ros los profesores y por mi superior el Consejo Académico; por ello mi agradecimiento es grande, profundo y vivo, y consideraré la distinción que se me otorga, como la más alta y estimable que jamás recibiré.

Agradezco también, tanto como el honor concedido, para mi tan estimable, el vínculo espiritual con que el título de doctor me une más estrechamente á esta Universidad de La Plata que desde que me recibió en su seno he amado como aquella de Oviedo cuyo enviado soy, como á *mi Universidad*.

Sírvase, Señor Decano trasmitir al H. Consejo Superior, al Consejo Académico y á los Señores Consejeros la expresión de mi más sentido reconocimiento; y Vd., bondadoso iniciador de la honrosa distinción, reciba con las gracias el cariñoso homenaje de respeto y simpatía de su affmo. S. S.

*Rafael Altamira.*

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD  
DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Excmos. señores Ministros de Chile, Perú y España.

Señoras : Señores :

Por última vez en este año feliz de nuestros jóvenes anales académicos, vamos á vivir la vida escolar en compañía del maestro de Oviedo, que por tres meses—tan fugaces como la dicha misma—ha sido también maestro propio de la nueva Universidad argentina: la cual, albergándolo en su seno más íntimo con la doble ansiedad del saber y del afecto, ha realizado por su intermedio una comunión ideal con la más alta civilización europea, y con el espíritu inmortal de la raza materna, encarnado en él como en su más legítima personificación. Es la Nación entera la que ha oído en su palabra el mensaje cálido y vibrante de la vieja patria española; y esa armonía unánime en el sentimiento y en la opinión, que lo ha amado como amigo y lo ha admirado como maestro, no es más que la misteriosa y recóndita salutación de la sangre á la sangre, á través de un océano que separa dos continentes y de un siglo de historia que separa dos hogares que un tiempo fueron un solo hogar. Las vicisitudes políticas que perturban el alma de las razas, y las dividen y separan en nacionalidades distintas, pueden crear fronteras materiales, y aun aparentes de semejanzas y divergencias entre los hijos de un común origen; pero las corrientes de aproximación y cohesión naturales vuelven siempre por las vías de la inteligencia á reconstruir la unidad primitiva, la afinidad inmanente, la consubstancialidad indestructible. Ese es el privilegio de la ciencia: ella no sólo descubre y resucita lo ignoto y lo desaparecido, sino que suprime las desigualdades, y ha comenzado ya á construir el futuro hogar común de la humanidad hoy dispersa y desacorde.



En una época como esta, en la cual se nota la viva inquietud de todos los pueblos por acercarse, compenetrarse y sentir sus palpitaciones más íntimas, como si se convencieran al fin de que lo que falta en simpatía sólo es falta de conocimiento, nació en un simultáneo impulso, en las dos Universidades de Oviedo y de La Plata, como había ya existido entre las de otras distintas razas y naciones: en la una, la idea de enviar hacia los países de América, en política de noble y legítima expansión espiritual sus propios maestros, en misión de amor y solidaridad científica; y en la otra, ansiosa de vida y del saber de aquellos que fueran origen y conductores de la secular cultura europea, el propósito de llamar á sus aulas recién abiertas, á manera de consagración, los más sabios exponentes de aquella ciencia acumulada, que las sociedades jóvenes sólo pueden obtener á costa de enormes sacrificios y con resultados siempre incompletos é incoherentes.

Sobre la torre de la casa trisecular de Oviedo brillaba la antorcha anunciadora del mensaje esperado, y al propio tiempo guía de los nuevos senderos por los cuales se busca una anhelada liberación; y en sus claustros de venerable antigüedad, por los cuales circulan hoy torrentes de sangre juvenil, para España y para la ciencia, fuimos á llamar á la celda del que había de respondernos. Una secreta simpatía, acaso una tácita inteligencia sobre comunes ideales, nos condujo á unos y á otros, y al mismo tiempo que el ilustre rector Canellas enviaba á Altamira hacia América, la Universidad de La Plata pedía á Altamira en Europa, el concurso de su saber, su experiencia y su arte inimitable de cautivar los espíritus para impulsar y enaltecer la ardua labor de cultura emprendida en esta región del continente.

De esta aspiración de recíproco estudio é inteligencia, y de asimilaciones educativas de unos pueblos á otros, han nacido un hecho y una institución nuevos: la interdocencia universitaria y social por medio de estos agentes que el lenguaje contemporáneo ha designado ya con el título irremplazable de «embajadores académicos», adquirido en nobles misiones de una diplomacia nueva, por profesores como Murray Butler, van Dyke, Bliss, Perry—el sucesor de Longfellow en la cátedra literaria de Harvard,—Coolidge y Smith en Francia y Alemania; y Oviedo en España abre la misma época con su misión en Burdeos, confiada á su ilustre Rector señor Canella y á nuestro huésped de ahora, á nuestro doctor y compañero de hoy en adelante, á don Rafael Altamira, de quien puede decirse lo que un escritor americano habla de uno de sus profesores: «que con su entusiasmo genial, su talento de «raconteur», su espíritu escolar y su personal encanto, es el exponente de la más alta cultura y genio de su raza».

Bryce en la conferencia de Mohonk, y Asquith en el Congreso Nacional de la Paz, de Londres, han coincidido en la misma observación de que en este sincero deseo de la paz que anima á todas las grandes naciones, la mejor vía para obtenerla es la inteligencia recíproca que suprime dudas, desconfianzas y temores hijos de la ignorancia; y los más eficaces medios de realizar ese conocimiento es el del

intercambio de profesores, como lo será en medida más amplia é intensa en día no lejano, el de alumnos universitarios, de uno á otro país, según lo atestigua y confirma en su magno discurso de apertura de la 79ª conferencia anual de Winnipeg, de la Asociación Británica para el progreso de las ciencias, el sabio profesor de Cambridge, Mr. Joseph Thompson, quien, al señalar la valiosa experiencia de la vida interuniversitaria para aquellos estudiantes que se dedican á la vida pública dentro de los países del Imperio, agrega que nada puede considerarse más aparente para conducir hacia un conocimiento más exacto de los sentimientos, las simpatías, y lo que es no menos importante, los prejuicios de unos países respecto de otros, que el hecho de que núcleos juveniles de unos y otros pasen juntos una parte de su vida estudiantil. Y si esta vida en común, de los internados de adolescentes y de las residencias universitarias, ha creado entre las generaciones de una misma nacionalidad vínculos tan estrechos como fecundos en resultados políticos, no puede dudarse que el mismo afecto en la mas vasta esfera internacional, hará que pueblos distintos se liguén por afectos indestructibles, por las almas de sus hijos, que más tarde serán desde el gobierno, conductores de sus destinos colectivos. Sus maestros llevarán la ciencia que dota á los espíritus para la acción y para el progreso efectivo de la sociedad humana, y los estudiantes transmitirán más tarde á todos los ámbitos, con la enseñanza y el recuerdo de sus maestros y la convivencia escolar, ese dulce y prolífico calor de alma que funde, iguala y fraterniza los caracteres y tendencias más diversos, se sobrepone á todos los prejuicios, rutinas é ideas más petrificadas, y es el único capaz de destruir fronteras y lanzar á los pueblos á las grandes empresas solidarias por la civilización y el ideal.

Un concepto incompleto de su propio valer, y más imperfecto aun de su posición intrínseca en el mundo, suele inspirar á las jóvenes sociedades americanas sentimientos de orgullo y suficiencia tales, que se sienten capaces de bastarse á sí mismas para las luchas y las tareas de la alta enseñanza, y á proclamar la preferencia de maestros nativos, y aún la exclusión sistemática de los extraños. Olvidan que la ciencia no tiene límites visibles, y que la cultura es planta que vive del influjo del medio universal, por más que sus raíces infinitas procedan de todos los lugares de la tierra; desconocen el proceso modelador de la verdadera ciencia sobre el carácter y la conducta, y los efectos de afinamiento, sensibilidad y amplitud de todas las impresiones y juicios, que el espíritu científico produce en el alma colectiva de una sociedad; ignoran que no pueden desvincularse los productos del medio, propio y congénito, y que los espíritus superiores, como «flores de cultura», son el coronamiento de un largo é invisible proceso de experiencias sin cesar renovadas, de generación en generación, hasta que un día el jardín ostenta la flor deseada, la flor perfecta de forma, color y perfume.

Y bien, cada una de las vastas regiones morales en que la civilización se difunde y elabora, ostenta al fin sus propias «flores de cultura», tras una lenta y á veces multiseccular evolución; y á menos de poder fijar sin solución de continuidad el pasado con el

presente, las naciones nuevas de América, desprendidas por crisis violentas de sus viejos troncos ancestrales, no tienen el tiempo mínimo requerido para completar un ciclo de cultura homogénea y estable. Nuestros hermanos del Norte tuvieron más suerte que nosotros á pesar de sus grandes y profundas crisis, al reanudar sin intervalos apreciables la corriente educativa de la madre patria, sobre el suelo propio, y bastaría para demostrarlo la sucesión continua de su historia política, representada por sus presidentes, desde Wáshington á Taft, por la vida ininterrumpida y robusta de su constitución, y el crecimiento y floración espléndidas de sus escuelas y universidades en el mismo período de tiempo. Entretanto, nosotros, surgidos de una cruenta revolución á la vida independiente, caídos en la anarquía fratricida y sangrienta, generadora de barbarie y regresiones, apenas podemos, á fuerza de sacrificios y agotamiento, bosquejar un organismo constitucional, no hace aun medio siglo; ¿y habremos de pretender ser poseedores de una tradición científica é intelectual suficiente para formar esos espíritus superiores, de último y afinado tipo, dignos de llamarse «flores de cultura»?

La más amable muestra de buena inclinación que podemos ofrecer al mundo civilizado, en medio de la vertiginosa carrera de prosperidades materiales que seguimos, será reconocer la posición exacta que nos corresponde en el conjunto de los progresos científicos; declararnos con valiente decisión en la edad de la adolescencia, susceptible de todas las virtudes, como accesible á todos los peligros; inscribirnos en la categoría de los estudiantes, llenos de esperanzas, anhelos y ambiciones, y de fuerzas inescrutadas para satisfacerlas en la lucha del trabajo y el estudio; abrir nuestra inteligencia y nuestro corazón á las mejores influencias del espíritu humano, venga de donde viniere, y venga, más que todo de su fuente y foco secular y excelso, de la nobilísima tradición científica é ideal de la Europa occidental, cuyas universidades é institutos libres, herederos del caudal de saber de la humanidad, lo conservan, lo enriquecen, lo depuran y renuevan sin cesar, para difundirlo en las sociedades nuevas de los otros continentes, en los cuales su energía consciente é invencible va ensanchando el imperio de la civilización y de la libertad, y abriendo cauces y surcos nuevos á la expansión y á la renovación de la vida del género humano.

En esta labor colosal y luminosa, las nacionalidades nuevas de América llevan una mínima parte, y la suya es apenas suficiente para habilitarse á si mismas en sus luchas interiores, en sus necesidades inmediatas, en sus deberes más premiosos ante la ley de la universal convivencia; sus escuelas y universidades son incompletas cuando no informes; sus labores son inconstantes, instables é intermitentes, con las intermitencias que la gestación orgánica y política les impone, y con las inquietudes que la inseguridad de sus destinos mantiene en las conciencias; los métodos certeros, que solo una larga y sabia experiencia afirma y comprueba, no existen ni pueden existir en ellas, y así sus enseñanzas, si algo realizan por la virtud del esfuerzo y la voluntad, carecen de esa

eficacia final y concluyente, que conduce al descubrimiento de nuevas verdades y de nuevos caminos en la interminable labor de perfeccionamiento del espíritu. En este concepto, la vocación patriótica por excelencia en nuestro país, como en los demás de su misma condición en América, deberá ser la de mejorar las condiciones en que la auto-educación se elabora, elevando el nivel moral é intelectual de sus maestros, con enseñanzas superiores á ellos que nunca podrán surgir de sí mismos, sino del seno de civilizaciones y focos científicos más altos, los únicos que podrán alzarlos de la línea media, para conducirlos á un plano más elevado, desde el cual puedan divisar, como se contempla una llanura desde una cumbre, horizontes ilimitados, senderos no descubiertos, lejanías no presentidas.

Creeríase al oírme hablar de esta manera, que en esta política universitaria de interdocencia ó intercomunicación de ideas, entre universidades ó públicos de diversos países, nada podrían las nuestras aportar á la labor colectiva, y menos en las aulas de las viejas y célebres casas de estudios de Europa; pero no es esa la consecuencia de mis juicios, porque si éstos nos traen su alta é intensa enseñanza con el prestigio y la virtud irresistibles de la experiencia y la penetración de la idea científica, aquéllas en retribución les ofrecerían un elemento del más elevado valor, en la información exacta, inmediata y palpitante sobre el sujeto americano, incomprendible aún para el investigador europeo,—sujeto exótico, múltiple, complejo, mezcla á veces uniforme de lo antiguo y de lo nuevo, donde el observador más avezado se extravía, por falta de la continuidad de la observación de los fenómenos inherentes á la masa. El profesor americano, dotado de relativas aptitudes de expresión y de método, puede llevar á la universidad europea una riqueza inmensa de material experimental para someterlo al procedimiento analítico de la alta ciencia; y así, el genio, los caracteres y variantes propios de estas sociedades tan mal conocidas y tan mal estudiadas, revelados á la opinión científica de Europa por hombres capaces de describirlos y representarlos, contribuirán á desvanecer errores, prejuicios y aversiones cristalizadas, y fundar una nueva corriente de relaciones sociales, políticas ó económicas entre Europa y América, de la cual sólo ventajas recogerían las naciones de uno y otro continente; y no sería la menor, sin duda, la convicción que allí se formaría sobre la capacidad de éstas para la vida civilizada en el campo de la política y de la ciencia, y la mayor afirmación de los conceptos de la justicia internacional, de la solidaridad y la ayuda recíproca entre pueblos de las razas y las situaciones geográficas más diferentes; y ya se ve cuanto camino realizaría con esta sola conquista, la causa de la paz del mundo, del bienestar permanente de todos los hombres.

Si la civilización sudamericana reconoce sus orígenes y fuentes directas, y se alimenta sin cesar en las sociedades europeas, no puede desconocerseles el derecho de reclamar una más íntima vinculación con la que fué su cuna materna, la noble, esforzada é hidalga raza hispánica, que mantiene viva por la sangre y el idioma

la coherencia de estas jóvenes nacionalidades, con su común descendencia europea. Es más que una imagen literaria, una verdad histórica y científica, la afirmación de que el océano no divide, sino que sigue uniendo á España con sus antiguas colonias; porque ni los rasgos étnicos y espirituales idénticos han desaparecido entre ellos por el transcurso de un siglo, ni los efectos fisiológicos del trasplante han sido de debilitamiento, sino más bien de afirmación de los rasgos geniales de la raza, que como vigorosos é incisivos, se han grabado y reforzado en sus descendientes en el nuevo suelo, bajo las influencias físicas de un ambiente social tan distinto. Se han alzado fronteras políticas irrevocables entre la metrópoli y sus colonias, pero la sangre y el alma de la raza siguen consolidando los cimientos del viejo hogar castellano, más fuerte é inexpugnable quizá, ahora, con los prestigios de la libertad, que antes bajo la coerción de la obediencia; y siendo así indestructible la unidad genial originaria, lo más posible será acaso que el nuevo ambiente americano contribuya á rejuvenecer y fortalecer los elementos vitales de la raza, por la influencia refleja de los retoños sobre los viejos troncos; y este efecto será tanto más real y visible cuanto más activa é intensa sea la corriente emigratoria de uno con otro núcleo social, muy al contrario de lo que creyese la vulgar preocupación patriótica que midiera la integridad nacional por cabeza de habitante, y no parase mientes en la debilitación orgánica progresiva, por el círculo vicioso de la savia, sin el riego fecundante de la luz exterior y de la gota de agua de las fuentes lejanas.

La embajada académica enviada por la Universidad de Oviedo á América, inicia una reconstrucción profunda, ideal, y un movimiento de simpatía é inteligencia actual é inmediata, entre las almas de dos pueblos consanguíneos, separados por una inevitable querrela de familia, en la cual ha faltado una palabra de unción paterna para reanudar el viejo afecto doméstico, bajo la sombra tutelar de los antepasados comunes. Si estas misiones, según Bryce, tienden á consolidar la paz entre pueblos antagónicos por el conocimiento recíproco; cuánto más honda no será su virtud unificadora, cuando se ejercen entre miembros de una sola familia, hijos de una misma tradición y cultivadores de la misma lengua! Si ha podido ser en el corazón de Europa, en uno de los centros del saber universitario de Francia, tan viva la impresión del pensamiento español, y de sus progresos científicos y docentes, por la palabra cálida y á la vez reposada, metódica y reveladora de Altamira; cómo no será ella en el corazón de los hijos de América, que comprenderán sus más recónditas vibraciones y adivinarán en el proceso apenas perceptible de la elaboración mental, en el gesto y la mirada, en la cadencia de la frase y en el timbre de la voz, los signos misteriosos de la confianza de un sentimiento ancestral, cuyas raíces seculares hacen llegar hasta nosotros con la frescura de una hoja verde, algo como la sensación de la dulce caricia materna!

El claustro ovetense ha elegido por su embajador en América al más apto para la misión de afecto y de enseñanza; surgido, como sus compañeros del núcleo, del alto origen de una escuela

á la cual habrá de deber España nuevos días de gloria, trae en su espíritu fuerzas invencibles, — la pasión por el ideal humano, vocación científica acendrada, y esa gloria inmensa que es la conquista de almas por el sentimiento y la revelación intelectual. Las cualidades dominantes de su espíritu se hallan reflejadas en su obra; el culto de la literatura y el arte en sus más amables formas, afirmaron su percepción y su poder afectivos, con los cuales sentirá la aproximación simpática del interlocutor, y abre sus poros á la plena absorción de la idea científica. Su dominio de la historia le ha puesto en comunicación con el espíritu de otras edades y culturas, á veces superiores á la contemporánea, y el conocimiento de las fuentes y de la evolución jurídica de su pueblo y de la humanidad, ha hecho de su vida como una consagración á los ideales de justicia y de igualdad, que acercan y funden las clases en que se divide aún, en su ficticia organización democrática, la sociedad moderna. Altamira como Ruskin, ha absorbido en el «huerto cerrado» de la ciencia, esa vocación evangélica de la educación que inclina su alma con fuerza irresistible hacia los niños, los humildes y los ignorantes de toda condición, seguros de que la verdad los levantará de la servidumbre ó el envilecimiento, y de que el equilibrio perfecto de la vida solo podrá establecerse cuando todos los hombres puedan respirar libremente el aire puro de la ciencia.

La suma de su labor intelectual, más intensa y específica que abundante, revela un espíritu abierto á todas las corrientes impregnadas de verdad ó elementos de progreso, así propio como nacional; sobre la base firme del rico legado patrio, ha construído un monumento de ciencia impersonal y humana, y lo ha enriquecido y acrecentado como un hijo amante que ayuda á aumentar el patrimonio paterno. La ciencia española, puesta en contacto con el mundo exterior, en acción generosa de afinidad y complacencia, ha desplegado nuevas virtudes expansivas; y expuesta ahora en forma tan persuasiva por el más elocuente de sus apóstoles, en el seno mismo del saber extranjero, como lo hiciera en Francia y Alemania y lo realiza en América, no solo aparecerá como una resurrección de antiguos tesoros, sino que será una enseñanza efectiva por el prestigio que le añade el suave imperio intelectual del maestro de Oviedo. El puro y noble brillo y el timbre inconfundible de la grande alma latina se difundirán por estos vastos continentes, donde se consuma desde hace cuatro siglos la misteriosa transformación de una raza, que fué generadora de naciones, y será árbitro en el futuro de una vasta porción del humano destino.

Señoras: Señores:

Cuando la Universidad de La Plata resolvió establecer su nueva sección de Filosofía, Historia y Letras, para completar la idea orgánica primitiva, comprendió que iniciaba una labor destinada á cavar muy hondo en el alma de la juventud que asistiera á sus aulas. Iniciaba al propio tiempo una evolución en la enseñanza nacional, relativa al ordenamiento general de los estudios, que hace mucho tiempo venia imponiéndose en formas diversas é imprecisas: la crea-

ción de un ciclo académico de alta preparación y pulimento, en el cual las jóvenes inteligencias, nutridas de nociones generales é incompletas sobre todas las ramas del saber, necesitan coordinarlas, armonizarlas, condensarlas y ponderarlas antes de emprender la jornada superior, como el viajero de las montañas, que antes de emprender el último repecho, revisa su montura, ajusta sus cinchas y dispone sus fuerzas para la ardua ascensión. La enseñanza histórica debía ser, con la Filosofía y la Literatura, la base triangular del nuevo edificio; y al fin la Universidad integraba su complicado organismo, colocando al lado de las altas ciencias experimentales, las aguas lustrales de las ciencias éticas, donde vayan todas como á ungiarse del perfume ideal que embellece y sublima todo esfuerzo y toda conquista de la fuerza ó de la inteligencia. En cuanto á la historia—creo haberlo dicho otra vez—reducida entre nosotros en lo constructivo, á la acción espontánea del patriotismo, no menos grande por ser impírica, y en lo docente, á la repetición de las narraciones escritas, reclamaba una fundación definitiva, en la cual pudiera estudiarse como ciencia, como literatura y enseñanza, y en la cual se comenzase á cultivar en forma sistemática y reproductiva la propia historia patria, entregada hoy á todos los vientos de la dispersión en sus fuentes y en sus métodos.

El sabio autor de la «Historia de la civilización española» y maestro de Historia del Derecho en Oviedo, conductor casi exclusivo en lengua castellana de las ideas modernas de enseñanza histórica, en libros de universal renombre, era el constructor ideal de la nueva disciplina; y es motivo de orgullo, el más legítimo de todos, para esta Universidad, haber podido conducir hasta la cátedra argentina al artífice único de la obra, porque no sólo ha limitado su influjo á sus propias aulas y alumnos, sino que lo ha extendido á todos los que se hallasen al alcance de su palabra. Sus teorías sobre el concepto fundamental, didáctico y constructivo de la historia eran las que aquí debían ser enunciadas; y las naturales referencias á las demás disciplinas, en particular las relativas á la enseñanza científica, convirtieron su cátedra de método histórico en didáctica y ética general, por las inevitables amplitudes de un pensamiento tan vasto y libre, y por la insuperable lección personal de la labor y de la conducta del maestro con sus discípulos, que lo fuimos todos, y con el país entero, que lo ha contemplado con creciente simpatía y admiración durante el desarrollo del plan de trabajo más vasto é intenso que ningún hombre haya realizado entre nosotros.

Creo justo observar aquí este aspecto de la misión de Altamira en América; me refiero á la enseñanza objetiva del ejemplo, en un medio en el cual esos casos de consagración son desconocidos. Sus conferencias, lecciones y consejos orales podrán acaso perderse en parte de la memoria de sus oyentes, pero nunca se perderá la influencia directa de la labor misma, porque quedará el recuerdo de esta magna tarea desempeñada por un maestro, sin desfallecimientos, sin quejas, sin inútiles intermitencias, sin asperezas, sin vanidades y sin ostentaciones; de esta prueba viviente de la enorme potencia-

lidad productiva, del esfuerzo disciplinado y nutrido de amplia preparación anterior; de esta palabra serena, sobria, elegante y ungida de un cierto perfume místico, de ese misticismo afectivo que nace de las almas delicadas, que se consagran á una vocación definitiva é ideal; de este maestro amigo y compañero, que se infiltra en el corazón á la primera entrevista, y que posee, por eso mismo, la virtud invencible de la persuasión por el afecto y la confianza; de este sembrador incansable de la semilla sana y robusta, cálida y desbordante, que va por el mundo abriendo surcos, regando con palabras de amor las almas desiertas, dejando en cada una un grano fecundado de ciencia, ó á la flor simbólica de un consuelo jubiloso, ó un aliento de vida ó de esperanza, ó un eslabón de la infinita cadena de la humana probidad.

Aquí quedará una impresión imperecedera del espíritu del maestro y amigo de todos los que en esta casa enseñan y estudian; la Universidad nueva, que ha abierto su alma, como una gran flor tropical, á todas las influencias de la cultura ambiente, ha declarado y declara desde ahora, su maestro permanente al profesor de Oviedo; su cátedra quedará vacía de su persona, pero penetrada de su recuerdo y de su pensamiento, y como los órganos de las cátedras, abandonados por el artista, sorprenden de pronto en la noche con la resonancia de los acordes errantes, así el eco elocuente de las lecciones oídas, resonará en las horas propicias en nuestros corazones, para hacer revivir la pasada confianza espiritual. Aquí queda la cátedra por él consagrada á una de las más nobles ciencias de la vida; sus discípulos, y compañeros de una hora, mantendrán la tradición con culto de intensa amistad y respeto, hasta el día en que su dueño quiera volver á ocuparla con su propia personalidad; y entretanto, la semilla será fecundada en el surco; las ideas brotarán en generaciones sucesivas sobre la tierra por él regada, y esperamos que el jardinero no olvidará su huerto, y que las aromas de sus propias flores le atraerán muchas veces á conversar con ellos en espíritu y en verdad.

Señor profesor Altamira: El título de doctor «honoris causa» que hoy os confiere la Universidad, es la más alta de las distinciones que caben en sus fueros. Hasta ahora lo llevan sólo espíritus dignos de compartir con el vuestro las más puras glorias de la inteligencia; y así como ellos trajeron á estas aulas el noble prestigio del saber de las cultas naciones que representan, así este pergamino es un símbolo para nosotros muy querido, el de un amor sincero de esta patria nuestra por su augusta y noble madre España, y de un sentimiento nuevo de fraternal afecto por la escuela de Oviedo; y ya que nada puede agregar este documento á los títulos que os ha conquistado vuestra sabiduría y dotes personales de maestro y escritor, nadie podría personificar mejor esta estrecha comunión de dos Universidades, una argentina y otra española, que el hombre que lleva en la suya el alma misma de aquel hogar de ciencia y de virtud. Al alejaros hoy de nuestra compañía, con la esperanza de volver á recibir un día vuestras sabias y fraternales enseñanzas de doctrina y de ejemplo, podéis ir satisfecho de la misión



altísima que habéis desempeñado de embajador académico y efectivo de la ciencia: de la cultura y del alma de España, la cual ha podido compenetrarse con la argentina y la americana en la más íntima comunión y descubrir en ella el santuario secreto de un afecto nacional inmarcesible, que sólo la confianza de los grandes espíritus como el vuestro, devela y exterioriza, para traducirse en francas expansiones, en armonías políticas efectivas, ó en conquistas reales para la causa de la cultura, que es la consagración de toda vida superior.

---

Luego el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, doctor Joaquín Carrillo, puso de manifiesto la eficiencia de la labor realizada por el doctor Altamira durante los tres meses que dictó sus clases y haciendo votos porque la nueva éra que se inicia llegue á una corriente halagadora de intercambio.

Señoras y Señores:

Consta en documentos históricos el siguiente pintoresco episodio.

En sesión del cabildo que regía la ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires se dió cuenta del próximo arribo de tres letrados. El suceso fué motivo de agitación en la ciudad, y por ende objeto de madura deliberación; el Regidor propuso que se les impidiera la entrada, fundándose en que la existencia de tales personas sería perjudicial al bien público. El Alcalde halló justas esas razones, «en vista, dice el texto, de que esta tierra es nueva y no conviene que vengan letrados». Tal fué el común sentir de los otros funcionarios, en el gobierno de la nueva ciudad.

Esto hace ya muchos años.

La tierra continúa nueva pero los que la habitan están muy lejos de pensar y deliberar como los cabildantes de la Colonia en el siglo XVII.

Las cosas han cambiado de tal modo que no hay valladar alguno puesto á los hombres de talento para venir á profesar su ciencia y doctrina; no en el solitario desierto colonial, sino en el populoso bullir de abundante elemento intelectual.

Más aun, la presencia de hombres de letras que conmoviera la sociedad primitiva, es ahora solicitada, como lo ha sido la del ilustre maestro á quien honramos hoy.

Y que no es dañoso al bien de esta *tierra nueva* lo testifica el ambiente festivo de este acto y la continua complacencia que la presencia de Altamira ha producido con rara uniformidad entre los estudiosos é intelectuales del país.

Cábele á la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales la gratísima satisfacción de haber comenzado sus cursos de Historia en la nueva sección de Filosofía, bajo los auspicios de la ciencia y experiencia del Doctor Altamira.

Pertenécenos especialmente, la delicadeza y tino con que ha intervenido en nuestras enseñanzas. Por su voluntad propia y en delegación del Rector y Claustro de la Universidad de Oviedo, ha presti-

giado la moderna labor de las Universidades activas: el acercamiento y la unión de unas á otras para intensificar y dilatar los progresos del intelecto humano, y hacer en la colectividad de pueblos la obra rápida y notable que Alemania debió á sus Universidades.

Ha venido en hora propicia el sabio profesor. Habrá observado el ansia de cultura y de orientaciones idealistas que contrapesan el enorme empuje de las corrientes económicas materialistas, que sorprenden á los que nos observan.

Ha podido verter su prestigioso verbo, no para engendrar, sino para fortalecer el espíritu y el alma de nuestras generaciones que estudian y trabajan.

Esta Universidad tan nueva, pero ya de fama mundial, como lo decía Llanos en estos días desde Roma, no por sus éxitos, sino por sus esfuerzos nobles por obtenerlos, se ha honrado con la participación en sus docencias del profesor veterano y del escritor concienzudo.

Por esto hase propuesto pagar honra con honra; y la defiere en la forma que es más significativa, con el testimonio de que se le incorpora para siempre á su estado mayor.

El otorgamiento del título discernido, es el testimonio del aprecio en que se tiene vuestra cultura y vuestra obra. En seguida iréis en peregrinación y buscaréis al final de vuestras jornadas el reposo en la cátedra de Oviedo; pero aquí quedará una de las notas más simpáticas de vuestra carrera: el sermón, como dijisteis. Recojo de vuestras frases la que preconiza la confianza y amistad entre alumnos y profesores. Recogemos y ponemos delante de nuestro gremio, como un estímulo, el intenso amor á la Casa de Oviedo, que habéis mostrado como sugerente, porque resume el valor de muchas vidas de vocación y esfuerzo, variado pero unido.

La extensión Universitaria que se propuso, con la venida del nuevo Doctor á nuestra Facultad, está cumplida; y el coronamiento de ella en esta fiesta no es vulgar cortesía sino prueba de afectos reales encarnados y que perdurarán en esta casa. El título de Doctor que os confiere no es sino seguridad de que quedáis vinculado á ella.

Podéis iros, señor, seguro de que esa partícula de vuestro espíritu que queríais dejar en el nuestro, como os expresábais en vuestra última sección, allí queda, para durar y tal vez para crecer.

Llevad con nuestro aprecio y compañerismo, un mensaje de afecto para el Rector y profesores de Oviedo ».

El señor Silvio Ruggeri le dirigió la palabra en nombre de los que fueron sus discípulos, teniendo frases cariñosas para el maestro que había sabido infundirles un profundo afecto hacia su persona.

El doctor Sempére, como ex discípulo del profesor Altamira, pronunció también un discurso afectuoso para el maestro y de cordialidad para los alumnos sudamericanos.

El señor Ministro de Chile, doctor Cruchaga Tocornal, tuvo frases elevadas de estima para el ilustre maestro que hoy visita su patria, donde su palabra autorizada sería esperada con verdadera ansiedad, y el señor Ministro del Perú, doctor de la Riva Agüero, expresó el anhelo de los profesores de la Universidad de San Mar-

cos por su visita, donde podría encontrar un verdadero culto por la madre que nos había dado su religión y sus virtudes preclaras.

Vino el momento de que hablara el distinguido maestro, momento de verdadera expectativa, esperado por todos con cierta impaciencia fácilmente explicable. Al levantarse el doctor Altamira fué objeto de insistentes aplausos, acallados los cuales dió comienzo á la lectura de la página magistral, elocuente y sincera que va en seguida:

Señor Presidente:

Señor Decano.

Señores profesores.

Estudiantes de la Universidad de La Plata.

Señoras y señores:

Se ha abusado tanto en nuestra época de los honores personales y de los adjetivos encomiásticos, que el público empieza ya á mostrarse indiferente ó incrédulo por lo que á esas manifestaciones se refiere, y aún los mismos interesados (cuando no padecen de una mortal vanidad pronta á nutrirse hasta de las más impalpables fantasmas de la lisonja), comienza á perder la facultad de sentirse halagados por lo que, en fuerza de prodigarse, tiene debilitadas y borrosas las líneas y colores de su significación. Para no caer en el extremo á que por ese camino se llegaría, preciso es atender á otra cosa que lo puramente exterior de los honores y elogios: á la persona de quien emanan, al sentimiento de que proceden y al fondo de sinceridad y afecto que en ellas incide. Esto último, sobre todo, es lo que vale, y lo que puede sacarlos de la masa vulgar de los homenajes sinceros, de los cuales murmuran por lo bajo los mismos que los proporcionan. Por eso hay honores y honores, como hay, según la célebre expresión francesa, «fagots et fagots».

El que acabáis de otorgarme es de los que valen y de los que se agradecen; porque yo sé que si me otorgáis el honor de ser doctor de vuestro claustro, es porque creéis francamente que lo merezco, y aunque sepa también que hay en esta creencia un error de sobreestimación que procede de un fantasma del sentimiento, eso no me amarga nada la alegría, ya que lo importante para mí es que exista el sentimiento, el cual forzosamente se equivocará tanto más cuanto más grande é ingenuo sea. Me basta que os figuréis que yo soy digno de sentarme á vuestro lado, porque eso me da la medida de vuestro afecto y vuestro afecto es lo que más puede interesarme lograr de vosotros. El amor es algo egoísta siempre; y de igual modo que en la esfera intersexual cierra los ojos sin gran esfuerzo para no ver exageraciones de la realidad en que tal vez se funda el cariño que se nos otorga (feliz el que lo recibe no más que con ser amado), en la esfera de las relaciones generales sociales, el espíritu cede fácilmente á la sugestión de dejar que corran las ilusiones cuando ve que ellas nacen de un afecto que apetecemos despertar.

Hartas veces notamos que el amor de los padres forja en la persona de los hijos cualidades que éstos no tienen y borra defectos que realmente sufren; pero ¿quién es el censor rígido que no sepa apreciar la fuente purísima de que aquellos errores brotan y que halle placer en turbar la onda límpida con su rectificación? ¿Ni cuál el hijo que arriesgue, no digo la pérdida á la admiración más tenue del santo amor, que para él es vida, con el empeño de convencer á los padres de las equivocaciones con que lo enaltecen? Nó. Sería preciso ser un héroe extrahumano para renunciar al afecto que la suerte nos depara ó destruirlo por meticulosidad de justicia. La mayoría de los hombres lo aceptan, y es él cosa tan grande, que hasta tiene el poder de reformar y de hacernos menos imperfectos, pues evoca en nosotros el afán de ser iguales, hasta el último pormenor, á la imagen que de nosotros se ha formado quien nos quiere. Y así es como el amor, aún por sus mismos errores, regenera y va mejorando el alma humana.

No discutamos, pues, en el acto de hoy su justicia que, después de todo, yo sería el menos llamado á discutir, y dejadme gozar de su significación afectuosa. Ella ha nacido fundamentalmente, creo yo, del reconocimiento de un fondo común de ideal entre la Universidad de La Plata y la Ovetense. Cuando yo leía en España los escritos del doctor González, que exponen vuestro concepto de la Universidad y de su amplia función educutiva, me parecía estar repasando los ensueños pedagógicos que durante muchos años han alimentado las esperanzas y han guiado en la lucha á los que en mi país ansían que la enseñanza española sea digna de esta época y de las altas necesidades antropológicas, intelectuales y morales de la patria. Y así, cuando se esbozó el plan de mi viaje, yo pude pensar, por lo que se refiere á la Argentina, por de pronto: «Voy á vivir entre hermanos de ideal, cuya casa no me será extraña, porque en ella oiré repetirse los ecos amables de las mismas voces que aquí suenan como clarines de nuestra batalla educativa». Y así ha sido, por lo que á mí toca, aumentado ese confortador prejuicio con la observación de que ese mismo espíritu nuevo retoña en todo vuestro país y sacude no solo la planta joven de la Universidad platense, sino también el tronco añoso de sus hermanas mayores, que reconociéndose como colaboradoras en una santa labor común, patriótica y humana al propio tiempo, han unido sus manos, se han abierto recíprocamente sus puertas, hacen acto de afectuosa solidaridad y hasta para mayor y más honda relación, tienen profesores comunes: ejemplo único que yo sepa en el mundo universitario.

No bastaba que yo advirtiese esa comunidad de aspiraciones y de sentido de la enseñanza, que existe entre las instituciones progresivas de mi país y la vuestra; era preciso, para el éxito de la obra que me encomendó Oviedo, para la realización del proyecto generoso de su rector don Fermín Canella, que también vosotros, tras el ropaje modesto del modesto enviado percibiéseis la característica de la España de que procede, de que el rodar de la vida le ha hecho circunstancialmente representante. Ahora bien; eso lo creo conseguido. Creo que, después de haberme escuchado lo que en

ocasiones variadas he dicho, de nuestros anhelos, de nuestros pensamientos, de nuestras prácticas, de la obra fructífera de algunos de nuestros intelectuales, vosotros habéis llegado á esta conclusión: «En España hay hombres que hablan nuestro mismo idioma ideal, con los que podemos entendernos, que son de los nuestros». Pues bien: esto nos basta, esto satisface la aspiración que perseguíamos. Porque no nos ocultemos, señores (nuestra intimidad permite toda franqueza sin molestia de nadie) que aquí como en todas partes existía el recelo de que, fuera de las cualidades personales de Fulano ó Zutano, la mentalidad española vivía cien años atrás, hablando un lenguaje arcaico, sin que bastase á desvanecer esa general creencia el conocimiento de dos ó tres autores, porque la mayoría de los que florecen en la España actual no se han difundido en tierra americana, probablemente más por negligencia nuestra y de nuestros libreros, que por otra causa.

Ese reconocimiento que considero como la primer consecuencia práctica de la iniciativa de la Universidad ovetense, era necesario para llegar á la segunda, es decir, á la aceptación y establecimiento del cambio de profesores, por de pronto; de alumnos, más tarde. No bastaba el amable acogimiento que aquí en La Plata, en Buenos Aires, en Córdoba (á la que rendiré visita muy pronto y con cuyo ilustre rector está Oviedo en franca inteligencia) y en Santa Fe se había hecho al delegado español, incorporándolo temporalmente á los claustros respectivos y comenzando, pues, á realizar desde luego el intercambio en su persona; era preciso que de ese caso particular se pasase á la generalización que permitiría la venida en años sucesivos de otros profesores españoles y la correspondencia de los argentinos; y esa generalización no podía reposar sino sobre el desvanecimiento de aquel prejuicio á que aludí y que igualmente he hablado antes de ahora y he visto desvanecerse en otros países.

Felizmente, repito, esa consecuencia se ha producido. No tengo la vanidad de creer que por mi solo esfuerzo. Ella ha sido, principalmente, el fruto de gérmenes que estaban ya en el ambiente intelectual de vuestros hombres de estudio y que yo he notado desde el primer día.

Por una parte, existía en vosotros, como una aplicación en lo universitario de la amplitud humana de vuestra constitución política, no sólo la costumbre general, ya vieja, de incorporar trabajadores extranjeros á la labor docente, sin recelo ni suspicacia, sino el propósito concreto de establecer de un modo sistemático, estadias temporales de especialistas, profesores ó investigadores de otros países, en vuestras Universidades. Vuestro Presidente consignó ya esa idea en uno de los capítulos de la memoria en que fundamentaba el proyecto de creación de esta Universidad, y hace pocos meses, la de Buenos Aires, confiaba á mi cariñoso amigo el doctor Bidau la misión de contratar en Europa cursos especiales, de profesores de aquel continente. El terreno estaba pues, en este particular, excelentemente preparado.

Por otra parte, — y á pesar de aquel prejuicio á que antes aludía — también estábais preparados sentimentalmente á una inteligencia

particular con nosotros. Sabíamos cuán hispanófilo es el doctor González, cuyo amor al viejo solar tan persistentes muestras de vida ha dado y cuyo empeño por traer aquí, á su Universidad, profesores españoles en visita más ó menos larga, se había insinuado en muchas ocasiones, incluso en la solemne de un discurso parlamentario. Al venir aquí, yo he visto que lo que sabíamos allá unos pocos, lo sabían aquí todos los españoles, quienes no planean manifestación pública de su patriotismo en que le sea lícito participar á un ciudadano de la Argentina, sin dirigir la mirada á ese hombre, que tiene corazón bastante para amar intensamente á su patria y á la patria de sus antepasados; pero he visto también que había, difuso y latente en el país, un sentimiento de tierna simpatía hacia España, una excelente disposición á intimar con ella, y, sobre todo, ¿por qué no decirlo? el deseo de que ella misma se adelantase á destruir el prejuicio tocante á su vida intelectual, y con algún acto, con alguna iniciativa, diese motivo á la exteriorización de lo que en el fondo de vuestras almas se agitaba, ganoso de ser confirmado por una positiva realidad. He creído ver, en fin — ¿me habré engañado? — que vosotros sufríais también un poco, como nosotros mismos, de ese prejuicio, y que deseábais convenceros de que no era merecido, como desea uno que se desvanezca la sospecha desfavorable que recae sobre alguien á quien amamos y á quien apetecemos contemplar siempre grande y puro.

Así ha sido tan fácil la victoria de la Universidad de Oviedo en su propaganda del intercambio y de la ciencia moderna española, cuya significación, por otra parte, ha cuidado bien de no sacar de sus límites, ni de exagerar con pedanterías de trompa épica, á nadie más nocivas que á la misma España. Y naturalmente, sin discusión, sin violencia, sin convenio expreso, el intercambio ha comenzado á vivir desde el primer día y se ha anudado entre vosotros y nosotros, el lazo que ambas partes apetecíamos y que es ya irrompible, porque no es lazo de protocolo, sino de brazos hermanos que se anudan al cuello del amigo y contra él se estrechan en cordial apretamiento y saludo.

La obra, sin embargo, no está más que comenzada. Por lo que al intercambio de profesores concretamente se refiere, asegurada ya su continuación (puesto que otros profesores españoles hállanse dispuestos á venir y cuento con la promesa de alguno de los vuestros que nos visitarán en años próximos), queda por establecer formalmente la institución, resolviendo algunos pormenores que se relacionan sobre todo con detalles económicos. No ocultaré que doy poca importancia á la reglamentación y mucha al espíritu y á la buena voluntad, y que temo algo á los artículos que traban con límites infranqueables la vida de las instituciones, cambiante al compás de las circunstancias; pero, en fin, alguna regla habrá que establecer, y esa no la creo difícil; de una parte, porque la autonomía de vuestras universidades les permite un amplio juego de actividad, y los frecuentes viajes de vuestros profesores á Europa ofrecen ocasiones aprovechables para el intercambio sin imponer el sacrificio — no siempre posible — de un traslado especial, largo y costoso; de otra, porque

si las nuestras no gozan de aquel beneficio, podrán hallar apoyo, así lo espero, ya en nuestra institución de las comisiones y pensiones de estudio, ya en un concurso especial del Estado, cuya necesidad he de encarecer en mi patria y que les permitirá recibir dignamente á sus visitantes. No tengo el menor recelo tocante á soluciones de este orden; vosotros poséis un alto sentido de la vida que se llama práctica, y nosotros un vivo anhelo de que arraigue el intercambio; unidas ambas fuerzas, el acuerdo se impondrá, ya general, ya particular con algunas ó alguna de nuestras universidades.

Por lo que toca al fondo científico del asunto, los principios á que ha de responder me parecen claros y, por otra parte, los intercambios ya establecidos en Europa ofrecen su experiencia concluyente; preferir el curso más ó menos largo y monográfico, á las conferencias sueltas, y enviar siempre, cada centro, lo que tenga de útil, no empañándose en una correspondencia exacta de materia por materia, para la que no es seguro que haya siempre hombre á propósito.

Pero las relaciones intelectuales no pueden limitarse á esto, ni aún dentro del campo docente. Es preciso también que nuestros estudiantes, que nuestras juventudes, se conozcan y convivan. Hace once años, en un discurso leído ante la Universidad de Oviedo (1) exhortaba ya á nuestros jóvenes estudiosos á venir á América, no en busca de fortuna, sino de contacto, en viaje de enseñanza, de experiencia y de fraternidad, y aún más lo he de hacer hoy, que os conozco mejor que os conocía entonces. Las pensiones de estudio en el extranjero á que aludía antes y que entre nosotros se aplican lo mismo á los profesores que á los alumnos de cierta preparación, pueden y deben ser orientadas en buena parte (yo por lo menos he de intentar que lo sean) hacia la visita á los países americanos, y ellas nos permitirán —mientras más amplias formas no se determinen— enviaros anualmente jóvenes españoles que ensancharán y nutrirán su espíritu en la relación con el vuestro. Por vuestra parte, todavía creo más fácil la ida á España de estudiantes ó de recién egresados de vuestras universidades, no sólo porque vosotros carecéis de timidez para los trasportes á tierras lejanas, sino también porque, con buen criterio, sois generosos para vuestro presupuesto de cultura. El establecimiento de pensiones de trabajo en Europa sería entonces un seguro medio de animar á vuestra juventud para que conceda á nuestro país algo de la atención que les atrae hacia el continente viejo. En que límites modestos nuestra enseñanza superior puede satisfacer necesidades intelectuales de los hombres de otros países, yo lo se bien y con honrada franqueza lo he dicho en letras de molde; pero el «cuanto» es «cuanto» no más y está lejos de la negación. Lo que nosotros deseamos es que se aproveche lo que tenemos, por poco que sea, en vez de pasar por su lado desconociéndolo en absoluto.

---

(1) Reimpreso en «Cuestiones hispano-americanas».

Hay además en España algunos elementos de estudio únicos para los hispano-americanos. Dígalo, por lo menos, el Archivo de Indias. Pues bien, ¿no es lícito pensar que, así como la mayoría de las naciones europeas han establecido en Roma escuelas ó institutos históricos para estudiar y aprovechar los innumerables documentos del Archivo del Vaticano que encierran noticias de historia mundial, las naciones americanas de tronco español pueden crear en Sevilla otro instituto histórico, para investigar sistemáticamente el archivo más grande de su historia, en que duermen noticias sin cuento, no sólo eruditas, sino de aplicación práctica en problemas palpitantes de su política nacional? ¿Y me negaréis á mí la posibilidad de que vosotros, argentinos, comprendiendo la importancia de la idea, como vuestro espíritu avizor la ha de comprender al instante, no sean quienes rompan la marcha por ese nuevo camino de la obra intelectual y de la tradición americana?

Como éste, hay muchos puntos de contacto entre nosotros, que ofrecen la seguridad de un programa concreto de relaciones intelectuales, desde el cambio de material de enseñanza y estudio para los respectivos museos de historia y de pedagogía, (á la manera que he dicho en alguna de mis lecciones), á la fundación de centros ó asociaciones internacionales de investigación científica, como el reciente Instituto Ibero-Americano de derecho comparado en que figuran, por lo que á España toca, los más ilustres jurisconsultos que con tanta simpatía ha sido recibido en las naciones americanas. Sobre la base de una absoluta libertad científica, de una independencia que los haga impenetrables á toda limitación del amplio espíritu moderno, centros de ese ó análogo carácter, pueden ir juntando, en la esfera común y neutral de la investigación á los hombres estudiosos de habla castellana, como ya juntan, en Europa, empresas internacionales de carácter científico, á los trabajadores intelectuales de diversos países.

El mismo idioma que nos es común, nos impone una acción conjunta, de altísima importancia, que algún día hemos de acometerla de recabar en todos los congresos internacionales, el reconocimiento, á nuestra lengua, de igual categoría que se concede consuetudinariamente á otras. Al congreso de historiadores de Berlín llevé, hace pocos meses, el proyecto redactado de una moción á eso encaminada; pero la ausencia de delegados americanos, la pequeñísima minoría de número en que estábamos los congresistas de nuestro idioma, me detuvo. ¿No es exigido que trabajemos unidamente á la primera ocasión, en esa empresa que, estoy seguro, no ha de hallar grandes dificultades, puesto que no supone un espíritu de exclusión respecto de otras lenguas, sino sencillamente de adición de la nuestra?

Y como éstas que digo ¡tantas otras cosas, en que sin menoscabo de nadie, sin chauvinismos negadores de otras inteligencias y de otros influjos, podemos relacionarnos y hacer obra común vosotros y nosotros!

Y la haremos, ¿no es verdad? Por lo que á vosotros se refiere, estoy seguro de ello, porque tengo fe en vuestra vitalidad intelectual. Esa fe en vuestro porvenir, que alumbra vuestra vida presen-



te y es su mayor fuerza, me la habéis comunicado, y soy creyente-firmísimo con vosotros. Mi creencia participa de los caracteres todos de un verdadero acto de fe, puesto que parte de muy poco conocido y afirma todo lo que no ha podido ver.

Porque, en efecto, señores, yo he visto muy poco de vuestra complejidad nacional. De tal manera he querido vivir universitariamente con vosotros, que la Universidad me ha absorbido por entero y he vivido, casi exclusivamente dentro de sus muros durante mi estadía aquí. Me he dado por entero á la cátedra, sin reserva, sin espíritu de cicatería, incluso prodigándome, tal vez, con exceso en la opinión de algunos que piensan que prodigarse es gastarse para el efecto sobre el público y la intensidad de la sorpresa intelectual; pero como yo no he pensado en esas cosas, ni poco ni mucho, no he temido tampoco gastarme.

Ahora bien; lo que sí se ha producido es, repito, que durante esos tres meses, yo ni he vivido para mí, ni he podido observar más que una parte de la vida argentina; y he aquí por qué me abstengo de contestar á los que me pedían, ó visiones de conjunto, ó sentencias firmes sobre el país y sobre la enseñanza. Vosotros no podéis satisfaceros, ni con generalidades que están al alcance de todo el mundo, ni con impresiones parciales, ni menos con lisonjas. Yo soy por mi parte, inepto para éstas y contrario á aquéllas. He censurado mil veces á los viajeros que, con quince días de recorrido por España, ó un contacto parcial con algunos de sus factores sociales, formulan tranquilamente nuestra psicología y dan sentencia absoluta sobre nuestras virtudes y nuestros defectos; y no voy á incurrir ahora en lo mismo que censuro. De hacerlo, no sólo me pondría en contradicción con mis principios, sino que defraudaría vuestro derecho. Tenéis vosotros, como España ahora y como otros muchos países de nuestro tronco, la ansiedad de conoceros, de auscultaros, de penetrar en las reconditeces de vuestro espíritu; y no contentos con vuestra propia observación, pedís la ajena. Está bien; con tal de que sea una verdadera, reposada, nutrida observación.

Por otra parte, yo soy tímido para los juicios, y aún diré que, pedagógicamente, rehuyo las más de las veces su exteriorización, por miedo de equivocarme y de causar un efecto contraproducente. Porque el juicio de un pueblo es cosa difícil, aún poseyendo todos los datos necesarios. Hay, para él, por de pronto, dos grandes obstáculos: en primer lugar, no se puede juzgar el conjunto sino haciendo abstracción de las excepciones; y entonces éstas se quejan, no sólo «personalmente» (esto se puede salvar en todo caso), si no patrióticamente, porque se ven como representación del todo dentro del que han sido posibles; pero si se atiende, por el contrario, á este criterio, la masa queda absorbida en la minoría, cuando precisamente, el problema de una nación está en la masa y ésta es la que en los momentos graves decide con su peso. Aún dentro de las minorías, no se puede juzgar del mundo intelectual de un país tomando como exponente los que bullen y los que trasponen con su obra las fronteras, por lo cual, conocer un pueblo á

través de los libros es sólo conocerlo á medias. Hay que contar también con los retraídos, con los oscuros, con los modestos que laboran calladamente, y con aquellos cuya acción, por su propia naturaleza, es silenciosa; una suma grande de trabajadores que es preciso sorprender en su rincón, que desde afuera no se ve, y de que yo he sorprendido algunas muestras acá entre nosotros.

Pues bien; observar todo esto, diferenciarlo, aquilatarlo, necesita tiempo y ocasiones múltiples; y yo no he tenido, ni lo uno ni lo otro.

Pero supongamos un viajero que esté en situación de formular su juicio. ¿Cómo debe hacerlo? Los interesados suelen pedir absoluta franqueza, sinceridad sin límites. Sin duda, esto es bueno; pero ¿es siempre objetivamente recomendable? Notad que digo objetivamente, es decir, pensando, no en el provecho de un hombre, sino en el de un ideal, pongo por caso el de influir intelectualmente, el de cooperar á la obra de educación. Mirando á esto, creo que conviene proceder con detenimiento.

Claro es que si la franqueza sólo denunciara virtudes y grandes cualidades, no habría más peligro, si acaso, que excitar la vanidad; por lo cual algunos educadores suprimen ó reducen á estrechos límites el elogio de los educandos.

Cuando se trata de defectos—¿y quién no los tiene?—la cosa es más grave. Sin duda, es fácil decir: «yo expongo la verdad y nada importa que recoja en pago resquemores y tal vez odios». Pero el caso no es ese, no es el personal del censor, sino el de servir de la mejor manera posible el fin educativo que se persigue. Por eso lo que debe uno preguntarse es «qué procedimiento» será el más útil para el propio censurado. Yo, dudo mucho que para un pueblo le sea el del yunque, el de la crítica descarnada, por lo menos sistemáticamente; porque en esa crítica, el pueblo mejor dispuesto á oír verdades, no puede evitar la reacción molesta, y es que toda censura tiene aire de lección y, en el fondo, supone superioridad, que hiere; de ahí que esa forma no pueda usarse sin peligro más que individualmente y cuando une al crítico con el criticado una relación educativa en que la subordinación procede de la edad ó de una entrega voluntaria del espíritu con propósito de corrección. Por lo demás, uno de vuestros escritores ha dicho esto mismo recientemente: «Nuestros países no reclaman censores rudos que ahoguen en germen todas las tentativas, sino cronistas conciliantes que teniendo en cuenta las imperfecciones, acojan á los que luchan con una palabra afectuosa y un saludo cortés». Todavía un connacional puede alguna vez atreverse á ser «censor rudo»; pero quien no lo sea y aspire á colaborar en la obra de cultura, corre riesgo de comprometer el mejor servicio que puede prestar al país amigo.

¿Hay que renunciar pues á revelar defectos y á corregirlos, en la medida posible? No, sin duda; pero hay otras formas de conseguir eso. Para mí, la eficaz es la advertencia muda, que consiste en hacer como que no se ve el defecto, y en realizar la acción contraria, la buena, en presencia del defectuoso, dejándole entender que se le cree, no sólo capaz de repetirla, sino advertido de que así es cómo debe

hacerse. Si se trata de espíritus vivos, despiertos, anhelosos de subir, entenderán al momento ó á las pocas veces; si se trata de espíritus cerrados, no vale la pena gastar tiempo en intentar una reforma que jamás les hará mella.

Pero dejando estas generalidades y volviendo á mi caso, sospecho que alguno preguntará si me voy de la Argentina sin ninguna observación y carente de todo criterio respecto del presente y del porvenir de su enseñanza. Claro que no. Los que hayan seguido mis lecciones en La Plata y en Buenos Aires, habrán advertido, por lo contrario, que he emitido más de una opinión sobre puntos concretos, de modo que, sumadas todas, algo podrían componer, aunque no fuese un juicio de conjunto. Si á esas observaciones de pormenor — observaciones de vacíos y observaciones de aciertos y de iniciativas plausibles — quisiérais que añadiese otras más generales, yo os diría que vuestra enseñanza tiene, sobre todas, una gran necesidad que es urgente satisfacer, y vuestro pueblo una buena cualidad tocante á la cultura, que es preciso alentar.

La necesidad, perfectamente advertida por vosotros mismos — y que yo no digo nada nuevo al señalarla, no indica sino que es muy aparente — consiste en formar vuestro profesorado de una manera sistemática, técnica, profesional, poniendo en esto todo vuestro empeño, y ayudando esa formación con la seguridad de un porvenir económico que os dé derecho á exigirle todo el trabajo útil que debe rendir. Es el mismo problema que tenemos nosotros en todos los grados de enseñanza y que en vosotros es más agudo en unos que en otros; pero en todo caso, no podéis continuar reposando sobre las excepciones aunque tengáis muchas, y confiando en la fuerza heroica de la vocación pura, porque ambas cosas son contingentes, y la segunda, de poco aguante. Es preciso acabar de una vez con la improvisación y con el sacrificio superior á las ordinarias fuerzas del hombre... y de la mujer, así como con la dispersión de energías, agotadora y enemiga de la intensidad.

Y esto es tanto más necesario cuanto que existe en vosotros, en la masa y en los intelectuales, aquella buena cualidad á que aludía hace poco. Es el afán vehemente, la aspiración, calurosa de la cultura en unos, de la alta ciencia y la investigación en otros. No dejéis, los que dirigís el país — os lo digo porque os amo — que se agote esa fuerza de vida intelectual que con emoción he observado más de una vez en vuestras maestras y en vuestros maestros, en los niños y en los estudiantes universitarios, en la masa de los obreros manuales, en los círculos más altos de vuestra intelectualidad. Ella es al fin la que importa que exista en un pueblo, porque es la prenda de grandes acciones. Su fructificación en copiosos resultados, que impacientemente solemos pedir todos antes de tiempo, se alcanza de un modo seguro á fuerza de experiencia, de años, de consolidación de ideas propias y de asimilaciones de trabajo ajeno, que van dando el tipo adecuado, la solución original para cada necesidad y cada momento de ella. Lo que habéis hecho ya, y me apresuro á decir que no es poco, vale como indicio de lo que haréis, y que, como es vuestro deseo, sabréis libraros del peligro de la

demasiada Beocia, que los pueblos ricos y fáciles en la civilización material tienen siempre suspendido sobre su cabeza.

Temo que discurriendo, discurriendo sobre mi imposibilidad de contestar á vuestra pregunta, ésta me haya sugestionado, haciéndome decir más de lo que me proponía. Sospecho que así ha sido, pero vosotros lo perdonaréis á fuer de causantes.

Y ahora, despedámonos, señores. Pero no lo hagamos con tristeza. Bien considerada la cosa, las despedidas deben ser alegres, porque ellas son prueba de que dejamos tras de nosotros amigos y quizá, en el corazón de éstos, algo de obra hecha, de surco de vida. ¡Desgraciado el hombre que no tiene de quien despedirse: ese si que debe estar triste ¡Pero nosotros!

Por lo que á mí toca ¿cómo he de irme triste si la perspectiva de la ausencia está superada por la seguridad de que aquí quedan gentes que pensarán en mí, hombres que hace tres meses eran desconocidos en mi vida y que ahora tengo unidos á ella por el afecto y por la comunidad de ideales? Mi mundo se ha ensanchado puesto que en él figuran más amigos que antes, y el anónimo casi absoluto que representaba para mí el pueblo argentino ha tomado nombres que podré repetir en mis recuerdos, que haré conocer á los que en España forman mi mundo, uniéndolos también á su espíritu y á su acción. Porque cada amigo nuevo es una fuerza en nuestra vida, que actúa aunque no queramos; y si queremos, ¡cuánto más y más hondamente!

Y vosotros habéis tenido además, la delicadeza de rodearme de todos los motivos que pueden elevar este momento de adiós á la categoría de algo inolvidable para mí. Habéis querido que esta fiesta, en que se celebra mi adscripción honorífica á la Universidad, tenga por escenario la nueva casa de vuestro colegio, y que sea como un bautizo y su inauguración para que yo lleve en el alma la idea de esta experiencia interesante en que os habéis empeñado, y que con justicia miráis como capital en vuestra obra educativa. Luego, habéis asociado á este acto la voz de los estudiantes con quienes he vivido durante unos meses, y cuya simpatía tan grata suena en mis oídos de impenitente soñador de un mañana más grande que el día de hoy, y en que nuestros defectos sean corregidos, por obra de aquellos ante quienes los confesamos para apartarlos de que los repitan. Hasta habéis consentido que resuene acá el eco de aquella casa ovetense de que salí y por cuyo encargo vengo juntando de este modo (en forma que por lo no calculada parece más henchida de significación y simbolismo) aquel primer momento de mi llegada á Buenos Aires, en que me ví rodeado de antiguos discípulos españoles, representación viva de la bandera ideal de la España nueva, con este último de mi actuación universitaria platense, en que también los veo á mi lado, comulgando en el santo ideal con vosotros. Y, en fin, la intervención de los señores Ministros de Chile y del Perú. A todos y por todo, gracias infinitas. Habéis robustecido mis esperanzas en el mañana y mi fe en el esfuerzo bien intencionado: y eso es todo lo más que los hombres pueden dar á un hombre.

### Homenaje del Profesorado Argentino

Por subscripción se ha adquirido un bronce «La Historia» que se entregó junto con un álbum, al Dr. Rafael Altamira, á su vuelta de Montevideo. El álbum tiene esta dedicatoria:

«A don Rafael Altamira—Los profesores argentinos que subscriben, en representación de sus colegas de toda la república y en su propio nombre, quieren dejar constancia en las páginas de este álbum, de la gratísima impresión que ha producido en ellos la personalidad del ilustre maestro español don Rafael Altamira, cuyas sabias lecciones y nobles cualidades le acreditan como una honra para el gremio en el mundo civilizado. En su breve permanencia en la República Argentina ha abierto surcos nuevos á la enseñanza, ha atraído y elevado los corazones con el influjo de su entusiasmo y vocación por la ciencia y su amor á la verdad, y ha hecho revivir, aun más acendrado, el nativo cariño y respeto por la madre patria España, cuya grande cultura é indeclinable hidalguía han tenido en él su más digno heraldo. Este recuerdo, que desean tan duradero como lo humano, sus amigos los miembros del profesorado nacional, se lo dedican con votos por el mayor florecimiento de la benemérita universidad de Oviedo, por los más brillantes triunfos de su inteligencia y su labor, y por su dicha personal y la de los suyos».

Esta feliz iniciativa del profesorado ha sido secundada con entusiasmo por todos los miembros del personal docente.

El Dr. Joaquín V. González dirigió la palabra al obsequiado.